

morena



6

Ene-mzo, 2023

PENSAR EL DESORDEN MUNDIAL

Amado Boudou · Martha Ortega Peraza
Cecilia Urquieta Pardo · Alina Duarte
Rodrigo Cornejo · Andrés Barreda Marín
Ricardo Patiño · Elizabeth Villanueva
Eduardo Zuain · Cecilia Nahón · Fabián
Cardozo · Guadalupe Correa-Cabrera

Conciencias
Pensar la TRANSFORMACIÓN



ARTE

Extraordinarios cambios ocurren hoy en el mundo. Profundas tensiones internacionales anticipan el surgimiento de algo nuevo, dando lugar al desconcierto y la zozobra que surge ante la apariencia de un futuro incierto que, paradójicamente, desata también la disputa por las esperanzas ante una nueva oportunidad de construir un mundo más justo, pacífico y democrático.

Esperanza o barbarie es la disyuntiva que cifra nuestro tiempo, y es tarea política, compromiso militante y trabajo constante lo único que puede asegurar que los cambios que el actual desorden mundial anuncia, conduzcan hacia la construcción de un orden global genuinamente preocupado por el bienestar de las mayorías. Tarea aún más compleja, en la medida en que los refinados aparatos ideológicos de la modernidad neoliberal disfrazan como accidentes o virtudes los males sociales que en realidad le son connaturales: violencia, desigualdad, explotación, corrupción, depredación medioambiental, pobreza. Con su aspiracionismo consumista y su exaltación extrema del individualismo, los regímenes neoliberales fragmentan los lazos comunitarios y al hacerlo nos colocan en riesgo de muerte colectiva: incapaces de reconocer los peligros que nos rodean e insensibles ante el sufrimiento y necesidades de nuestros semejantes. Efectos que se expresan con técnica depurada y potencia simbólica en el arte que acompaña la portada del presente número de nuestra revista, obra de un joven artista mexicano que nos muestra los riesgos del ensimismamiento moderno, ése que nos enajena frente a una pantalla y nos impide ver, conocer y transformar las terribles circunstancias que nos aquejan. El suyo es, también, un llamado a impulsar la revolución de las conciencias.

Nacido en Coacalco, Estado de México, Fernando Ponce Hernández, mejor conocido como *Kloer*, representa la fuerza del nuevo arte mural mexicano, ése que encuentra sus raíces en nuestro muralismo revolucionario, pero que usa los novedosos recursos digitales y las técnicas y materiales del grafiti contemporáneo, para generar una propuesta visual fresca y dinámica. Su trabajo, que adorna lo mismo las calles de su estado natal que las viviendas de Bogotá, Colombia o Cochabamba, Bolivia, es expresión de la fuerza vital que caracteriza a los jóvenes, siempre capaces de cuestionar todo lo existente para generar nuevos horizontes de sentido, pues, como sostuvo Salvador Allende en Guadalajara, México: «ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica».

PENSAR EL DESORDEN MUNDIAL

Con la crisis de la hegemonía neoliberal y tras las primeras experiencias populares de comienzos del siglo XXI, los procesos de cambio en América Latina se enfrentan a nuevas condiciones políticas a nivel doméstico y en el plano internacional, fruto de un orden global que atraviesa profundas transformaciones y de las nuevas dinámicas que ha asumido la expansión del capitalismo. Un proceso que es difícil de explicar con las herramientas del siglo XX.

En este contexto, buscando construir rutas que nos ayuden a identificar estos cambios y a orientar las luchas de los partidos-movimientos, el Instituto Nacional de Formación Política (México) y el Observatorio del Sur Global (Argentina) reunieron a luchadores sociales, referentes nacional-populares, investigadores y servidores públicos, quienes nos ayudan a advertir que el desorden mundial que hoy vivimos es, en realidad, una reconfiguración de las fuerzas productivas y las élites mundiales. Ejercicio relevante, si asumimos que nuestra responsabilidad como militantes es formarnos y formar de manera permanente para dar la discusión en calles, medios de comunicación, redes sociales e instituciones, buscando mostrar que el camino necesario sigue siendo el de la ampliación de derechos sociales, la vía democrática, la soberanía de recursos y la separación del poder político y el poder económico.

En este esfuerzo, a través de preguntas detonadoras (¿vamos hacia un orden multipolar?, ¿cuál es la nueva cartografía económica internacional?, ¿cómo se reconfigura el mapa político latinoamericano?) intentamos poner el acento en una serie de aspectos clave. Amado Boudou, por ejemplo, sostiene que el sistema financiero internacional ha permanecido ajeno a las reformas

que los gobiernos progresistas han implementado con éxito para sacar de la pobreza a millones de personas. Andrés Barreda indica que el principal cambio cartográfico lo constituye la integración económica del continente eurasiático, hecho en el que China tiene hoy un papel protagónico. Cecilia Urquieta sugiere que América Latina podría convertirse en un bloque autónomo gracias a sus recursos estratégicos; y Cecilia Nahón identifica desafíos y oportunidades para la integración regional e invita a aprovechar el contexto de reestructuración de la producción y el comercio internacionales, proceso en el cual la toma de decisiones coordinadas en torno al litio podría tener un rol estratégico. Eduardo Zuain problematiza en torno a la incapacidad de los organismos multilaterales para poner límites al poder unipolar, así como las consecuencias que ha provocado el actual bloqueo occidental a Rusia. Martha Ortega Peraza, por su parte, pone el foco en el Caribe, región que se considera periférica pero cuyo papel ha sido fundamental en la configuración de las relaciones mundiales. Ricardo Patiño sostiene que Estados Unidos está dando marcha atrás a la globalización y desaprovechando el desarrollo tecnológico de China, buscando frenar a toda costa la actual reconfiguración global. Finalmente, el resto de las contribuciones intentan partir de experiencias nacionales e invitan a identificar aspectos que se consideran fundamentales: la preocupación por el ascenso del fascismo en Europa (que amenaza también a países latinoamericanos, como El Salvador), la importancia de Brasil en el escenario regional, sobre todo con el retorno de Lula da Silva, y el papel que juega México en el proceso de integración latinoamericana.

PATRICIA LEGARRETA
Instituto Nacional de Formación Política

FEDERICO MONTERO
Observatorio del Sur Global

morena



MORENA

Presidente: Mario Delgado Carrillo
Secretaria general: Citlalli Hernández Mora

INSTITUTO NACIONAL DE FORMACIÓN POLÍTICA

Presidente: Rafael Barajas Durán
Coordinador general: Oscar Lemus

REVISTA CONCIENCIAS

Consejo editorial:

Armando Bartra, Atilio Boron, Blanca Montoya, Consuelo Sánchez, Elvira Concheiro,
Fernando Buen Abad

Editor: David Antonio Pérez Nava
Editoras invitadas: Patricia Legarreta y Mariana Vázquez
Corrección: Carlos López
Diseño editorial: Manuel Pedrozo
Arte: Kloer (Coacalco, Estado de México)

Sitio web: www.revistaconciencias.mx  [/concienciasmx](https://www.facebook.com/concienciasmx)
www.infpmorena.mx

Las autoras y los autores ceden a la revista *Conciencias* del Instituto Nacional de Formación Política los derechos de reproducción y distribución de sus artículos para su divulgación en todos los países del mundo, en formatos impreso y digital; sin embargo, la responsabilidad por lo expresado en los artículos, reseñas y obras visuales es estrictamente de ellos.

Distribución gratuita.
Prohibida su venta.



Contenido

LA NUEVA CARTOGRAFÍA ECONÓMICA INTERNACIONAL

4

AMADO BOUDOU

9

ANDRÉS BARREDA MARÍN

EL NUEVO MAPA POLÍTICO LATINOAMERICANO

17

CECILIA URQUIETA PARDO

21

CECILIA NAHÓN

¿HACIA UN NUEVO ORDEN MULTIPOLAR?

25

MARTHA ORTEGA PERAZA

28

EDUARDO ZUAIN

32

RICARDO PATIÑO

EL ASCENSO DEL NEOFASCISMO EN EUROPA

36

ELIZABETH VILLANUEVA

39

RODRIGO CORNEJO

BRASIL EN EL ESCENARIO REGIONAL

44

FABIÁN CARDOZO

46

GUADALUPE CORREA-CABRERA

MÉXICO Y LA SOLIDARIDAD ENTRE LOS PUEBLOS

49

ALINA DUARTE

Amado Boudou

Militante nacional y popular, exministro de Economía y Finanzas y exvicepresidente de Argentina (2011-2015)

LA NUEVA CARTOGRAFÍA ECONÓMICA INTERNACIONAL

Es importante reflexionar sobre el significado de la geografía social en el siglo XXI. Cuando se derribó el muro de Berlín se intentó imponer la idea de que había terminado la historia de la humanidad, pues ésta había llegado a un punto en el que las instituciones que se habían conformado en el occidente dominante —que fue colonial y que hoy es tardocolonial— iban a prevalecer por siempre. En ese marco se echaron a andar a pleno instituciones multilaterales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y las Naciones Unidas, pero no como una arquitectura multinacional que apuntaba a la posibilidad de la emancipación, sino como organismos que detentaban la voz de los Estados Unidos para intentar imponer su modelo único al resto de la humanidad. Se trataba del Consenso de Washington y la hegemonía del neoliberalismo.

Con la idea del fin de la historia se buscaba indicar que los países no tenían derecho a encontrar su propio destino. Con ello, se pretendió igualar historias, realidades y condiciones distintas y se generó un modelo que pretendía funcionar como un traje a la medida de todos, sin importar la etapa histórica de cada uno ni la cuestión geográfica. En definitiva, la nueva cartografía se convirtió en una cartografía sin fronteras en la que daba lo mismo si una industria se localizaba en China, la Ciudad de México o Buenos Aires, pues en ese nuevo mundo la actividad financiera es el centro de todo y todo se ha vuelto intercambiable, capaz de ser valorizado en el mercado financiero. En esa situación, importa muy poco dónde están localizadas las personas o las actividades.

En el año 2010, en plena crisis global producida desde los centros financieros, se discutía en el G20 la importancia del

libre comercio y de la libre movilidad de capitales, y muy pocos se preguntaron sobre la libre movilidad de personas; cuestión que producía extrañeza, incluso rechazo. En esas reuniones multilaterales era obvia la necesidad de tratar semejantes asuntos, pero la humanización de las cosas y la cosificación de las personas está en el centro del problema. Para ellos, defensores del actual orden global, es a los capitales a quienes hay que tratar bien, cuidar, seducir con palabras hermosas, mientras a las personas hay que cerrarles las fronteras, hundirles las balsas y recibirlas a palos. Conceptualización que, por lo demás, desafía no sólo la visión nacional y popular, sino al liberalismo originario que tenía como una de sus claves la apuesta por la libre movilidad de los seres humanos. Lamentablemente, la humanidad se ha acostumbrado a convivir con las ideas que son hoy el sentido común promovido por la clase dominante.

Esta nueva cartografía de igualación de lo desigual y de desaparición selectiva de las fronteras para el capital, los bienes y servicios, pero no para las personas, tiene una implementación en las instituciones globales. Qué es, por ejemplo, el Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones, sino la institución que busca terminar con la soberanía jurídica de cada uno de los países para que las cuestiones del gran capital sean juzgadas exclusivamente por el gran capital. El objetivo es un trabajo de doble pinza. Por una parte, la desterritorialización y, por la otra, la cuestión de clase, pues la clase dominante impone sus tribunales sobre las grandes mayorías.

Este mundo sin geografía comienza a ser un mundo unipolar en cuanto a lo institucional. Las acciones de las empresas más importantes de nuestros países tienen que cotizar en la bolsa de Nueva York, sujetas al sistema jurídico y a la reglamentación de la Comisión de Bolsa y Valores de Estados Unidos; del mismo modo que muchos crímenes vinculados al terrorismo y al narcotráfico pierden territorialidad y son atraídos por los fueros jurídicos de Estados Unidos. Es decir, en esta caída del muro de Berlín y en este fin de la historia hay también un avance sobre las naciones, sobre las soberanías y el orden jurídico de cada uno de los países del mundo tardocolonial. No estamos en una comunidad de sociedades emancipadas.

Lo mismo podríamos decir del funcionamiento de los bancos centrales, pues éstos están obligados a regirse por las convenciones globales que están muy lejos de cualquier ámbito de discusión democrática. No hay ningún tipo de discusión entre iguales. Pensemos, por ejemplo, que en el FMI el voto de Estados Unidos vale 16.5 puntos de 100, mientras el voto de Argentina, que es un país medio, vale tan sólo medio punto. Es fácil imaginar la voz que en esos organismos internacionales tienen los países en situaciones tardocoloniales. Pero es así, a partir de la anulación de la dimensión geográfica, que se retrocede

en la institucionalización de nuestros países y se da prioridad a una institucionalización global donde las estrategias generadas en los países industrializados se imponen al resto. Así sucede también en la Organización Mundial del Comercio (OMC), donde se puede ver con mucha claridad cómo ocurren estas imposiciones; del mismo modo, en los encuentros multilaterales medioambientales se insta a los países en vías de desarrollo a que desarrollen los principales esfuerzos medioambientales, mientras que aquellos que produjeron el daño medioambiental no asumen ningún impacto en sus políticas públicas. Y esto también ocurre en el caso de las calificadoras de riesgo, convertidas en juez y parte en los flujos de capitales. En este caso se trata de instituciones globales que ningún pueblo votó, pero que toman decisiones en nombre de ellos todos los días y que muchas veces parecen ser más importantes que el poder democrático efectivamente elegido en cada uno de los países, causando con ello estragos en la vida de los pueblos. Es una muestra más de las implicaciones de una cartografía sin geografía, de una forma neoliberal de concebir el mundo, sin historia y por lo tanto sin política.

Pero lejos de poder cerrar brechas, esta institucionalidad global tiende a profundizar las asimetrías. Cuando se habla de desigualdad o pobreza pocas veces se habla de riqueza, aunque para una región como América Latina es claramente su contracara. Cuando decimos que el 1 % de la población tiene más del 50 % de la riqueza acumulada no es un hecho fortuito, sino la consecuencia estricta de este modelo tardocolonial que tendió a reforzarse institucional e internacionalmente a partir del Consenso de Washington. En este sentido, la deuda, lejos de ser un fenómeno económico financiero es un fenómeno político que ha servido para imponer modelos que no han permitido mejorar la vida de las grandes mayorías, ni en América Latina ni en África o Asia.

El discurso estadounidense de la posguerra, ése que indicaba que los Estados Unidos tenían un modelo que al ser impuesto en el resto del mundo mejoraría la vida de los países y sus pueblos no ha tenido correlato efectivo con los hechos realmente ocurridos. En el caso de América Latina, por ejemplo, los países se han visto sometidos a políticas que los han hecho perder estabilidad política y económica. Las políticas de endeudamiento de los gobiernos neoliberales, por ejemplo, han sido una forma de encadenar a los gobiernos nacionales y populares, ya que traen condiciones que los obligan a disminuir su campo de decisión y la libertad de impulsar sus propias políticas públicas. Esto se puede apreciar en el experimento de privatización regional de los sistemas jubilatorios, medida que fue impuesta y significó un rotundo fracaso. En este proceso ningún país central privatizó su sistema jubilatorio, pero en el resto de los países se desarrolló en dos oleadas:

primero en América Latina y después en los países que habían formado parte del Pacto de Varsovia. La medida fue verdaderamente devastadora para los adultos mayores.

Cuando se distingue entre centro y periferia muchas veces parece que se hace de forma despectiva, pero debemos concebir tal distinción como una cuestión técnica. Así, hablamos de periferia cuando nos referimos a un país en el que las decisiones del proceso de acumulación de capital se toman fuera del país o por medio de clases dominantes locales cuyos intereses reales están fuera de su país de origen. La clave de la cuestión centro o periferia es, por tanto, dónde se decide el proceso de acumulación de capital, y este entramado es el que ha condicionado las decisiones políticas de los países.

Del mismo modo, el uso de la palabra éxito está vinculado no a la vida de los pueblos ni a su mejoría, sino a la instauración de un modelo en que el gran capital accede a porciones cada vez mayores del PIB de los países mientras el trabajo a porciones cada vez menores. Si uno mira a escala global una evolución de la productividad y de lo que se lleva el trabajo en el lapso 1980-2022, podemos observar que la productividad se ha duplicado y la participación de salarios se ha mantenido constante debido fundamentalmente a dos vías: por la caída del salario real y por el aumento del trabajo formal, del trabajo con derechos y del desempleo. Entonces, hay una cuestión sistémica que no podemos ver ni analizar, una anomalía y una tendencia que lleva más de 40 años y se da globalmente. Un claro ejemplo es el caso de Argentina, cuando en tiempos de pandemia los diputados Máximo Kirchner y Carlos Heller impulsaron un impuesto a las grandes fortunas, mismo que permitiría que el Estado tuviera recursos adicionales para enfrentar la emergencia de salud. Lograron sancionar y se puso

en marcha. En un país de 47 millones de habitantes este impuesto alcanzó solamente a 14 mil personas, muchas de las cuales pertenecen al mismo grupo económico y algunas de las cuales pertenecen a las mismas familias, lo que nos permite tener una idea clara de la concentración del ingreso y la riqueza y de la manera en que este proceso se profundiza con el sistema económico vigente.

La cuestión de la distribución del ingreso, que es uno de los elementos centrales del trabajo político en el campo nacional y popular, debe ser el foco de atención de toda la elaboración teórica y del impulso de políticas públicas prácticas para los tiempos que vienen. Hay quienes pretenden imponer el nuevo relato de que se acabó el mundo del tra-



bajo tal como lo conocemos, pero esto es en realidad un nuevo avance en perjuicio de los derechos de trabajadoras y trabajadores, relato creado para empeorar aún más la distribución del ingreso. Así, en Argentina se habla del daño que hacen los derechos laborales, las vacaciones, el aguinaldo y las leyes de despidos, de modo que alguien podría pensar, al escuchar ese discurso, que el problema del mal funcionamiento económico es consecuencia de que las trabajadoras y los trabajadores están explotando a los capitalistas. Pero esto no se verifica con ningún dato objetivo, sino que se evidencia una vez más el intento de eliminar la historia y la geografía por parte de los grupos neoliberales, para así eliminar cualquier política emancipatoria que permita mejorar la distribución del ingreso y garantizar la soberanía de cada uno de los países.

Por eso uno de los grandes desafíos de América Latina es encontrar mecanismos de desconexión del sistema financiero internacional, lo que no quiere decir desconocerlo, sino evitar ser dependientes de su funcionamiento. Lo que estamos viendo hoy es que el sistema social, el proyecto civilizatorio que trae el neoliberalismo, pone en el centro del análisis al sistema financiero, de modo que es de esperarse que el mundo sea cada vez más desigual y más violento; no es una anomalía, es sistémico. La contrapropuesta a esto, en cambio, debe fundarse en el compromiso de que, en el centro de cualquier análisis, de cualquier decisión, de cualquier política pública, estén las necesidades y deseos, la vida de los seres humanos: alrededor está la cuestión de los bienes naturales y el sistema productivo y, en última instancia, el sistema financiero. Sólo modificando la conceptualización en estos términos podemos tener respuestas profundas y duraderas.

Es importante analizar seriamente nuestra institucionalidad actual, pero

institucionalidad en sentido amplio, no sólo lo referente a nuestras constituciones y sistemas jurídicos, sino la arquitectura financiera internacional, el funcionamiento de las bolsas y los bancos centrales, el funcionamiento de los flujos de capitales y de la OMC. Durante las últimas décadas ha cambiado mucho el sujeto de derechos que impulsaron las instituciones surgidas tras la Revolución Francesa, las cuales parecían poner en el centro a la vida humana; hoy, sin embargo, la subjetividad se ha transformado y el sistema institucional global defiende el capital. En el discurso público esto es claramente identificable, por ejemplo, si se analiza el sistema previsional y se habla de su consistencia actuarial. El sistema previsional mira la sustentabilidad financiera, cuando tendría que mirar la sustentabilidad de la vida de las personas que llegan a una edad avanzada. Así, si la productividad aumentó más que los salarios, ¿por qué no puede ser una fuente de recursos del sistema de seguridad social algún impuesto a la renta o a los beneficios empresariales? ¿En qué ponemos el foco al momento de impulsar políticas públicas y fiscales, en la vida de las personas o en las finanzas?

Ahora bien, cuando se habla de condiciones especiales para las inversiones extranjeras en nuestros países genera una locura jurídica en lo que toca al problema de la soberanía. ¿Las empresas nacionales tienen un demérito respecto a la inversión extranjera? Cuando se les trata de esa manera, no es de extrañar que las burguesías nacionales busquen la manera de salir del país para ingresar nuevamente después, pero en condición de empresa extranjera; y eso es resultado de las legislaciones existentes. ¿Cuál es la lógica detrás de eso? Indudablemente, la del mundo de la incertidumbre para los seres humanos y de certezas para el capital, conceptualización que también en este frente debemos rechazar, ya que genera inestabilidad política y económica. Estabilidad, en cambio, la daría el aumento de los ingresos de las clases populares de los distintos países, pero es muy frecuente en el discurso económico hegemónico que cuando se habla de equilibrios macroeconómicos nunca, o casi nunca, se considera al ingreso como una variable macroeconómica, aunque efectivamente lo es y es determinante para mantener los niveles de consumo y ahorro. Por eso una pregunta básica que debemos formularnos, especialmente desde los movimientos nacionales y populares, es quién defiende las instituciones que entronizó el Consenso de Washington, incluso al interior de nuestras propias legislaciones y con el auspicio de un entramado global que toma decisiones con sus votos mayoritarios en el FMI, el BM o incluso en la Organización de Estados Americanos.

América Latina cuenta con muy poca obra de infraestructura supranacional y esto responde deliberadamente a una política que imposibilita el desarrollo. Es por eso que necesi-

tamos obra pública supranacional que nos permita mejorar la conectividad y la infraestructura entre nuestros países, lo cual abriría paso a una economía cada vez más interconectada. Hay que recordar y preguntarnos: ¿cuáles fueron las principales políticas de afianzamiento de los Estados Unidos en sus etapas constitutivas? La infraestructura de conexión: todo el camino hacia el Oeste, que significó entre otras cosas la posibilidad de su acercamiento con México y el impulso de políticas territoriales que implicaron la invasión y el despojo. Es por eso, por hechos como éstos, que la irrupción de China como un actor global genera grandes expectativas por la posibilidad del surgimiento de un orden multipolar, lo que implicaría romper con el tardocolonialismo de nuestros países.

Existió un proceso de financiación de la economía y de globalización de las finanzas como mecanismo de ese mundo sin geografía y sin historia. En ese camino se generaron los famosos paraísos fiscales. La mayoría de ellos son naciones que se acoplaron o forman parte de ese sistema, con mecanismos de expoliación del esfuerzo de las sociedades para que se vean obligadas a formar parte de ese mundo sin geografía. Esto ya está consolidado. Sin embargo, se está inaugurando una nueva etapa basada en la generación de paraísos extractivos que tienen características diferentes, porque no van a ser nuevos países sino territorios específicos al interior de los propios países. En los tiempos que vienen habrá una fuerte presión para generar estos paraísos a partir de todo ese *stock* de bienes naturales que existen en algunos países, especialmente en América Latina. Es por eso que es importante observar y anticiparse a estos hechos desde nuestros países y gobiernos, tomando medidas importantes para evitar que dentro de algunos años escribamos unas nuevas venas abiertas de América Latina. La cuestión de los paraísos extractivos ya se está anunciando y tiene mecanismos de enunciación mediática y política muy potentes, bien pensados y desarrollados.

Por un lado, se presenta como una buena noticia el hecho de que América Latina —se dice— está a punto de ingresar a una etapa en la que todo lo que tenemos será demandado por el mundo. Será una época de oro, pues Europa y el mundo necesitan nuestros bienes naturales. En segundo lugar, se insiste en que es apremiante acelerar el avance tecnológico para la extracción, pues los recursos con los que contamos, si no son obtenidos rápida y efectivamente, en un plazo muy corto de tiempo ya no van a servir. Así se presenta el caso del gas, pues se sostiene que al estar éste próximo a ser sustituido por nuevas tecnologías, es apremiante extraerlo todo a la mayor brevedad posible, incluso si para ello hay que considerar que sean las grandes empresas globales multinacionales quienes ingresen a nuestros países a extraer los bienes naturales. En tercer lugar, y apelando a la política interna, se sostiene que si

lo que se augura en el corto plazo son tiempos espectaculares y si lo que necesitamos es ser capaces de poner en funcionamiento acelerado la extracción de nuestros recursos naturales, es necesario generar rápidamente una legislación que dé paso a esos días de bonanza, seduciendo al capital y dándoles certezas a las grandes transnacionales con el fin de que vengan a hacer su tarea histórica a nuestros países. Legislación que, valga el corolario, no sólo le daría certezas al capital para la extracción de recursos, sino que también erosionaría los derechos de las trabajadoras y los trabajadores. Además, estas leyes (y de ahí su novedad) establecerían zonas geográficas especiales según su actividad; por ejemplo, en el caso argentino, la zona de vaca muerta y la zona del litio. Con ello se construirán países dentro de países, paraísos extractivos que avanzarán en contra de la propia idea de nación y van a empezar a socavar la soberanía en términos de legislación. En cuarto lugar, se promueve la idea de la utilización de las fuerzas armadas en cuestiones de orden interno, discurso que en Argentina ha comenzado a difundirse mediáticamente alrededor

de otras temáticas, pero que en el fondo tienen que ver con la organización de los paraísos extractivos. Surge a raíz de la cuestión del narcotráfico, también en torno a la cuestión de los pueblos originarios, pero precisamente entre aquellos sectores cuyos intereses están directamente relacionados a las cuestiones extractivas que ahora desarrollamos.

Toda esta situación hace pensar, con cierta seguridad, que muy pronto habrá un nuevo ataque en perjuicio de la soberanía y buscando generar paraísos extractivos en nuestros países. Una vez que ese mecanismo se ponga en marcha, si lo logra, será muy difícil desarmarlo, y aún más difícil será poder garantizar que nuestros pueblos accedan a una mejor calidad de vida a partir de este «nuevo milagro latinoamericano». Para los promotores de este discurso esta nueva situación que se avecina va a mejorar la macroeconomía, el PIB y las finanzas, pero omiten decir que va a empeorar aún más la vida de nuestros pueblos. Habrá salarios más bajos, con menor participación en el PIB; habrá también servicios públicos más caros. Y nada de esto sería una anomalía del sistema, sino consecuen-

cia obvia y directa de la instauración de un modelo exportador por encima del modelo de mercado interno. Si no lo evitamos, el formato de este siglo, el formato de los tiempos que vienen, será el de la gran demanda de nuestros bienes naturales, a pesar de todo.

Ante esos posibles horizontes resulta necesario encontrarnos, intercambiar experiencias e ideas. No desde la gran sabiduría acumulada, sino desde los fracasos que hemos tenido y desde las dificultades que hemos atravesado, poniendo arriba

de la mesa los logros, pero sin olvidar también las caídas, pues una de las debilidades del campo nacional y popular ha sido consecuencia de la incapacidad de hacerse cargo de sus logros y los fracasos, no poner en valor los avances y analizar todo el proyecto político con visión amplia y profunda. Para contrarrestar el Consenso de Washington, es importante analizarlo desde nuestra propia conceptualidad y sentir orgullo por los pasos dados hacia delante, por los avances, pero al mismo tiempo reelaborar aquellas cosas que no hemos podido hacer, siempre teniendo como clave interpretativa la

búsqueda de nuestra propia soberanía: no puede haber justicia social sin independencia económica; no puede haber independencia económica sin soberanía política.

Es importante reconocer que no estamos en un sistema institucional inalterable, pues parte fundamental del trabajo político es modificarlo. En la Constitución argentina, por ejemplo, existe un artículo que dice explícitamente: «esta Constitución podrá ser cambiada en todas o en alguna de sus partes», pues los pensadores liberales que la redactaron tenían en claro que los tiempos cambian y la materialidad también. Quizás sean tiempos de tomarse nuevamente en serio ese artículo y con esto modificar aquellas cuestiones estructurales que necesitan ser transformadas, como la concentración del ingreso y la riqueza. Ésta es parte de un entramado global que hay que modificar, y que bien podemos llamar la dictadura del capital patriarcal y depredador del medio ambiente. Modificarlo debe ser nuestro foco y hay mucho que hacer en favor de eso, siempre teniendo como horizonte el objetivo de mejorar la vida de nuestros pueblos.



Andrés Barreda Marín

Economista y doctor en Estudios Latinoamericanos. Profesor en la Facultad de Economía de la UNAM, México

El actual desarrollo industrial autónomo de China y de varias regiones del continente asiático, como India, Rusia, Irán, Arabia Saudita y Turquía, es el principal cambio de la cartografía económica mundial, pero también el principal cambio histórico de significado secular, incluso milenario. En la actualidad asistimos a una integración regional de tipo comercial, técnico-científica, industrial, política, diplomática y militar en la mayor parte del continente eurasiático, lo que significa la irrupción histórica de un descomunal bloque geoeconómico que no había participado dentro del mercado mundial durante los últimos cinco siglos, pero que es la misma macrorregión en que se ubicaron durante miles de años la mayor parte de las principales plantas y animales domesticados, así como sus respectivos procesos de desarrollo, lo que brindó el espacio para variadas, prolongadas y trascendentes dinámicas demográficas, guerras y mercados, con múltiples intercambios culturales¹.

Eurasia fue el principal escenario del mundo donde ocurrieron descomunales, extendidos y variados procesos migratorios, reiterados encuentros y desencuentros civilizatorios, así como procesos de intercambio de bienes y se establecieron las principales rutas mercantiles del planeta. Como es sabido, en el suroeste de Eurasia se asienta la antigua Mesopotamia, primera y más importante zona de origen y exportación de saberes neolíticos, tanto hacia Europa y Egipto como a India. Por su parte, en el lejano oriente floreció la segunda revolución neolítica que dio pie a la civilización China. India fue la tercera región de origen del supercontinente. Todo esto en su conjunto

¹ Jared Diamond, *Armas, gérmenes y acero: la sociedad humana y sus destinos*, Debate, España, 1998



permitió que dentro de un enorme territorio completamente interconectado ocurrieran procesos de domesticación de cereales, leguminosas, hortalizas y frutas, pero también de todos los animales domésticos del mundo: cabras y ovejas, camellos, caballos, bueyes, vacas, cerdos y aves². Esto hizo posible el desarrollo de formas de escritura, saberes técnicos agropecuarios, hidrológicos, siderúrgicos, urbanos, matemáticos, geométricos, astronómicos y médicos, así como diversas formas de pensamiento filosófico, religioso y artístico.

Desde cada uno de estos centros civilizatorios neolíticos se difundieron lenta pero irreversiblemente los logros técnicos y sociales. En Mesopotamia ocurría la domesticación del trigo, la cebada y las lentejas, la invención de los graneros para el acopio de excedentes, la molienda del trigo y el desarrollo del pan de

² Recientemente han aparecido algunos indicios de que tales transformaciones neolíticas pudieron haber comenzado en Turquía hace 20 mil años o en China hace 17 mil, lo cierto es que dicha revolución civilizatoria se vuelve un proceso histórico irreversible hace 11 mil años, después de la cuarta glaciación.

levadura, la domesticación de algunas frutas y hortalizas, la domesticación de corderos, ovejas y el camello, el desarrollo de los alimentos lácteos, la acumulación continua y creciente de nuevos tipos de riqueza, el desarrollo de la metalurgia y el trabajo esclavo. Entre India y China, por su parte, se desarrollaba la domesticación del arroz, el mijo y la soya, así como los cerdos, gallinas, patos, el ganado cebú y los búfalos; también florecía la metalurgia y la producción de riqueza excedente.

La domesticación de la alfalfa, los caballos, camellos y perros, aunque proceden de regiones no agrícolas del centro de Asia, se convirtieron en un bien común que por su capacidad de movilidad se difundieron rápidamente entre las culturas de Mesopotamia, la región árabe, China, Mongolia, la región tártara, turca y europea. Por ello, la totalidad de este megacontinente euroasiático dispuso de caballos, burros, camellos y dromedarios como bestias de carga utilizadas durante miles de años. Como señala J. Diamond, la morfología relativamente favorable de la interminable masa terrestre de Eurasia, sus latitudes relativamente similares y los climas semejantes que ello implica —a pesar de las enormes masas áridas y desérticas o la descomunal masa montañosa de los Himalayas que fragmentan al megacontinente—, permitió el desarrollo de diversos corredores migratorios e intercivilizatorios que se desarrollaron durante miles de años.

La convivencia cotidiana de los gérmenes de los animales domésticos y los seres humanos domesticadores impuso el desarrollo de todo tipo de enfermedades ocasionadas por virus y bacterias, lo mismo que una lenta adaptación inmunológica de cada una de estas culturas, propiciando la lenta y profunda creación de un sistema inmunológico humano como un intangible y excepcional bien común que pertenece a todos los pueblos de Eurasia y África. Gérmenes que J. Diamond, en su obra citada, considera como uno de los principales factores que ocasionan una heterogénea distribución planetaria del poder de las civilizaciones, que en el caso de la conquista de América favorece a los pueblos poseedores de la mayor cantidad de las bestias de carga, herramientas de acero y armas de fuego.

Con el florecimiento de estos núcleos civilizatorios, Eurasia se convirtió desde hace 2,000 años en escenario de una interconexión basada en todo tipo de migraciones, invasiones de unos pueblos en contra de otros y descomunales mercados que progresivamente universalizaron las capacidades y necesidades de los pueblos. En Eurasia florecieron revoluciones neolíticas, y en sus extremos prosperaron grandes Estados, sociedades patriarcales y avanzados conocimientos científicos y tecnológicos, base sobre la cual maduraron más tarde rutas mercantiles transcontinentales que por primera vez articularon los extremos asiático y europeo, provocando así nuevos flujos de invasiones por parte de las grandes regiones áridas del centro de Asia en contra de los ricos pueblos agricultores. Los pueblos

mongoles y tártaros, como señala Fernand Braudel, aprendieron a asolar violentísima y alternadamente a los dos fértiles extremos agrícolas de Eurasia, la China milenaria y Europa³.

Un testimonio mudo de semejantes embestidas lo ofrecen las múltiples y descomunales murallas construidas por los sucesivos Estados en las numerosas montañas del norte de China, que de forma permanente requieren defenderse una y otra vez de las violentas embestidas mongolas. Como el extremo europeo no dispone de una acumulación de riquezas equiparables a las chinas, ni tampoco cuenta con grandes montañas orientales que auxilien su defensa civilizatoria, no tiene la posibilidad de emprender obras defensivas de gran envergadura. Por ello, las violentas invasiones tártaras asolan inmisericordemente las planicies de Rusia y Europa oriental, y sólo tardíamente, entre los siglos XVI y XVIII, los europeos logran combinar el desarrollo de su siderurgia con el novedoso uso de las armas de fuego (pólvora desarrollada por los chinos, pero cuya utilización bélica pertenece a los árabes), gracias a lo cual resulta posible derrotar y hacer retroceder a las recurrentes hordas depredadoras. Si bien para dicha época las permanentes invasiones y guerras entre pastores y agricultores, aunque mestizan y transforman culturalmente a una enorme masa de población en estas zonas fronterizas, ello no borra las desconfianzas y animadversiones que los europeos mantendrán secularmente contra los bárbaros procedentes del Oriente, sin importar la forma en que las más remotas regiones orientales o los mismos pueblos pastores hayan aportado logros civilizatorios fundamentales, ni la forma en que los pueblos intermedios de Europa (eslavos y rusos) hayan sido las primeras víctimas de las invasiones mongolas y tártaras.

Cuando los europeos lograron navegar por primera vez fuera de los mares inmediatos de Europa —supuestamente para *descubrir* América⁴—, las principales ventajas civilizatorias de las que disponían (caballo, rueda, armas de acero, pólvora, brújula o gérmenes de enfermedades como la viruela) no eran *ventajas* que procedían de una inteligencia estrictamente europea. Se trataba, más bien, de desarrollos culturales milenarios y combinados procedentes de las más diferentes regiones de Eurasia. Así, cuando Europa efectúa su violenta conquista de América, la cultura renacentista de la que parte en realidad echa mano de múltiples saberes milenarios acumulados en diversas regiones. Durante la conquista de América y

la esclavización de África, por primera vez Europa se construye un destino histórico propio, sin depender exclusivamente de los metabolismos civilizatorios de Eurasia. La violenta dominación y despojo del continente americano, así como las prósperas colonias de América, se fincan en el secuestro y esclavización de la población africana, así como en el proceso de acumulación originaria del capital iniciado en Inglaterra durante el siglo XVI. Esta nueva economía Atlántica permitirá a Europa obtener excedentes que hicieron posible una acumulación de riquezas que apuntaló un capitalismo ya no meramente mercantil ni monetario, sino agrícola y manufacturero; pero al mismo tiempo provocó el permanente secuestro de hombres y mujeres procedentes de las más diversas regiones de África.

En la Nueva España también se dio otro testimonio de la violencia, el genocidio y el caos ejercido por los europeos durante el siglo XVI. Tras 70 años de conquista y colonización, Mesoamérica perdió 20 de los 21 millones de habitantes que originalmente poblaban la región, lo que implicó la pérdida de culturas y lenguas previamente existentes dentro de este territorio. Despojo de riquezas y explotación, pérdida irreversible de fuerzas productivas, saberes etnoambientales y salutíferos, tradiciones y sensibilidades humanas, que testifican la forma ruin con que los europeos sojuzgaron a los indios americanos. Este hecho sirvió de base para el desarrollo de una inédita arrogancia cultural occidental que se consolidó con continuas guerras y un despiadado dominio colonial, con relaciones de esclavitud y flujos interminables de excedentes y metales preciosos, incuantificables tributos y acopio de tesoros, así como mestizajes y racismos dirigidos en contra de indios, negros y todos aquellos identificados como no europeos.

Para Braudel, el siglo XVI es el momento en que Europa comienza a utilizar las armas de fuego, no sólo para conquistar América sino también para revertir su ancestral sumisión a las invasiones tártaras. Así, mientras se controlan los territorios de América, los polacos y lituanos proceden a invadir Rusia, pero fracasan. Poco más de dos siglos después, con ayuda de numerosas tropas europeas, Napoleón también intentó invadir Rusia, encontrando una resistencia que supo aprovechar el invierno ruso⁵. Cien años después, de nueva cuenta, y pretextando un rechazo a la revolución comunista en Rusia, el mundo occidental organizaría un tercer intento de invasión que sería nuevamente derrotado, esta vez con la alianza de 12 países occidentales y 2 orientales, quienes dieron apoyo al ejército blanco con el fin de cercar y vencer a los revolucionarios ru-

³ Fernand Braudel, *Las civilizaciones actuales*, Tecnos, España, 1992

⁴ Al parecer, América no sólo fue previamente visitada por navegantes norasiáticos que recorrieron y colonizaron las costas aleutianas y de Norteamérica, sino también por osados navegantes polinesios que atravesaron el Pacífico y por sofisticados navegantes chinos; también por vikingos que llegaron a las costas de América. Todo ello algunos siglos antes de Cristóbal Colón.

⁵ No hay que olvidar que las tropas de Napoleón no eran exclusivamente francesas, sino que el 60 % de ellas procedían de otras partes de Europa. Por ello decimos que se trata de un fracaso europeo.

sos⁶. En su mejor momento, esta ofensiva logró reducir a una quinta parte el viejo territorio zarista de Rusia, pero la legendaria resistencia del ejército rojo, comandado por León Trotsky, desactivó las aspiraciones de las grandes potencias imperiales.

Veinte años después, durante el periodo estalinista y de la mano de Adolfo Hitler (con el financiamiento de las principales empresas transnacionales de EU y Europa Occidental), tuvo lugar una cuarta invasión militar, orquestada por el altamente mecanizado ejército alemán que ingresó a Rusia atravesando las planicies polacas y ucranianas, mediante una descomunal invasión que en esta ocasión atacó a Rusia desde cuatro frentes: Leningrado, Moscú, Kursk y Stalingrado. Una vez más este intento desembocó en fracaso, pero eso no nos debe hacer olvidar que, aunque se ha difundido la idea de que la ambición imperial de Hitler fue la causa de la Segunda Guerra Mundial, lo cierto es que la nobleza europea y las principales empresas transnacionales de Europa y Estados Unidos, durante más de quince años, simpatizaron y financiaron las actividades anti-comunistas de Hitler, con el objetivo de que éste desmantelara la Unión Soviética. Continuamente se recuerda el exterminio de 6 millones de judíos sacrificados en los campos de exterminio, pero no se menciona que buena parte de estos judíos —más allá de las caricaturas que los presentan como un pueblo de mezquinos comerciantes y financieros rapaces— conformaron el ancestral núcleo crítico anticapitalista de Europa⁷; tampoco se habla de los 27 millones de rusos, más otros millones de eslavos y gitanos que fueron asesinados por las tropas nazis en su avance a Europa central.

Tras la Segunda Guerra Mundial, inmediatamente después del estallido de las bombas nucleares de Hiroshima y Nagasaki y mucho antes de que la URSS demostrara públicamente su posesión de armas nucleares en 1948, comenzaron los planes esta-

⁶ El llamamiento del gobierno soviético para realizar la revolución en todo el mundo, junto a su voluntad de poner fin a la guerra, repudiar las deudas reclamadas por las potencias aliadas y llevar adelante sus medidas de nacionalización, motivó a los dirigentes occidentales a lanzar una agresión masiva contra la Rusia soviética, buscando derrocar al gobierno revolucionario y restaurar el orden capitalista. La intervención extranjera comenzó durante el verano de 1918 y terminó hacia fines de 1920, cuando las capitales occidentales constataron su fracaso y tuvieron que reconocer que el gobierno soviético y el ejército rojo habían conseguido el control del territorio. Catorce países participaron con sus tropas en esa agresión: Francia envió 12,000 soldados (al mar Negro y al Norte); Londres envió 40,000 (principalmente al Norte); Japón, 70,000 (a Siberia); Estados Unidos, 13,000 (al Norte junto a franceses y británicos); Polonia, 12,000 (a Siberia y a Múrmansk); Grecia, 23,000 (al mar Negro); Canadá, 5,300. En el caso de Japón, su intervención se prolongó hasta octubre de 1922. Según Winston Churchill, ministro de guerra en el gobierno británico, las tropas extranjeras aliadas alcanzaron los 180,000 efectivos (véase Eric Toussaint, «La revolución rusa, el repudio de las deudas, la guerra y la paz», en *Comité para la abolición de las deudas ilegítimas*, 20 de julio de 2017).

⁷ Enzo Traverso, *El final de la modernidad judía. Historia de un giro conservador*, FCE, Argentina, 2014

dunidenses para atacar nuclearmente decenas de ciudades de la URSS. Razón por la cual se aceleró la consolidación militar de la Unión Soviética y se apuntaló la resistencia china en contra de la invasión japonesa, con su apoyo especial al ejército de la entonces República China comandado por Chiang Kai-shek, corrupto heredero de la vieja tradición británica de organizar el tráfico del opio en la región.

Sin embargo, el triunfo de la Revolución China, en 1949, permitió el establecimiento de la alianza entre la Unión Soviética y la recién instaurada China comunista, lo que definió un descomunal bloque terrestre que, por primera vez, escapó por completo del control geopolítico de los anglosajones. Por ese motivo y desde ese entonces, los Estados Unidos y sus aliados de la OTAN han intentado construir y desarrollar, de modo permanente y global, un cerco nuclear en contra de ambos países, articulando plataformas de lanzamiento fijas y móviles que literalmente son capaces rodear militarmente el territorio de la URSS (hoy nuevamente Rusia) y de China en su conjunto.

Afortunadamente para Occidente, la alianza entre José Stalin y Mao Tse-Tung fue una alianza política endeble, que se debilitó aún más tras la muerte del primero. Así, cuando los chinos criticaron la tibieza soviética de Nikita Krushev (1953-1964), a quien acusaban de favorecer un régimen preocupado por los valores de la sociedad del bienestar y la democracia burguesa, el distanciamiento entre las dos naciones socialistas terminó por convertirse en una franca ruptura que tiempo después dio paso a la impensada seducción diplomática estadounidense sobre el Estado chino. En esta etapa, por ejemplo, tuvieron lugar los esfuerzos diplomáticos de Richard Nixon y Henry Kissinger, mismos que darían como fruto el debilitamiento del bloque y su posterior caída a finales de la década de los 80: por un lado, la Unión Soviética comenzaría su proceso de balcanización, dividido ahora su territorio en 16 naciones independientes; por el otro, China se convertiría en nueva nación capitalista, más flexible y abierta a todo tipo de inversión extranjera directa. Con todo esto, la Rusia de los años noventa (en tanto el más importante territorio resultante de la fragmentación de la URSS), quedó geopolíticamente aislada, en proceso de descomposición y en peligro de nuevas y catastróficas fragmentaciones, promovidas abiertamente por los asesores políticos de los Estados Unidos⁸.

Con estas nuevas alianzas, China ofreció a Estados Unidos la mano de obra más barata y disciplinada del mundo, un inmenso territorio urbano apto para una alta industrialización, todo sin la más remota regulación ambiental y con un territorio rico en recursos naturales estratégicos (como las tierras raras);

⁸ Zbigniew Brzezinski, *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus impactos geoestratégicos*, Paidós, España, 1998

también, un Estado particularmente corrupto. Gracias a semejante pacto entre China y Estados Unidos, la nación oriental se convirtió en un ariete planetario que permitió a EU abrir las puertas de la superexplotación de los trabajadores en las más diversas regiones del mundo, pues las naciones dispuestas a seguir el Consenso de Washington debían obedecer los dictámenes del libre comercio global, ofreciendo mano de obra y recursos territoriales superexplotables, sin poner ningún tipo de resistencia a los procesos de inversión extranjera directa.

Ésa es la dinámica que los Estados Unidos buscaron imponer en México, pretendiendo obligar a nuestro país a sacrificar en el altar del libre comercio a todos sus trabajadores y recursos naturales estratégicos (hidrocarburos, manufactura petroquímica, minerales metálicos y no metálicos, agua, biodiversidad, etc.), buscando usar los territorios nacionales para organizar corredores de integración regional, incentivando la emigración de sus desempleados cautivos, la degeneración de la burguesía industrial nacional en una burguesía rentista, el uso de las in-

fraestructuras y el control aleroso de los mercados de los consumidores. Un hecho que se multiplicó en diversas regiones del mercado mundial, como el Magreb, Europa Central, Bangladesh, Indonesia o Vietnam. Era el modelo neoliberal.

Pero China jugó con frialdad capitalista su propia partida, pues apeló al autosacrificio (laboral, ambiental, etc.) de su pueblo y su Estado. Así, cuando el país asiático ingresó a la Organización Mundial del Comercio en el año 2000, recibió una masiva inversión extranjera directa, pero, a diferencia de México, lo hizo imponiendo una condición inamovible a cada inversionista: cada nueva fábrica extranjera podría tener participación en la economía china, pero sólo si permitía la presencia de una contraparte empresarial local, de empresarios coordinados por el Partido Comunista. De este modo, aprovechando la descomunal explotación de su ejército obrero en activo, China creó la escuela tecnológica e industrial más compleja y dinámica del planeta, gracias a la cual emprendió su proceso de industrialización a pesar del dolo con que Estados Unidos buscó (y sigue buscando) impedirlo.

Sin embargo, el punto de quiebre de este proceso llegó con la crisis de 2008, momento en el que China comenzó sutilmente a reconsiderar el modelo de acumulación pactado con Estados Unidos (dirigido a generar masas obsenas de plusvalor y a abastecer el bienestar occidental con bienes de consumo extremadamente baratos), de tal forma que al distanciarse del neoliberalismo global estadounidense terminó por reconectarse con Rusia, en un momento que Vladimir Putin lograba restituir progresivamente la soberanía industrial rusa, la soberanía sobre los recursos naturales (petróleo, gas, minerales) y muy especialmente impulsaba la reconstrucción del complejo militar industrial. Así, la China de Xi Jinping y la Rusia de Putin

han restablecido hoy, y a lo largo de los últimos años, acuerdos de cooperación en todo tipo de materias, lo mismo en lo que se refiere a los recursos estratégicos, bienes industriales y agrícolas complementarios. Gracias a lo cual Rusia ha logrado aumentar las ventas de gas y cereales y ha podido construir ductos para energías fósiles de Siberia con dirección a China, reactivando el proyecto del tren bala transiberiano y aumentando sus ventas de los más sofisticados productos militares, a cambio del amplio y económico mundo de las mercancías chinas, lo mismo simples que tecnológicamente refinadas.

Además, con la intermediación de Rusia se han activado acuerdos de cooperación históricamente imposibles para China, como la actual alianza entre China, Rusia e India, lograda de manera similar a la forma en que China, en 2023, media geopolítica y diplomáticamente el acuerdo de cooperación entre los sunitas de Arabia Saudita y los chiitas de Irán: triangulaciones que desactivan las polarizaciones geopolíticas cuidadosamente sembradas en Eurasia por la dominación anglosajona, permitien-



do pacificar y articular política y económicamente al principal bloque territorial y demográfico del mundo, pues en la actualidad China tiene 1400 millones de habitantes, India 1400 millones, el mundo islámico 1000 millones y Rusia sólo 145 millones, aunque cuenta con las principales reservas territoriales y de gas del planeta y una gran cantidad de recursos minerales estratégicos.

Desde esta base material, se da sentido a los acuerdos comerciales de los llamados BRICS (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica), quienes saltan de los vínculos meramente asiáticos y los principales países de África (encabezados por Sudáfrica), hacia los países de América Latina (Brasil) o hacia la reconstrucción geoeconómica de antiguos y erosionados acuerdos como la OPEP. De modo que la sutil integración de nuevos países y bloques capitalistas industriales comienza bajo la apariencia de simples acuerdos de libre comercio que buscan escapar de las estigmatizaciones orientalistas y financieristas de los anglosajones, quienes buscan fragmentar, enconar y encasillar a estas naciones como retrasadas, invasoras, violentas, dictatoriales o imperialistas.

Este complejo proceso comenzó a consolidarse en la antesala de la crisis de 2008, momento en el que detonaron varias alarmas al interior del Partido Comunista Chino. Así, en el XVII Congreso del Partido (desarrollado en octubre de 2007) inició un proceso de transición cuya conclusión llegaría en 2012, durante el XVIII Congreso y con el liderazgo soberanista que significó el ascenso al poder de Xi Jinping, actual presidente chino. Durante estos diez años (2012-2023), China comenzó a salir del globalismo y se encaminó hacia un nacionalismo y soberanis-

mo cada vez más redondo y ecuánime, expresado con claridad en 2018 durante el XIX Congreso, donde se acordó fortalecer el mercado interno tanto como el externo, deteniendo la descampesinización, subiendo los ingresos de la población trabajadora y haciendo esfuerzos por detener las burbujas inmobiliarias. Además, fortalecieron su soberanía sobre las tierras raras y comenzaron a considerar seriamente la regulación del medio ambiente y la salud de la población con el fin de revertir lo hecho durante los 30 años anteriores, cuando China se convirtió en la vanguardia mundial de la devastación ecológica y la proliferación de las llamadas villas del cáncer. Entre estas iniciativas, desde 2012 se aplica un enérgico proceso de reforestación (iniciado 5 años antes que el proyecto mexicano Sembrando Vida) y un original manejo de cuenca de los sistemas hídricos en cientos de las más importantes ciudades chinas. Del mismo modo, en términos políticos, dio inicio la persecución judicial en contra de la corrupción al interior del Partido Comunista, situación similar a la que se vive en México y otros países de América Latina, sólo que sin los inconvenientes del *lawfare* y los peligros de la guerra híbrida que Estados Unidos respalda en Brasil, Argentina o Ecuador.

Ahora bien, si se revisan las políticas básicas impulsadas por Vladimir Putin durante los últimos años, se observan esfuerzos soberanistas o nekeynesianos similares a los que tienen lugar en China e India (parte del núcleo duro del BRICS), en el Brasil de Lula da Silva o en Sudáfrica. En este sentido, si bien el núcleo más consolidado de estos acuerdos de cooperación lo constituyen China, Rusia e India, progresivamente se han articulado naciones de Asia meridional como Uzbekistán, Azerbaiyán, Kazajistán y Tayikistán, al mismo tiempo que los chinos procuran articular la economía del sureste asiático a través del foro de Boao. A esas articulaciones se debe la manera enérgica en que el bloque europeo ha intentado reaccionar comercial, política, diplomática y militarmente contra China y Rusia, procurando fracturar a los BRICS.

En nuestros días, el canal de televisión alemán Deutsche Welle difunde propaganda en la que caricaturiza y estigmatiza a Xi Jinping, presentándolo como el retorno de la dictadura autoritaria de Mao, lleno de ambiciones imperiales dirigidas a la conquista del resto del mundo. En contraste (y a diferencia de los anglosajones), los chinos incentivan la creación de un cinturón y una ruta de la seda, impulsan procesos de desarrollo industrial en Eurasia y África sin procesos de extorsión financiera, tejen líneas ferroviarias, caminos y puertos intermodales. Todo ello, con el apoyo de los Estados ruso e indio. Así, mientras en Europa el pensamiento único difundido por sus medios de comunicación habla de una suerte de pesadilla totalitaria promovida globalmente por China, se olvidan de mencionar que fueron ellos, los europeos, quienes



en 1991 intentaron construir una articulación similar con el nombre de Transport Corridor Europe-Caucasus-Asia, construyendo corredores intermodales que atravesaban cada uno de los países recientemente balcanizados de la URSS. Plan en el que Ucrania, el mar Negro y el Caspio aparecían como el cuello de botella estratégico de las conexiones este-oeste. También, en un esfuerzo semejante, el neoliberalismo impulsó en México el Plan de los Corredores Interoceánicos de Ernesto Zedillo, así como el posterior Plan Puebla-Panamá. A su vez, el Banco Interamericano de Desarrollo lanzó a inicios de siglo la Iniciativa de Integración Regional de Suramérica. Pero todos estos descomunales esfuerzos, estaban encaminados a crear corredores transcontinentales en favor de paraísos extractivos e industriales transnacionales deslocalizados, buscaban crear paraísos financieros *off shore* y procesos de alta especulación urbana, financiera y tecnológica.

En los medios de comunicación occidentales está de moda interpretar la realidad económica internacional, especialmente lo que ocurre en Eurasia, con una visión racista, imperialista y hegemónica que es propia de los *democráticos* anglosajones (visión que Edward Said agudamente caracterizó como orientalismo). Para esta narrativa racista, todo lo que es oriental, musulmán, ruso, eslavo, chino, negro o latino es atrasado, ineficaz, sucio, digno de profunda desconfianza y potencial o activamente autoritario. Es por eso que para ellos es necesario desconfiar *a priori* de todo aquello.

No se trata, sin embargo, de hacer apología de la política contemporánea de Rusia, India, China, Irán o Arabia Saudita (países sujetos históricamente a todo tipo de presiones geopolíticas y manipulaciones mediáticas), sino de comprender el fenómeno de la reorganización cartográfica más importante que ocurre en nuestros días. El hecho inocultable de que se esté integrando un bloque eurasiático, nos obliga a todos a comprender qué significa no sólo en términos coyunturales, sino descifrando la estructura profunda de este acontecimiento histórico que, en tanto proceso de industrialización y desarrollo, incluso obliga a Europa a buscar vincularse, integrándose a él por la conveniencia económica y competitiva que tiene su eterna vecindad con Eurasia.

Quien obvие la profundidad de estas transformaciones estará condenado a banalizar todo tipo de acontecimientos, desviando la mirada de las grandes transformaciones industriales y territoriales que obligan a reorganizar los modelos de acumulación y la hegemonía del mercado mundial. Por eso, quien pretenda interpretar lo que se juega en el conflicto en Ucrania, no debe pasar por alto la manera en que Estados Unidos intenta relentizar la integración de Eurasia mediante todo tipo de triquiñuelas, prohibiendo a los europeos comprar gas de Siberia y vendiendo por la fuerza (cuatro veces por arri-



ba de su valor) el gas extraído en Pensilvania y Texas mediante fractura hidráulica, además de toda una nueva generación de armamentos que buscan cubrir el déficit generado por el gran hoyo negro de la guerra de Ucrania, conflicto que ha servido de pretexto para sacar de los mercados occidentales no sólo el gas y los cereales de Ucrania y Rusia, sino infinidad de minerales estratégicos; además, pone en disputa el acceso al mar Ártico, que en las actuales condiciones de deshielo podría constituirse en la ruta marítima más corta y rápida entre Europa y China, desplazando en importancia a las rutas del Índico y los istmos centroamericanos. Por ello, el verdadero objetivo geoeconómico-político de la guerra de Ucrania, así como de las provocaciones contra China desde Taiwán, no es detener la supuesta amenaza imperial china o rusa, sino poner un freno al proceso industrial que está teniendo lugar en Eurasia y que implica la posibilidad de construir al interior del capitalismo una nueva economía planetaria completamente diferente a la construida por los anglosajones durante los últimos 250 años.

Europa tiene frente a sí la oportunidad de sumarse a este proceso. Está, desde luego, secularmente acostumbrada a relacionarse con el resto del mundo como si éste fuera inferior, pero esa época ya terminó. La Eurasia atrasada de los siglos anteriores ya no existe, de ahí que Europa tenga la posibilidad histórica de impulsar un modelo afín a su vocación geográfica. Lo impide, sin embargo, su arrogancia supremacista, expresada en el valor de cambio de la arrogancia inglesa y estadounidense, que desde Harold Makinder ha promovido como fundamento de su imperialismo la fractura con Eurasia. A ello responde, por ejemplo, el actual intento de los Estados Unidos

de impulsar una alianza del capitalismo marítimo entre Australia, Estados Unidos e Inglaterra (llamada Aukus), con el fin de enrocar la hegemonía estadounidense dentro de un capitalismo ceñido al continente americano y a algunos litorales en las cuencas del Pacífico y el Atlántico, buscando confrontar desde ahí el desarrollo del capitalismo terrestre eurasiático que también avanza de forma exitosa en el continente africano y potencialmente en algunas regiones de Suramérica.

Después de 250 años de vigencia del libre comercio Inglés y de 90 años de globalización estadounidense, los capitales occidentales transnacionales pretenden relentizar las transformaciones eurasiáticas con la imposición nunca antes vista de paquetes de sanciones y castigos comerciales, pero estas medidas están provocando el desarrollo acelerado de los tejidos de infraestructuras y convergencias industriales, científicas, tecnológicas, comerciales, financieras y monetarias dentro y fuera de Eurasia. Sin pretenderlo, lo que los anglosajones están provocando es aumentar la velocidad de la industrialización eurasiática, al mismo tiempo que los estadounidenses avivan el proceso de desindustrializar Europa, convenciéndola de que está dentro de su propia conveniencia el llamado *near shoring* que traslada las grandes industrias europeas y de Asia occidentalizada (Japón, Corea, Taiwán) hacia América del Norte.

¿Las empresas transnacionales y el despotismo occidental impedirán que Europa se sume en masa al actual proceso? El proyecto civilizatorio que ha derramado la sangre del planeta durante los últimos 300 años tiene los días contados, por eso hay en Europa empresarios sensatos que pugnan por su inserción al proceso eurasiático, asumiendo como un hecho la pérdida de los privilegios históricos que Europa tuvo en el mundo y dispuestos a participar en la

construcción de algo diferente, mucho más allá de las fronteras europeas. Pese a esto, hasta el momento no han sido capaces de confrontar política e industrialmente el poder que ejerce sobre ellos Estados Unidos, lo que de continuar llevará inevitablemente a Europa hacia una crisis bancaria, inflacionaria, recesiva e histórica de gran magnitud. Todo ello mientras Estados Unidos no deja de imprimir dólares, acentúa los problemas inflacionarios, atrae capitales globales a su propio terreno, vende gas fracking, financia sin tope alguno la guerra de Ucrania y actualiza su complejo militar industrial al tiempo que vende armamento obsoleto a la OTAN.

El neoliberalismo planetario colapsa y es un proceso que también tiene su expresión en el interior de los Estados Unidos, empezando con la irrupción en la presidencia de Donald Trump. Además, la fractura entre demócratas y republicanos, la irreconciliabilidad de sus posiciones, así como las particulares dinámicas abiertas tras la toma del Capitolio en 2021, marcan escenarios nuevos que apenas comienzan a esbozarse y que muestran la manera en que emerge un nuevo capitalismo, levantado virulentamente sobre la base de una población brutalmente sometida a la dictadura y a las narrativas del capital. Es por eso que resulta difícil afirmar que estamos ante el fin del capitalismo, pues lo que parece ocurrir, realmente, es la irrupción de un nuevo capitalismo mundial y el surgimiento de la amenaza de una nueva guerra mundial, la cual nos colocaría a las puertas del infierno. Es por eso que es importante considerar también los focos de esperanza, comprendiendo cuáles son las posibilidades que abre para América Latina esta nueva cartografía global.

Los triunfos electorales de Lula da Silva, en Brasil, y de Gustavo Petro, en Colombia, sellan un proceso hasta ahora inédito en la historia latinoamericana,

pues nunca antes México, Argentina y Brasil se habían alineado en sus aspiraciones soberanistas. Falta, desde luego, ver lo que sucede en Argentina con las elecciones presidenciales de 2023 (en las que existen posibilidades de un nuevo triunfo electoral de la izquierda), pero el camino de la soberanía ya se encuentra avanzado. Camino que, por lo demás, implica distintos desafíos para Argentina y Brasil, quienes al estar lejos de los Estados Unidos se encuentran de algún modo libres de las presiones que pesan sobre México, obligándolo a jugar el papel de bisagra en la relación entre EU y América Latina. Por eso, no han sido meramente anecdóticas las ocasiones en que el presidente Andrés Manuel López Obrador ha recordado al presidente estadounidense Joe Biden, que si Estados Unidos no es capaz de adaptarse a la nueva cartografía de la economía mundial resultará peor para ellos, sobre todo en estos días en que América Latina busca configurarse un camino independiente de los intereses estadounidenses.



Cecilia Urquieta Pardo

Magíster en Estudios Políticos. Exviceministra de Justicia y Derechos Fundamentales de Bolivia

EL NUEVO MAPA POLÍTICO LATINOAMERICANO

En su artículo para esta edición de *Conciencias*, Andrés Barreda presenta con mucha claridad la nueva cartografía mundial y hace una remembranza histórica que muestra la forma en que las luchas de poder en el pasado y el presente se han fundado siempre en la pretensión de control de los recursos energéticos. Con esto, se hace evidente que las guerras y los enfrentamientos mundiales por el control de las riquezas tienen un trasfondo económico, lo que muchas veces se muestra sólo como un diferendo político.

Lo que pasa hoy entre Rusia y Ucrania o lo que ocurrió en el pasado reciente en Siria o Afganistán, por citar sólo unos ejemplos, es parte de esta disputa histórica por el control de recursos naturales estratégicos, lo que nos obliga a intentar entender el actual panorama mundial y el papel que en él juega la región latinoamericana.

Entre 2007 y 2020, China ha tenido un crecimiento del 314 % en relación con Europa, que ha crecido sólo un 4 %, o Estados Unidos, que lo ha hecho un 44 %. Tenemos entonces a China fortalecida, potente, con un crecimiento caracterizado por el aumento de las exportaciones y la inversión social. En el caso de la mortalidad por millón de habitantes en los tiempos de la covid-19 (hasta 2022), China está en el rango del 11.3 % en relación con Estados Unidos, que es del 3,255 %, lo que evidencia serias diferencias sociales, culturales y económicas en lo que respecta al enfoque de sus sistemas de salud y la forma en que éstos se manejan. En el fondo, hay una valoración distinta de la vida humana.

El mundo ha estado históricamente polarizado, hoy no es la excepción. Por un lado, tenemos a Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea; por el otro, están China y sus cada vez más estrechos acercamientos a Rusia e India; en disputa,

África, Medio Oriente y América Latina. Es por eso que debemos preguntarnos seriamente dónde estamos, dónde está América Latina como región y si, en el actual contexto global, somos sólo un continente abandonado y empobrecido; porque es claro que hemos estado históricamente sometidos a través de políticas específicas que se han impuesto en nuestro subcontinente, pero debemos

pensar si a eso se reduce nuestra existencia. Todo eso tiene una razón de ser.

Hay algunos datos genéricos muy puntuales que vale la pena conocer si buscamos una idea de la situación. Las reservas probadas mundiales de petróleo en 2020 son las siguientes: Medio Oriente tiene el 48.02 %, América del Norte, el 13.60 %, y América Latina, el 19.40 %, de las cuales el 17.44 % las tiene Venezuela,

México representa el 0.36% y Argentina, un 0.13%. No es cosa menor, pues en la región hay más reservas probadas de petróleo que en América del Norte. En el caso de Rusia y la Comunidad de Estados Independientes cuentan con un 8.40 %, mientras Asia y Australia poseen el 2.59%. Como vemos, Latinoamérica ocupa el segundo lugar a nivel mundial en cuanto a reservas probadas de petróleo. En cuanto a gas natural, Oriente Medio tiene el 40.33 % de las reservas probadas, seguido por Rusia y la Comunidad de Estados Independientes que cuentan con el 30.11 %; América Latina, por su parte, posee el 4.23 %, y América del Norte representa el 7.9% de las reservas de gas natural a nivel mundial. Finalmente, en relación con el litio, Bolivia es el primer país en reservas con 21 millones de toneladas métricas, seguido por Argentina con 19.3 y Chile con 9.6. Entre estos tres países se concentra el 85% de las reservas mundiales del litio, que es un mineral estratégico que se utiliza para hacer baterías de teléfonos móviles, placas solares, autos eléctricos, entre otros.

Como puede observarse, América Latina no es una región pobre en recursos naturales estratégicos, pues posee importantes reservas de petróleo, gas natural y litio. Esto demuestra que la región podría constituirse en un bloque autónomo, sin necesidad de permanecer subordinado, y demuestra también las causas por las cuales nuestra región ha estado históricamente subordinada por procesos de explotación a manos de países europeos y Estados Unidos.

Tras el inicio de la invasión europea al continente americano, en el siglo XV, se estima que tuvo lugar un genocidio que dejó con vida sólo al 10 % de la población originaria. Desde entonces los países latinoamericanos han sido sometidos a estructuras de control y condicionamiento, es por eso que en el siglo XIX Estados Unidos manifestó su posición intervencionista e imperialista sobre



América Latina a través de la doctrina Monroe. Posteriormente, en el siglo xx, utilizaron otros mecanismos como las intervenciones militares y los golpes de Estado; en uno y otro caso han asegurado sus intereses imponiendo o apoyando gobiernos afines a su política, a veces incluso a través de gobiernos militares y dictatoriales con los cuales buscaban encubrir su presencia en el continente. Ese fue el caso de las dictaduras que afectaron a países como Cuba, Guatemala, Paraguay, República Dominicana, Brasil, Chile, Argentina, Uruguay, El Salvador, Granada, Panamá, Bolivia y Venezuela, los cuales fueron durante aquel siglo víctimas de movimientos golpistas.

Para continuar por el mismo camino, hacia finales de los años ochenta, cuando desaparecían uno a uno los gobiernos dictatoriales, los Estados Unidos impusieron lo que se llamaría el Consenso de Washington, formulado por el británico John Williamson y que consistía en un paquete de reformas impuestas a América Latina por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Reserva Federal de Estados Unidos. Era un decálogo de líneas de acción que debían cumplir los países de la región, tales como la disciplina fiscal, el recorte del gasto público, el achicamiento del Estado, el incremento de la base tributaria, la liberación de las tasas de interés, la libre flotación del tipo de cambio, la liberación del comercio internacional, la eliminación de los aranceles y contingentes, la liberación de la inversión extranjera directa, la privatización de las empresas públicas y la desregularización y garantías de seguridad legal para los derechos de propiedad industrial. En términos generales, estas variables lo que buscaban era abrir el mercado internacional y reducir la participación del Estado en la economía. Son los fundamentos del sistema neoliberal.

El sistema financiero neoliberal es también un sistema civilizatorio, como expuso Amado Boudou, por eso es importante que al estudiarlo lo hagamos asumiendo que este sistema civilizatorio neoliberal tiene en la cima de su escala de prioridades al mercado, después al sistema financiero, el sistema de la producción y por último a la persona, al ser humano. En términos de inversión y participación, el neoliberalismo siempre coloca la vida humana en último lugar, pues su objetivo es la acumulación de riquezas; de ahí que siempre ha buscado desestabilizar cualquier modelo económico o cualquier proyecto político que haya intentado construir una política emancipatoria para el ejercicio de la verdadera soberanía en América Latina. Y a pesar que en el pasado se nos dijo que hablar de la soberanía de los Estados era una utopía, que no era importante, hoy vemos con toda claridad cómo la aplicación de medidas neoliberales en nuestros países durante las décadas de los noventa y dos mil ha llevado a un nivel extremo de inequidad, desigualdad y pobreza, cosa que no ha hecho más que agravarse con el paso del tiempo.

Como respuesta a esta situación surgieron a inicios del milenio liderazgos progresistas que buscaron enfrentar la extrema crisis heredada por el modelo neoliberal en países como Venezuela, Brasil, Argentina, Bolivia, Uruguay, Ecuador, Nicaragua, Honduras y Paraguay. Estos liderazgos, así como los movimientos que los arroparon, se declararon rápidamente antineoliberales y constituyeron una ola dorada de la política latinoamericana; y si bien es cierto que cada país adoptó diferentes políticas públicas, todos alcanzaron un cierto grado de hegemonía que ha perdurado entre diez y quince años, logrando impulsar incluso tres procesos constituyentes (Venezuela, Ecuador y Bolivia) e iniciando procesos de crecimiento estatal y redistribución de la riqueza que significaron un crecimiento económico y una mejora de la calidad de vida de las personas. En Bolivia, por ejemplo, la pobreza extrema se redujo del 38 % al 11 %, pasó de tener la tasa de desempleo más alta a la más baja de la región, y durante cuatro años consecutivos fue el país con mayor crecimiento económico en la región, todo esto antes de la pandemia y del golpe de Estado de 2019.

No fueron pocos los avances alcanzados por el progresismo latinoamericano, de modo que no es casual que en años recientes Washington haya intentado desestabilizar a los gobiernos progresistas. Para ello han interpuesto medidas puntuales y específicas, como el endurecimiento del bloqueo contra Venezuela, su intervención para la derrota electoral en Argentina, en 2015, y el golpe institucional en Brasil, en 2016; a su vez, han jugado un papel en la traición de Lenin Moreno a la Revolución Ciudadana de Ecuador, en 2017, y en el golpe de Estado en Bolivia, en 2019, cuando los grupos conservadores no lograron ganar democráticamente las elecciones y buscaron el uso de la fuerza con acciones directas de complicidad e intervencionismo del secretario general de la OEA.

Entre 2015 y 2019, en suma, se produjo un retorno parcial del neoliberalismo, en cada caso con diferentes resultados: en algunos países los esfuerzos fueron fallidos, en otros la reacción neoliberal ha logrado mantenerse con distintas variaciones. Pero lo importante es comprender que el trasfondo político y económico de estas acciones desestabilizadoras se relaciona directamente con la posesión de los recursos naturales estratégicos de los que antes hablábamos.

Hoy, sin embargo, existe una nueva ola progresista que nos llena de esperanza, con el cambio de panorama político que se dio en la región a partir de 2018. Han resurgido liderazgos en América Latina; llegaron democráticamente a la presidencia Andrés Manuel López Obrador, en México; Alberto Fernández, en Argentina; Gabriel Boric, en Chile; Gustavo Petro, en Colombia; Xiomara Castro, en Honduras; Luis Arce, en Bolivia; además del retorno de líderes históricos como Lula da Silva, en Brasil. Pero esto también implica la continuidad

de los procesos de desestabilización, impulsados de forma sistemática a través de distintos medios. Ejemplo de ello son la persecución en contra de Cristina Kirchner, vicepresidente de Argentina, a quien se le busca inhabilitar para acceder a cualquier cargo de elección popular; o las acciones desestabilizadoras en contra del gobierno de Pedro Castillo, en Perú, a quien se le ha depuesto como presidente en diciembre de 2022. En el caso de Bolivia, es posible citar diversos atentados que han buscado socavar nuestro sistema democrático, como el paro cívico que tuvo casi un mes de duración (en Santa Cruz, durante el pasado mes de noviembre) y que buscó desestabilizar y dividir internamente a nuestros partidos y organizaciones políticas.

En esta compleja situación, ¿qué hacen los organismos de integración regionales? Con respecto a la OEA no hay razones para ser optimistas, pues ya Ernesto Che Guevara la había nombrado acertadamente como «el ministerio de las colonias». Es cierto que este organismo pudo ser algún día un espacio de diálogo entre América Latina y Estados Unidos, pero en los hechos nunca lo fue porque ahí resulta imposible sostener un diálo-

go entre iguales. El hecho de que la OEA esté situada en Washington y que este país tenga subordinado al secretario general Luis Almagro es muestra clara de que cualquier interlocución es imposible, más aún si consideramos la complejidad que el organismo y los Estados Unidos tuvieron en el golpe de Estado que se llevó a cabo en Bolivia a través de informes fraudulentos e incompletos. Hasta el día de hoy, Bolivia ha pedido oficialmente doce veces la información técnica complementaria o los resultados que supuestamente mostrarían el fraude del que se acusó a Evo Morales, pero hasta ahora la organización no ha respondido a ninguna de estas peticiones. La OEA es un organismo desacreditado que hace tiempo funciona como mecanismo desestabilizador, defensor de los intereses estadounidenses, y no como espacio para la integración regional. Por otra parte, la ONU es una instancia más importante, pero lamentablemente ha perdido fuerza. Por ejemplo, durante treinta años consecutivos la Asamblea General ha solicitado que se levante el embargo a Cuba por parte de los Estados Unidos, pero hasta hoy no se ha realizado. En todo caso, se deberían buscar las

formas de fortalecer el organismo, dándole incluso un papel como mecanismo, como espacio de interlocución para la integración de América Latina.

Entonces, ¿cómo enfrentar la actual situación para seguir avanzando? Generando nuevos mecanismos de integración, sin Estados Unidos ni Canadá, constituyéndonos como bloque autónomo y sin subordinaciones, trabajando de forma coordinada a través de la Celac y Alba, quizá retomando Unasur, o generando nuevos organismos regionales capaces de asegurar nuestra autonomía económica y energética. A su vez, es importante fortalecer la institucionalidad de nuestros Estados, cuidando la soberanía y los recursos naturales estratégicos. En términos políticos, es importante cuidar a nuestros líderes y los procesos que encabezan, de modo que sea necesario que ahí donde se cuenta con presidentes progresistas asumamos el deber, lo mismo como académicos, políticos y funcionarios, de trabajar día a día para cuidar nuestros liderazgos. Es importante trabajar juntos, investigando, dialogando, buscando nuevas formas de resistir el ataque continuo y sistemático hacia nuestros líderes, nuestros gobiernos y nuestros pueblos.



Cecilia Nahón

Doctora en Ciencias Sociales por FLACSO y directora ejecutiva por Argentina y el Cono Sur en el Grupo Banco Mundial

Para pensar las políticas y transformaciones estructurales que necesita nuestra región tenemos que tener un adecuado diagnóstico de la coyuntura y la estructura internacional. El momento actual es sumamente difícil, estamos atravesando lo que muchos han llamado una etapa de crisis globales superpuestas y sucesivas: una tormenta perfecta. Es por eso que es importante convocar a la reflexión, pensar, discutir y estudiar en torno a lo que pasa hoy en el mundo.

Hoy atravesamos una desaceleración global del crecimiento y riesgos de recesión que vienen anunciándose desde el año 2020. Después del shock que significó la pandemia de la covid-19, después del desajuste de la oferta y la demanda que caracterizaron los años de encierro —con el enorme impacto en términos de empleo, inclusión y actividad económica—, en 2021 el mundo empezó a recuperarse hasta entrar en ritmo en 2022. Sin embargo, por el impacto de la guerra en Ucrania, iniciada en febrero de ese año, se proyectó un aumento de los precios de las *commodities*, los alimentos y la energía. Incluso, en el comercio internacional, lo que hoy hay es una proyección de crecimiento global del 3.2 %, realizada por el Fondo Monetario Internacional (FMI), pero que las circunstancias amenazan con reducir cada vez más. Por su parte, el nivel de crecimiento esperado para América Latina es aún más bajo, alrededor del 2.5 %, y hay que considerar que éste no es un nivel de crecimiento que permita generar los empleos de calidad y los mecanismos de inclusión que necesitamos como región. Argentina, por otro lado, presenta estimaciones de crecimiento del 4.0 % para 2022, pero a nivel internacional —y en particular en los países en desarrollo— hay una crisis del costo de vida en un contexto en el que los procesos inflacionarios y el

aumento de los precios de la energía generan presiones significativas sobre las poblaciones más vulnerables.

En esta situación se evidencia el rol que debe tener el Estado en tanto protector, sostén y apoyo de la población. Durante la pandemia esto ocurrió con claridad en la región latinoamericana, e incluso a nivel internacional el Estado recuperó espacios que había perdido. Sin embargo, esto ocurrió en momentos en que el espacio fiscal se hallaba muy reducido y, en consecuencia, las posibilidades y márgenes de acción de los gobiernos eran acotados. Por ejemplo, durante la pandemia, los países avanzados destinaron en promedio un 20 % de su producto interno bruto (PIB) para apoyar y sostener a sus poblaciones y empresas; mientras que en América Latina los países en desarrollo emergentes (México, Argentina, Brasil) tuvieron en promedio un gasto del 6 % de su PIB y los países más pobres del 2 %. En otras palabras, las capacidades estatales que tenemos para enfrentar las actuales circunstancias son disímiles, lo que pone más responsabilidad en nuestros liderazgos para diseñar políticas efectivas que sostengan a las poblaciones.

La inflación es un problema global. Argentina es un país con altos niveles, pero no es el único. Nuestra región está experimentando los máximos niveles de inflación de los últimos 25 años, Europa y Estados Unidos presentan niveles récord en cuatro décadas. Por eso se habla globalmente de riesgos de estanflación, y aunque las principales políticas de las economías avanzadas buscan luchar contra esta situación, en los hechos no hacen sino agravarla porque generan que los capitales de las economías emergentes se vayan a las monedas, títulos y activos de los países más avanzados. El resultado: endureci-

miento de la política monetaria y políticas monetarias más restrictivas a nivel internacional, lo que genera muchas presiones en términos de deuda.

El nivel de endeudamiento a nivel global también es histórico y es un asunto de alto nivel de riesgo. México, afortunadamente, tiene una posición fuerte en este sentido, pues ha emprendido una política de endeudamiento muy cautelosa; sin embargo, al mirar otras economías en desarrollo, nos damos cuenta de que, de las economías más pobres del mundo, el 60 % de ellas están en situación de deuda y riesgo de *default*; mientras que más de la mitad de las economías de ingresos medios han sido caracterizadas en situaciones cercanas a la de estrés de deuda. Todo eso nos debe obligar a notar el nivel de recursos que consumen las deudas: nuestra región destina, en promedio, el 6 % de su PIB para hacerle frente y pagar los intereses que genera. Asimismo, si bien la pandemia generó un incremento en el peso de la deuda, también lo es que esta ola de endeudamiento se arrastra desde mucho tiempo antes, acompañada por un aumento de la tasa de interés. Los mecanismos de especulación y valorización financiera son en gran parte causantes de esta situación, porque precisamente quienes los promueven son los sectores más beneficiados y fortalecidos por este momento de crisis global.

Esta crisis también tiene mucho que ver con la enorme desigualdad que persiste en el mundo, por lo que no es casual que muchos llamaran a la covid-19 como el virus de la desigualdad. Sin embargo, es importante reconocer que lo que ocurrió fue que la desigualdad reinante se agravó con la llegada de la pandemia, como consecuencia de la crisis económica y financiera provocada, primero por el encierro, y después por el conflicto armado en Ucrania. Todo esto ha profundizado los serios problemas de concentración del ingreso que existen en América Latina.

A principios de 2022 un grupo de economistas, entre quienes se encontraba Thomas Piketty, dieron a conocer un documento titulado *Informe sobre la desigualdad global 2022*¹. Se trató del primer informe que ofrece datos mundiales sobre desigualdad, en donde se confirma lo que ya desde hace tiempo sabemos: América Latina y el Caribe es la región más desigual del mundo en términos de la distribución de la riqueza, ya que el 10 % más rico captura el 77 % de la riqueza de los hogares de nuestra región, mientras en el otro extremo el 50 % más pobre captura sólo el 1 % de la riqueza. Ahora, si sabemos que la inequitativa distribución de la riqueza en el presente sienta las bases para la desigualdad del futuro, tenemos entonces un panorama adverso, pues estos sectores económicamente poderosos que concentran la riqueza también poseen una gran capacidad de influir en el poder político y judicial, lo que



¹ Lucas Chancel, Thomas Piketty, Emmanuel Saez, et al., *Informe sobre la desigualdad global 2022*, World Inequality Lab, Francia, 2021

se traduce en regulaciones, decisiones y mecanismos de distribución que los favorecen, garantizando la perpetuidad de la concentración de privilegios y riqueza.

Ésta es la magnitud del desafío frente al que nos encontramos los gobiernos populares y democráticos de la región, que tenemos la fuerte convicción de ampliar derechos y mejorar las condiciones de vida de nuestra población. Por eso, ante semejante tarea, es muy importante no sólo mirar cómo la desigualdad y las políticas de distribución regresiva del ingreso afectan a los más pobres, sino también observar quiénes ganan con la desigualdad. Si uno mira la situación actual, Oxfam muestra que, a nivel global, la riqueza de los milmillonarios creció en los últimos 2 años, desde la pandemia, igual que en los 23 años previos. Esto implica que estamos frente a la aceleración de la concentración de la riqueza. En el caso de nuestra región, así como América Latina multiplicó la pobreza durante la covid-19, también multiplicó la riqueza de sus élites, pues los multimillonarios latinoamericanos pasaron de ser 76 a 107.

El reconocido economista Nouriel Roubini, publicó a finales de 2022 un artículo en el que analiza la inevitable crisis que amenaza a todo el mundo², explicando muchos de los fenómenos económicos y financieros que aquí sólo hemos esbozado. Sin embargo, a esto habría que agregar también la crisis ambiental y el impacto que está teniendo sobre nuestros países en términos de producción e inclusión. Obviamente, cuando hay grandes desastres ambientales los que más sufren son los más vulnerables, es por ello que también en este aspecto se necesita una presencia más fuerte del Estado y, en consecuencia, mejores políticas públicas que permitan protegernos de este nivel de crisis en todos los niveles.

No hay que olvidar que este proceso se construye sobre una economía internacional que está en transición en términos estructurales, pues es innegable que somos testigos del declive relativo de un Estado hegemónico (los Estados Unidos) y el claro ascenso de otro (China). Esta situación ha generado, a su vez, un ambiente de confrontación geopolítica en un mundo cada vez más multipolar, caracterizado por tensiones y disputas en las que no parece haber una única potencia capaz de garantizar, en su beneficio, la conducción y la estabilidad del sistema global. Esto se traduce en términos económicos y políticos a escala global, debilitando el sistema multilateral en un momento en que debería ser capaz de responder con toda su potencia y eficacia y, aunque en algunos casos lo hace, es sin duda insuficiente respecto a lo que necesitamos en tiempos de superposición de crisis, en múltiples niveles y campos.

En este contexto tan complejo, e incluso adverso, de transiciones geopolíticas y crisis múltiples superpuestas, se nos abren enormes oportunidades para trabajar en la construcción de una agenda regional capaz de profundizar el proceso de integración largamente esperimentado. La gran disrupción económica y geopolítica internacional está mostrando la importancia y la necesidad de avanzar en ese sentido, pues el debilitamiento relativo del proceso de globalización (es decir, la tendencia a la desglobalización) nos obliga a fortalecer la integración regional de acuerdo con nuevas bases.

Por cuestiones geopolíticas y de seguridad nacional, así como por la necesidad de las empresas de reducir los riesgos logísticos y de estar más cerca de los mercados, las cadenas de valor se están reconfigurando y tienden a ser más regionales, esto es, más cortas. Es por eso que se habla mucho del *nearshoring* y el *reshoring*, procesos de reestructuración del comercio y la producción a nivel internacional, que abre oportunidades para economías

como las de México, Argentina, Brasil y toda nuestra América Latina. Por eso insistimos en la necesidad de fortalecer la integración, pero no sólo en términos políticos sino también una integración productiva que apunte a agregar valor a las materias primas y a los recursos naturales con los que cuentan nuestras economías. Es una integración estratégica, quirúrgica, enfocada en áreas específicas en las que podamos darnos apoyo y lograr la complementariedad.

Hace poco, en *The Economist* se sostuvo que tras la covid-19 el comercio global sufriría una reforma fundamental, acelerando la tendencia hacia el acortamiento de las cadenas de suministros. La fabricación *just in time* que utiliza proveedores globales —se afirma—, dará paso a un mejor enfoque en el uso de cadenas de suministro regionales. Esta situación es justo la que nos brinda una oportunidad histórica en América Latina, pues genera las condiciones materiales para el fortalecimiento de la integración a través de nuestros mecanismos regionales ya existentes, como el Mercosur, que nos da capacidad de organizar nuestras propias cadenas de valor y procesos de articulación regional en beneficio de nuestros pueblos.

En la actualidad tenemos importantes tratados comerciales en América Latina. Argentina y México, por ejemplo, cuentan con un acuerdo de libre comercio que fue renovado recientemente con el objetivo de fortalecer los lazos económicos, pero sobre todo para buscar la integración de las cadenas productivas. Esto obliga a identificar muy bien cuáles son los sectores estratégicos, los nichos industriales en los que pueden encontrar complementariedad, e impulsar las áreas en las que es posible agregar valor a los recursos naturales y desarrollar proyectos tecnológicos. El litio, por ejemplo, es un área en que Argentina está dando pasos importantes para contribuir a la electromovilidad y al proceso de transición energética frente al cambio climá-

² Nouriel Roubini, «La crisis inevitable», en *Project Syndicate*, Estados Unidos, 2 de diciembre de 2022

tico, lo que permite agregar valor a un recurso natural con el desarrollo de proveedores locales e integrar la región para seguir estándares ambientales.

Con el triunfo de Lula da Silva, en Brasil, con la presidencia de Gustavo Petro, en Colombia, con Andrés Manuel López Obrador, en México, se vuelve a configurar un espacio de gobiernos progresistas en la región latinoamericana que nos devuelve la oportunidad de fortalecer el trabajo conjunto. Por esto es importante buscar un mayor nivel de articulación y diálogo para la construcción de acuerdos, atendiendo las prioridades de nuestros países y sumando todas las visiones regionales, lo que a su vez permitirá mostrar una voz unificada en los debates globales que se están desarrollando en distintos espacios, como el Banco Mundial o el G20.

Hoy, en este proceso de reconfiguración geopolítica global se están renegociando y estableciendo nuevas reglas en diversos ámbitos (comercio, finanzas, impuestos, medio ambiente, energía y regulación de la tecnología), que son las que determinarán la estructura del mundo que vendrá en los próximos años. En ello están incluidas, desde luego, las condiciones de la reconstrucción pospandemia y la reconfiguración de las cadenas de valor que he mencionado, así como las prioridades en materia de seguridad nacional. Por ello, para hacer frente a este nuevo mundo, es importante que contemos con una mayor articulación entre liderazgos políticos y equipos técnicos de los países de la región, y que busquemos establecer agendas y posiciones comunes en asuntos importantes para nuestra región como la protección ambiental y la reducción de la pobreza y la informalidad laboral.

Esther Duflo, premio Nobel de economía, destaca la importancia de recordar el sustancial proceso de reducción de la desigualdad que hubo en nuestra región. En los primeros años de la década de 2000, Brasil, Argentina, Bolivia y Ecuador ampliaron derechos, mejoraron la calidad de vida de los pueblos y fomentaron la inclusión social. Se implementaron numerosas políticas redistributivas concretas, priorizando las condiciones de vida de la población en la agenda política. Sin embargo, aún queda mucho por hacer. Para recuperar y profundizar en esa dirección necesitamos mayor coordinación regional y una voz común en los foros multilaterales. Un ejemplo de esto es el establecimiento de sistemas de impuestos progresivos, que incluye tasas elevadas para las personas de altos ingresos, una cuestión que, si bien es de carácter nacional, no se puede consolidar sin coordinación regional y global.

En este momento, se discuten en todo el mundo los sistemas de impuestos vigentes en la era de la digitalización, de las guaridas fiscales, los paraísos de evasión y elusión impositiva. Hoy, América Latina pierde 6.3 % del PIB en evasión y elusión fiscal por año, lo que indica que es una cuestión fundamental

que requiere coordinación. Recientemente, Argentina firmó un acuerdo de intercambio de información automática con Estados Unidos, lo que es esencial si consideramos que se necesita información (además de liderazgo, decisión política y capacidad técnica y de negociación) para hacer frente a esta problemática. No es asunto de un solo país, se trata de una situación que requiere amplia coordinación internacional.

Lo mismo ocurre con la agenda ambiental, donde según numerosos organismos internacionales como la Organización de las Naciones Unidas y el Banco Mundial se necesita un gran volumen de recursos adicionales para el financiamiento de las transiciones energéticas. Es clave que nuestros países pongan en marcha, como lo están haciendo, activas estrategias nacionales de adaptación y mitigación al cambio climático. Sin embargo, con el principio de responsabilidades comunes pero diferenciadas reconocido a nivel internacional, son los países avanzados quienes deben proveer principalmente el financiamiento y facilitar la transferencia de tecnología y de capacidades para apoyar la transición a través de la cooperación internacional. No todos somos igualmente responsables en términos históricos por el cambio climático y no todos tenemos las mismas prioridades y necesidades. Por eso, si existe el compromiso genuino de la comunidad internacional en incentivar el crecimiento económico sustentable en términos ambientales, todos los países deben asumir compromisos según sus ritmos, tiempos y prioridades específicas de desarrollo, considerando también su grado de responsabilidad en la actual crisis climática.

Como señalamos, estamos en un escenario internacional muy complejo y con un sistema global en serias dificultades. Por eso son necesarias políticas públicas más activas y Estados soberanos, inteligentes y eficientes. Desde el progresismo, desde los espacios políticos de la izquierda, nuestro deber es construir esos Estados capaces de cuidar y proteger a todos. Es necesario que nuestros Estados trabajen activamente para proteger y garantizar la igualdad y los derechos, en especial de las mujeres, quienes han sufrido con mayor fuerza el impacto de la desigualdad, la violencia y la exclusión laboral que caracterizan nuestro tiempo.

Debemos construir agendas comunes en materia de impuestos, medio ambiente, políticas de género y políticas industriales. Debemos recuperar el rol de la política industrial y pensar en formas innovadoras en el actual contexto internacional. La región puede fortalecerse a sí misma y mucho de esto ya está sucediendo. Esta hora exige que redoblemos el diálogo, aumentemos la capacidad de coordinación y avancemos en políticas, iniciativas y propuestas que puedan reflejarse en la ampliación de derechos, en mayor inclusión y en mejores condiciones de vida para nuestros pueblos. Ésa es la razón que debe inspirar a todos quienes hacen política: trabajar por el bienestar de las mayorías.

Martha Ortega Peraza

Magíster en Ciencias Políticas y profesora en el Instituto de Altos Estudios Diplomáticos Pedro Gual, en Venezuela

¿HACIA UN NUEVO ORDEN MULTIPOLAR?

Hay preguntas que son sumamente complejas, y es importante saberlas responder desde el espacio que uno ocupa y según las funciones que uno desempeña. Venezuela y México forman parte del Caribe; sin embargo, el conocimiento que tenemos de él en la región no suele ser profundo. Es por eso que resulta importante traer elementos del Caribe si lo que queremos es hablar del mundo multipolar, analizar el escenario internacional y ver las relaciones históricas de los actores y su articulación en el mundo contemporáneo. Hemos estado mucho tiempo de espaldas al Caribe, así que es importante conocer algunos de sus datos más relevantes.

Lo primero que habría que decir es que el Caribe es el origen de la riqueza que sentó las bases del capitalismo, es decir, la explotación y la trata negrera, pues la esclavización de las personas que trajeron de África enriqueció y dio todo el poder económico al Reino Unido, para así dar paso al surgimiento del capitalismo. Entender el sistema en el que estamos y la hegemonía actual del capitalismo pasa necesariamente por entender que su origen es la esclavitud que surgió en el Caribe, y su surgimiento implicó la construcción de una identidad entre explotados y explotadores que tienen hasta hoy un peso muy relevante.

En el Caribe tenemos un conjunto de países autónomos y naciones que son resultado de la herencia colonial que tiene una vigencia enorme. De los 17 territorios en el extranjero que tiene Francia, cinco están en el Caribe; de los siete territorios en el extranjero que tienen los Países Bajos, todos están en el Caribe; y de los 14 territorios que tiene el Reino Unido en el extranjero, cinco están en el Caribe; además, de los 16 paí-

ses que conforman la Comunidad del Caribe (Caricom), 13 tienen como jefe de Estado al rey Carlos de Inglaterra. Eso nos da un claro panorama de la realidad, pues el Caribe es, además, una de las áreas por donde el comercio marítimo reviste mayor importancia; no sólo por el canal de Panamá, sino por toda una serie de rutas que determinan el flujo comercial en la región y permiten el tránsito de los grandes barcos mercantes del mundo.

Hay que recordar que las empresas aseguradoras surgieron a raíz de la necesidad de asegurar los barcos destinados a la trata negrera, pues su objetivo era proteger los intereses comerciales que pesaban sobre los bienes más preciados de la época: los esclavos. Esas empresas, que se constituyeron sobre todo en Inglaterra, siguen en pie hoy y sus dueños son los hijos de aquellos esclavistas: herencia de la esclavitud que hasta hoy sigue vigente, pues en nuestros días es necesario parar por esas empresas para el aseguramiento de las cargas. Por ejemplo, en el río Paraná no se puede comprar un seguro que no esté respaldado por el London P&I Club ubicado en el Reino Unido. Esto es un dato muy relevante porque nos muestra que los mismos que se enriquecieron con la esclavización de personas y el comercio trasatlántico desde África son quienes hoy controlan una parte central de la logística del comercio marítimo, ya que sin los seguros correspondientes no se puede movilizar mercancías.

Es por ello que la cada vez más usual aplicación de sanciones a todo país que cuestione la visión hegemónica del ideal de mundo unipolar pasa necesariamente por negar el acceso a los seguros que exige el comercio marítimo internacional¹.

Uno de los ideólogos más importantes de geopolítica estadounidense, Alfred Mahan, da cuenta de la importancia del Caribe y del Golfo de México; indica que el Caribe está encerrado, en su lado oriental, por una cadena de islas pequeñas, y los pasos entre ellas, aunque prácticamente no son más amplios que el Estrecho de Gibraltar, son tan numerosos que la entrada al mar desde ese lado se extiende por un trecho de cerca de 400 millas. Mahan, desde finales del siglo XIX, consideraba esta zona como estratégica a efectos de los intereses de Estados Unidos, dándole el nombre de Mediterráneo Americano.

Así, pensando en Juan Bosch cuando habla del Caribe, frontera imperial, o en Nicholas Spykman al hablar de la América Mediterránea como una zona cerrada cuyas llaves pertenecen a Estados Unidos, debemos preguntarnos: ¿quiénes somos?, ¿dónde estamos ubicados?, ¿cuál es el rol que desempeña actualmente el Caribe? Nada de esto podemos dejarlo de lado cuando hacemos el análisis de América Latina, pues el Caribe

tiene un peso indiscutible en términos económicos, por su influencia en el resto de países de la región y por sus recursos energéticos, acuíferos y de todo tipo.

En el Caribe se tiene una mirada clara sobre el papel que juega la región en el debate sobre el porvenir del mundo: ¿Unipolar, bipolar o multipolar? Ejemplo de ello es la estrategia del Comando Sur de Estados Unidos dada a conocer en 2008, la cual indica explícitamente que las naciones latinoamericanas y caribeñas son estratégicamente importantes para la seguridad nacional y el futuro económico de Estados Unidos de América, pues afirma: «Los intereses estadounidenses a largo plazo estarán a salvo a través de naciones seguras, estables y democráticas, pues un futuro próspero para todos deberá estar fundamentado en valores compartidos, gobiernos eficientes, sociedades abiertas y economías de libre mercado».

Sin embargo, cuando se habla de valores compartidos hay que hacerlo con cautela, pues si revisamos los documentos del pensamiento caribeño de finales del siglo XVIII y mediados del siglo XX hay algo claro en la identidad caribeña: hemos estado del lado de los explotados. De ahí se explica, en nuestros días, la posición digna que estados insulares, como Antigua y Barbuda, Dominica, San Cristóbal y Nieves, Granada, Barbados y San Vicente y las Granadinas asumieron durante la situación del reconocimiento internacional del autoproclamado presidente encargado de Venezuela, Juan Guaidó. Éste contó con el rechazo de aquellos países, incluso en espacios como la OEA, lo que demuestra la decisión de defender los espacios multilaterales, el derecho internacional público y el derecho a la soberanía, además de la defensa de la no injerencia en los asuntos internos de otros países. Todo esto tiene en el Caribe un peso principal, pues en países de 100, 200, 300 mil habitantes, si no se defiende el derecho internacional dignamente se vuelven vulnerables a acciones injustas desde el exterior.

Otra situación importante en las relaciones internacionales del Caribe la ha significado la posición con respecto al conflicto en Ucrania, que ha generado posturas similares a las de la Guerra Fría: la de quienes están delante del Muro de Berlín y las de quienes están detrás de él. La realidad, sin embargo, es que los efectos de la imposición de medidas coercitivas unilaterales (como generalmente se les conoce) sobre Rusia (al igual que sobre China o Venezuela) muchas veces terminan afectando también a quienes las imponen. Así sucedió, por ejemplo, en el caso de Venezuela, pues un mes antes de que Donald Trump implementara las medidas coercitivas unilaterales contra el petróleo venezolano, Venezuela enviaba 600 mil barriles diarios a los Estados Unidos; de igual modo, un mes antes de la guerra en Ucrania y de la imposición de sanciones, Estados Unidos compraba 700 mil barriles al día a Rusia. Esto significó grandes afectaciones para los estadounidenses, quie-

¹Sobre las sanciones vigentes en esta materia, puede verse la página del London Club en <https://www.londonpandi.com/knowledge/sanctions/venezuela/>

nes además de impulsar las medidas de manera unilateral obligaron a otros países a hacer lo mismo para respaldar la situación, obteniendo los mismos resultados. Siempre hay que contemplar que los que están del lado de los sancionados también tienen capacidad de acción, pues un actor como Rusia puede cambiar el juego en el tablero mundial. Pero los efectos de estas sanciones en los precios de la energía, en la producción de alimentos y en la inflación en general es real y lo padece toda la región sin excepción.

En éste como en otros asuntos el Caribe ha asumido una posición, y también es interesante observar cómo, de los 14 países en el mundo que todavía hoy reconocen a Taiwán (en tensión con China desde hace décadas), ocho están en América Latina y el Caribe: uno es Paraguay, en Suramérica, y el resto en Centroamérica: Honduras y Belice², y en el Caribe: Haití, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía y San Vicente y las Granadinas. Por eso, cuando discutimos sobre el mundo bipolar o multipolar, nos damos cuenta de que al mismo tiempo que Estados Unidos no reconoce a Taiwán (pese al innegable apoyo que en los hechos le brinda), presiona a otros a hacerlo, lo que evidencia que hay un juego mundial del cual el Caribe no se escapa.

Hay que pensar también el rol de la zona Caribe en la reciente situación de Europa y el Reino Unido frente al *brexit*, que alude a la salida del Reino Unido de la Unión Europea. Es importante pensarlo porque tal vez sea ésta la región del mundo más afectada por este hecho, pues en las actuales circunstancias muchos países caribeños que aún mantienen nexos con el otrora imperio bri-

² Belice, a pesar de estar ubicado en Centroamérica, forma parte del Caribe anglófono y es miembro de Caricom, de modo que puede y debe contabilizarse como un país esencialmente caribeño.

tánico comienzan a cuestionarse la conveniencia de mantener a Carlos III como su jefe de Estado. Tras las independencias caribeñas de los años 60 la mayoría de los países asumieron voluntariamente a Isabel II como su reina, como resultado de independencias que fueron realmente procesos negociados.

Un caso muy interesante es Barbados, que en 2020 decidió convertirse en república y remover a la reina Isabel como jefa de Estado³. Ante esto, es razonable preguntarse qué sucederá con el resto de los países a partir de ahora, pues muchos mantuvieron la relación debido a que la reina Isabel II supo generar estrechas relaciones políticas y ganarse el respeto mundial⁴, pero la situación no será la misma ahora que, fallida aquella, un nuevo rey ha asumido las funciones de jefe de Estado del Reino Unido⁵. Esto, en un contexto de debilitamiento actual de Europa, continente que ha terminado por subordinarse a los intereses de Estados Unidos⁶.

Finalmente, hay que tomar en cuenta las relaciones del Caribe con el resto de los países de la región, en especial con Venezuela. La relación ha sido históricamente muy importante y se remonta varios siglos en el pasado. Los primeros

³ Véase «Barbados Becomes A Republic At Midnight», en *Barbados, Government information service*, Barbados, 2021

⁴ Al menos de aquellos alineados ideológicamente con la visión hegemónica occidental y claramente de todos aquellos países miembros de las Commonwealth.

⁵ Importantes constitucionalistas caribeños reflexionan sobre la posibilidad de que otros países, como Jamaica, sigan los pasos de Barbados y se conviertan en repúblicas. Es una discusión de la que no han estado excluidos ninguno de los países en los que aún la jefatura de Estado está en manos del rey. Al respecto, se puede consultar «Derek O'Brien, Jamaica's Long and Winding Road to Becoming a Republic», en *ConstitutionNet*, 2022

⁶ La forma como se han desarrollado los hechos relacionados con la guerra en Ucrania deja más que clara esta subordinación.

indígenas que poblaron la región caribeña, por ejemplo, salieron de las bocas del Orinoco (actualmente territorio venezolano), de modo que desde siempre han existido relaciones de cercanía entre ambas regiones. La mayor parte de los países miembros del Alba-TCP (6 de 10) son países del Caribe anglófono⁷.

Por ese tipo de relaciones estrechas, precisamente, es que cuando hablamos de integración regional en América Latina y el Caribe (sobre todo ante la posibilidad de un mundo multipolar) es muy importante tener siempre presentes las siguientes interrogantes, buscando construir en torno a ellas respuestas claras y definidas: ¿Quiénes somos y cómo vamos a construir una identidad colectiva? ¿Cómo nos reconocemos desde el punto de vista geográfico, geopolítico y económico (según los recursos con que cada uno de nuestros países cuenta), pero también como una región con poder efectivo en el desarrollo de las relaciones internacionales? Nuestra posición y peso en un mundo multipolar está determinada por nuestra capacidad real de integrarnos y de emprender acciones conjuntas. ¿Qué rol desempeñamos? ¿Cuál queremos desempeñar?

⁷ Al respecto, se puede consultar la historia del Alba-TCP en <https://www.albatcp.org/historia/>



Eduardo Zuain

Abogado y diplomático, exsecretario de Relaciones Exteriores de Argentina (2011-2015)

¿Realmente nos dirigimos a un mundo multipolar? Si esto lo hubiéramos preguntado antes de la pandemia de la covid-19 tal vez habríamos respondido que «sí, con muchos problemas, pero estamos encaminados hacia un mundo multipolar con dificultades y desafíos estructurales». El crecimiento de China, la larga declinación de los Estados Unidos y el surgimiento de la India eran desde entonces claras evidencias de ese proceso que perfilaba un escenario multipolar, pero carecía de apoyo multilateral.

Muchas veces se intercambian estos conceptos (multipolar y multilateral) como si se tratara de la misma cosa, pero no es así. Cuando hablamos de un mundo multipolar nos referimos a un mundo con muchos polos de poder, lo que para países como Argentina, México, Ecuador y en general para América Latina puede significar una situación ideal en tanto permite tener un amplio margen de autonomía, jugar las cartas del desarrollo y tener una relación independiente con cada uno de esos polos, favoreciendo la posibilidad de obtener el mayor beneficio de esa relación. Sin embargo, ese mundo multipolar necesita de una estructura multilateral que lo respalde o, dicho en otras palabras, necesita que los organismos multilaterales realmente funcionen, y esto era algo que fallaba incluso antes de la pandemia: la Organización de Estados Americanos (OEA) o la Organización de Naciones Unidas (ONU) no cumplían el objetivo para el que habían sido creadas; Unasur, por su parte, estaba desarmada por la ola de gobiernos de derecha que sufrió nuestro continente. Así, en estas condiciones, el mundo multipolar que se perfilaba parecía construirse de forma caótica.

Pero eso era entonces, y es importante ponerlo en términos del pasado porque la reciente pandemia, como decíamos,

vino a cambiar el panorama y nos obligó a interrogarnos sobre la construcción de un mundo multipolar. La covid-19 no sólo generó un impacto económico, social y una crisis internacional que aún estamos padeciendo, también cambió el pensamiento y comportamiento de nuestros pueblos. Así ocurrió, por ejemplo, con la economía informal, la cual modificó su comportamiento en los días de pandemia, colocando a ese sector ante un abismo en el que se hicieron evidentes la falta de protección y seguridad. Esto significó un cambio que, entre otras cosas, provocó tsunamis políticos en América Latina y en Europa, provocando modificaciones profundas en la correlación de fuerzas global.

Además, la pandemia nos mostró las múltiples falencias de los procesos de integración, mismos que ya venían debilitados a consecuencia de la ola de gobiernos de derecha que azotaron la región en los años recientes. Esas falencias se hicieron evidentes cuando en América Latina, en menos de 24 horas, los países cerraron sus fronteras sin dar previo aviso a sus vecinos, hecho atípico que borraba de un golpe los intentos de integración desarrollados durante décadas, como si nunca hubieran existido. Con esta medida, la pandemia cortó las cadenas de comercialización e intercambio de cada país, obligando a los pueblos a cuidar la alacena y la cocina, esperando tener alimentos y energía suficientes a sabiendas de que no habría forma de obtener más en el exterior a menos que se estuviera dispuesto a comprar a precios mucho más elevados y con métodos de transporte mucho más complicados. Fue un auténtico cambio en las relaciones entre países; hubo incluso quienes temieron la presencia e intervención de servicios de inteligencia extranjeros, a los que se acusaba de robar respiradores en un momento en que la vida de muchos dependía de ellos.



Ahora bien, la pandemia no explica por sí misma la ola ultraderechista que se padeció y se padece en el mundo, pero sí da cuenta del quiebre social y el auge del individualismo exacerbado que sin duda ha abonado al surgimiento y fortalecimiento de estos grupos políticos. Ante esta situación, es importante estudiar muy bien la crisis de la República de Weimar, pues la primavera democrática que vivió Alemania, caracterizada por altos niveles de inflación, conflictividad social y una sociedad muy polarizada fue el caldo de cultivo que daría vida al nazismo. Hoy vivimos un clima muy parecido, ya que las características económicas y sociales del mundo de nuestros días se parecen a aquel clima de preguerra. Por ejemplo, las fuerzas políticas en Argentina habían tenido dificultades para comprender la nueva estructura social que se perfila en nuestros países, pero el atentado que sufrió la vicepresidenta Cristina Fernández de Kirchner evidenció ante la opinión pública, el sector ABC1 y las fuerzas políticas que algunos sectores juveniles han comenzado a asumir la vía de la violencia ultraderechista, la intolerancia y el

odio como como formas de escape de un país que no les garantiza opciones de trabajo o educación.

La aparición de la vacuna vino a evidenciar el quiebre del sistema de integración continental, especialmente porque la vacuna, que fue la promesa de salvación para todos, no llegó a nosotros por esquemas de integración, sino que se encontró con todos los países del mundo y la región comportándose como si no se hubiera avanzado nunca en el camino de la integración regional, pues incluso a pesar de los gestos excepcionales, como cuando Argentina donó vacunas a Bolivia, éstos no fueron de ningún modo suficientes. Debía haber operado de nueva cuenta la Unasur, pues ésta se creó con una vía de acción establecida para la compra regional de medicamentos. Con este tipo de organizaciones, a principios del milenio, se buscó crear mecanismos regionales para que nuestros pueblos tuvieran acceso a los medicamentos necesarios a un bajo costo, pero lamentablemente este camino no continuó y la pandemia vino a mostrar las implicaciones de ello: cada país tuvo que correr su propia suerte solo y las va-

cunas vinieron de China o Rusia, lugares distantes en los cuales no habíamos pensado antes.

Sin embargo, si todo lo anterior no era suficiente, en los días en que la pandemia parecía retroceder, en que su fin estaba próximo a pesar de que muchos países aún sufrían por su causa algunas dificultades, se produjo la guerra entre Rusia y Ucrania, evidencia tácita de la reconfiguración del mundo, de un cambio de época que llega en el momento en que no habíamos terminado de analizar las consecuencias de la pandemia. Por eso no es trivial preguntar si vamos o no hacia la construcción de un mundo multipolar: la pandemia lo había puesto en duda, pero el actual conflicto ha logrado cristalizar nuestras sospechas. Es un conflicto totalmente nuevo, pero con elementos tradicionales; mucho de su desarrollo es propio de una guerra convencional, por supuesto, pero también tiene características de lo que hoy se conoce como guerra híbrida. Estamos realmente ante una guerra integral, como muy pocas veces hemos visto en la historia.

En las guerras convencionales hay relaciones entre países que subsisten a pesar del conflicto, tal es el caso de algunos sistemas de comunicación institucional, comercial o política. Pero esta guerra ruso-ucraniana es un hecho totalmente novedoso que debe explicarse en sus detalles, si lo que buscamos es comprender a qué nos referimos cuando decimos guerra integral.

El enfrentamiento entre Rusia y Ucrania se produce integralmente. Por ejemplo, si las grandes compañías navieras no operan con Rusia (como efectivamente no lo hacen), el comercio internacional ruso se ve obligado a efectuarse con pequeñas empresas y barcos individuales. Tampoco está integrada al sistema postal internacional, lo que dificulta el ingreso y la salida de cualquier tipo de carta o encomienda. En los he-

chos, Rusia está aislada y bloqueada, de modo que su intercambio con el exterior debe hacerse a través de algunos pocos países que de buena voluntad reciben la encomienda, el paquete, la mercancía y la redirigen a Rusia. Por otro lado, si uno quiere acceder a una red e ingresar, por ejemplo, a una red social, tiene que contar con un VPN que le permita ingresar a la red global de internet, pero Rusia también está bloqueada de ella.

En su contacto con el mundo exterior, Rusia también sufre en otros aspectos el desarrollo del conflicto. Algunos artistas han sido cancelados, vetados o perseguidos por el solo hecho de tener nacionalidad rusa; se les ha prohibido actuar, se cancelan los espectáculos en que participan. De igual modo, equipos deportivos, sólo por su origen ruso no pueden participar en ninguna competencia internacional. En lo económico, muchos bancos están sancionados, y hemos visto a lo largo del último año cómo se ha excluido a Rusia del uso del Society for World Interbank Financial Telecommunication (SWIFT), esto es, del sistema de comunicación bancaria internacional que permite las transacciones dinerarias entre personas e instituciones de distintos países; y hemos aprendido que para que estas transacciones puedan realizarse se precisa de la aprobación de los Estados Unidos y sus aliados: son 12 personas que nadie conoce, sentadas en Bruselas, quienes tienen el poder de aislar de un día para otro a un país desde el punto de vista financiero. Así, los bancos rusos fueron expulsados del SWIFT y no pueden recibir ni efectuar ninguna transacción hacia el exterior.

Todas éstas son situaciones que hacen dudar si nos conducimos realmente a un mundo multipolar, pues lo que parecen indicar es la existencia de un poder hegemónico que impone su voluntad sobre sus disidentes, a quienes considera enemigos. ¿Por qué decimos entonces que estamos ante la cristalización

de un mundo multipolar? Porque todos los demás países observan lo que está ocurriendo y, con razón, piensan que lo mismo puede pasarles a ellos cuando se crucen con el poder hegemónico y se contrapongan a sus intereses. Así, ante la posibilidad de un aislamiento futuro, deciden prepararse buscando, antes que cualquier otra cosa, la autodeterminación estratégica. En primer lugar, intentan garantizar el alimento de sus pueblos, así como los recursos energéticos y de transporte necesarios para ello. En el caso actual de Rusia, como decíamos, este país está experimentando el abandono de las grandes navieras y de las líneas aéreas, así que ha asumido la tarea de tomar todas las previsiones posibles en materia de transporte. Con las comunicaciones ocurre algo semejante, pues ante la amenaza de expulsar a Rusia de la red global de internet se ha buscado la autosuficiencia también en ese sentido, de la misma manera que se ha hecho en el campo de la salud buscando garantizar el abastecimiento de medicamentos que su pueblo necesita. Incluso habría que recordar que al inicio del conflicto bélico, cuando se establecieron las sanciones, las potencias occidentales sostuvieron que los alimentos quedaban excluidos de cualquier represalia; sin embargo, en los hechos los movimientos comerciales en materia de alimentos también han caído en el radar de las sanciones.

Estos acontecimientos están ocurriendo a la vista de todos, de los gobiernos, los pueblos y los cuerpos diplomáticos de todo el mundo. Incluso los embajadores de las grandes potencias, con sede en Moscú, conocen lo que sucede y observan directamente las repercusiones que tienen en Rusia, y su papel es informar a sus respectivos países. Pero no sólo esto, pues el estado actual de las relaciones internacionales afecta gravemente cualquier posibilidad de impulsar un sistema de integración, pues, ¿qué país querrá participar, por ejemplo,

en una cadena de valor global a sabiendas de que esa cadena puede ser interrumpida en cualquier momento fruto de una decisión geopolítica, por un conflicto político o por algún desacuerdo al interior de los organismos multilaterales?

Prácticamente, los organismos internacionales no juegan hoy ningún rol relevante, es por eso que hoy más que nunca el mundo se percibe como un espacio caótico en el que cada uno se vale por sí mismo. Hoy estamos más cerca de un mundo bipolar, no multipolar, muy parecido a lo que se vivió en la época conocida como Guerra Fría. Es un mundo bipolar en el que Rusia y China están cada vez más integrados, donde la Unión Europea, ya debilitada, se integra cada vez más a los Estados Unidos, y en medio de eso están países como Argentina, México o India, quienes parecen rechazar este mundo que está surgiendo, pues rechazan la posibilidad de ser obligados a optar entre dos alternativas que se excluyen. Muy por el contrario, se aspira a tener relaciones con todos para así tener margen de maniobra y autonomía para poder desarrollarse. No todas las tecnologías vienen de Estados Unidos y la Unión Europea; China tiene mucho para ofrecer, de modo que aquellos países que no desean plegarse a ningún polo no desean aceptar las condiciones que dictan que, si comercian con China, no van a poder comerciar con otros países.

Un mundo multipolar es conveniente para todos. No solamente por cuestiones geopolíticas o políticas, también por una cuestión comercial y económica, por el impulso de la ciencia y la tecnología. Y éste es uno de los vectores que va a favorecer más el bienestar de nuestros pueblos, su desarrollo, pues si nuestros países no venden bienes con valor agregado no tendrán destino y, además, tampoco podrán desarrollar genuinos procesos de integración que ahora, con el triunfo electoral de Lula da Silva en Brasil, puede tener otra nueva oportunidad. Nosotros, los países latinoamericanos, no podremos tener incidencia real en el mundo si no nos integramos; sin ello no somos y no tendremos posibilidad alguna de serlo. Es por eso que es importante reemprender el camino de la integración regional, aunque aprendiendo de las lecciones pasadas e identificando aquello que nos faltó, como integración física e integración genuina de los pueblos. Si no tenemos cómo comunicarnos, si no construimos vías comunes, si no construimos caminos, si no favorecemos la comunicación y el movimiento libre de nuestros pueblos no hay integración posible. En Argentina, por ejemplo, si se desea ir a Chile es necesario esperar seis horas para cruzar la frontera, y se revisa exhaustivamente la documentación para asegurar que todo está legalmente en orden. Es el tratamiento de una frontera convencional, y así no es posible sentir la existencia de una integración real. Es por eso que la integración física es fundamental para que los pueblos sientan que

ése es un camino que conviene transitar, porque aunque es cierto que se han dado algunos pasos positivos en la integración política (la cual ha permitido consolidar nuestros sistemas democráticos), nos ha faltado mucho en lo que toca a la integración física.

Finalmente, es necesario comprender que cualquier política exterior, cualquier visión del mundo, cualquier análisis en torno a la conveniencia de un mundo multipolar, bipolar o caótico, sólo será válido y fructífero si antes hemos decidido qué modelo nacional queremos poner en marcha. Si en la región y en cada uno de nuestros países no hemos sido capaces de definir qué tipo de país queremos, estaremos a merced de cualquier situación que ocurra en el mundo; no importa cuál, siempre nos va a perjudicar. No hay viento favorable para el barco que no sabe adónde va.



Ricardo Patiño

Economista, profesor universitario y exministro de Relaciones Exteriores y de Defensa del Ecuador

LA COYUNTURA: OTAN, RUSIA Y UCRANIA

La verdadera batalla que el mundo enfrenta en nuestros días tiene como principales protagonistas a los Estados Unidos y China, conflicto que se viene gestando desde las décadas de los 70 y 80 del siglo pasado, pero que ha venido creciendo y crecerá aún más en el mediano plazo.

Seamos claros, la intervención militar de Rusia en Ucrania se explica por el cerco que Estados Unidos buscó imponer a Rusia, pues la falta de voluntad de la OTAN para cumplir los compromisos contraídos (que implicaban la no expansión hacia las fronteras rusas) desembocó en una inevitable respuesta por parte de Rusia.

Sin embargo, esta expansión de la OTAN tenía como destinatario final a Rusia y a China y, sobre todo, buscaba frenar la consolidación de las relaciones entre China y Rusia, cosa que hasta el momento no han logrado. China —que desde el punto de vista diplomático tiene una política más prudente y de largo plazo— a pesar de que no aparece abiertamente como aliada militar de Rusia, ha rechazado el cerco que Estados Unidos y la Unión Europea hacen en su contra. En los hechos, manifiesta una mayor identidad hacia Rusia en este conflicto.

Estamos en un momento muy delicado para la humanidad, y esperamos no estar al borde de una no declarada Tercera Guerra Mundial de consecuencias catastróficas, pues si en un hipotético conflicto de grandes proporciones alguna de las partes decidiera usar un arma nuclear como supuesta acción disuasiva, las implicaciones serían inimaginables. En el siglo pasado y en los anteriores, se podía sostener que era posible saber cómo comenzaba una guerra, pero imposible sa-

ber cómo terminaría; hoy, sin embargo, todos sabemos que una conflagración mundial podría acabar completamente con la civilización como la conocemos. Por eso, si los conflictos actuales no logran ser controlados, podríamos estar ante el fin de la vida en este planeta. Frente a ésta, la otra posibilidad es la construcción de un mundo multipolar.

LOS INDICADORES ECONÓMICOS COMPARADOS

Los gobiernos de los Estados Unidos han constatado que en los últimos 15 años han sido incapaces de doblar económicamente a China. Veamos algunas cifras:

- El ritmo del crecimiento económico de China en las últimas tres décadas es muy superior al promedio mundial. En los trece años que van de 2007 a 2020, la economía europea se mantuvo prácticamente estanca, con un crecimiento de apenas el 4 %; la japonesa creció en un 10 %; la de Estados Unidos, un 44 %; y en ese mismo periodo la economía China creció 314 %.
- El nivel de inversión de China sobre el PIB es 43 %, frente al 21 % de Estados Unidos.
- Entre 1992 y 2018, el sector industrial creció en el mundo en 2.3 %, en los países más desarrollados 3 % y en China 9.5 %.
- Hablando de comercio exterior, en 1970 —poco antes de que China impulsara el periodo de reformas económicas— Estados Unidos representaba el 16 % del total de exportaciones mundiales frente a un 0.6 % de China; en el año 2015, en cambio, Estados Unidos representó solamente el 11 %, mientras que China superó el 12 %.

Esto ha llevado a China a ser actualmente el principal exportador global de productos industriales, el principal importador de bienes primarios del planeta, el principal inversionista de proyectos

de infraestructura fuera de su territorio y el país que tiene actualmente el mayor registro anual de patentes industriales. Éstos son datos duros de la realidad.

A lo anterior hay que agregar que «China ha mantenido el control de la economía nacional por medio de grandes conglomerados estatales que canalizan el excedente hacia una enorme inversión para desarrollar las fuerzas productivas, las cuales conquistaron el mercado mundial»¹ y no se avizora que la tendencia pudiera revertirse.

Uno de los pilares del poder económico de Estados Unidos ha sido la permanencia del dólar estadounidense como divisa líder en las transacciones comerciales, inversiones productivas y especulativas y como moneda de reserva. Estados Unidos ha podido financiar sus elevados déficits comerciales y fiscales (en parte para financiar las guerras) con la emisión de dinero y bonos que consigue colocar en el mundo, apropiándose de riqueza producida en otros países y escondiendo sus limitaciones estructurales.

Esta situación también comienza a modificarse. El yuan empieza a desempeñar el papel de divisa mundial alternativa. Desde el año 2016, el yuan integra la canasta de los Derechos Especiales de Giro (DEG) del Fondo Monetario Internacional y, por primera vez, desde la década de los 70, transacciones internacionales se realizan ya en monedas distintas del dólar. China ha comenzado a negociar para que Arabia Saudita le venda su petróleo en yuanes, al igual que Rusia, país que, a partir de la imposición de las medidas unilaterales de EU y europeas, está impulsando las transacciones de sus productos en rublos.

Los países del sureste asiático, con el impulso de China, son, en su conjunto, la

primera economía mundial, y las transacciones entre ellos se realizan cada vez más en yuanes y usando sus propias monedas. Recientemente, por ejemplo, China e Indonesia firmaron un acuerdo bilateral para promover el uso del yuan.

Además, catorce países africanos están comenzando a usar el yuan como moneda de reserva, considerando que por sus territorios transitará la nueva ruta de la seda y que, por tal motivo, los chinos han hecho enormes inversiones de infraestructura por toda África. En Zimbabwe, el yuan es ya moneda de curso legal.

Estas nuevas características del sistema monetario internacional tendrán efectos financieros y reales en las economías, agravando aún más el declive relativo de la economía de los Estados Unidos.

Finalmente, debemos tener en cuenta que la economía china se beneficia de una «ventaja política» con respecto a Estados Unidos y otros países occidentales desarrollados. Y es que, debido a su sistema político, el gigante asiático puede planificar y orientar su economía, comercio, tecnología, inversiones, etc., en función de los objetivos de un plan de corto, mediano y largo plazo que decide el Partido Comunista Chino, el que, a su vez, se encarga de su cumplimiento. El objetivo estratégico ha sido definido como la construcción de una «sociedad socialista con características chinas». Esto, a la vez que aprovecha los incentivos que le permite el sistema de mercado en el que se desenvuelve nacional e internacionalmente.

¿EL MUNDO UNIPOLAR PODRÁ SOSTENERSE?

A las cifras económicas precedentes debemos agregar otros datos. Las relaciones de China con el mundo entero se evidencian en el establecimiento de acuerdos comerciales, vínculos financieros, diplomáticos, culturales e, incluso, militares. Un caso emblemático lo constituye el hecho de que China

¹ Gabriel Merino, Julián Bilmes y Amanda Barrenengoa, *Crisis de hegemonía y ascenso de China*, Clacso/Instituto Tricontinental de Investigación Social, Argentina, 2021

ha alcanzado acuerdos amistosos con más de un centenar de países para llevar adelante inversiones conjuntas en la llamada Nueva Ruta de la Seda, con millonarias inversiones en infraestructura, que permitiría activar simultáneamente la economía de China y la de una buena parte de los países del mundo. A la vez, China articula la asociación económica con el sureste asiático e impulsa el Banco del BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Suráfrica), lo que lo convertiría en la mayor fuente de financiamiento para los países del Sur Global.

Lo anterior contrasta con los actos de agresión que han llevado adelante EU y la Unión Europea en contra de más de una decena de países, particularmente ubicados en el norte de África y en el Medio Oriente, con la intención de evitar los procesos de desconexión que muchos de esos países han emprendido en las últimas décadas, así como para apropiarse de importantes recursos naturales de los mismos. El ataque a las Torres Gemelas y la lucha antiterrorista han sido el pretexto para las agresiones sufridas en los últimos veinte años por Afganistán, Pakistán, Irak, Libia, Siria y

Yemen, con devastadoras consecuencias para su población y su economía.

La duración del conflicto militar entre Rusia y Ucrania, así como el acercamiento de China hacia Rusia, evidencia que estaríamos asistiendo a una nueva configuración del poder militar mundial, en la que ninguno de los países con poder nuclear podría asegurar una victoria definitiva. A pesar de que la Organización de Cooperación de Shanghái no está concebida estrictamente como una asociación militar, como la OTAN, el mundo sabe que podría activarse en caso de que alguno de sus integrantes se viera amenazado por una potencia extrarregional.

Por otra parte, aunque China ha mostrado una conducta prudente en el conflicto ruso-ucraniano, sus gastos y su preparación militar son cada vez mayores. El gasto militar chino ha rebasado la tasa de crecimiento del estadounidense, y aunque en términos absolutos éste último sigue siendo mucho mayor (llega a los 600 mil millones de dólares), hay un aumento exponencial de la inversión china en esta materia, la cual llega hoy a 200 mil millones de dólares (1/3 de EU) cuando hace algunos años no alcanzaba ni siquiera el 5% del gasto militar estadounidense.

Las características de la Unión Europea la han llevado a convertirse en una región subordinada política y militarmente a los Estados Unidos. Es tanto el poder militar de EU y es tanta la debilidad y la división política europea, que su subordinación ha terminado por ser un hecho casi inevitable. En Europa hay movimientos sociales y políticos cada vez más influyentes con clara identidad fascista y nazi, así como gobiernos con orientación socialdemócrata y también de izquierda, aunque estos últimos minoritarios. En esas condiciones, los países europeos están en una encrucijada, y las grandes y graves diferencias entre ellos hacen cada vez más difícil la posibilidad de ponerse de acuerdo en temas sensibles y se ven obligados, dada su vulnerabilidad

individual y colectiva, a mantenerse bajo el resguardo e influencia de los Estados Unidos para asegurar su protección.

Otras regiones del mundo están atravesando procesos de reconfiguración interna. En muchos países africanos, continente que ha sido históricamente saqueado y fracturado por los países europeos, ahora se discute la posibilidad de desconexión (en los términos de Samir Amín) de los bloques imperialistas y acercan su diplomacia y su economía hacia los países del BRICS.

América Latina y el Caribe, por su parte, inauguró un primer ciclo de gobiernos progresistas y de izquierda en la primera década del presente siglo, con resultados muy positivos en crecimiento, equidad y estabilidad, lo que podría estar repitiendo a partir de 2018, con el llamado segundo ciclo del progresismo latinoamericano. La creación de organismos como Alba, Unasur y Celac tienen no sólo objetivos de integración sino también de diálogo político y de cooperación que no se limitan a sus antiguos socios tradicionales, sino ahora también a China, Rusia, India, el sureste asiático, países árabes y africanos.



ESTADOS UNIDOS SE DESLOCALIZA EN SENTIDO CONTRARIO

Ante esta realidad, el gobierno de los Estados Unidos ha emprendido una campaña mundial para intentar recuperar su capacidad competitiva, pero ya no con los argumentos supuestamente técnicos de la libre acción del mercado, porque lo que les produjo ganancias durante un tiempo ahora ha comenzado a afectarles en su condición de Estado imperial. Sorpresivamente, se han convertido en enemigos del libre mercado y de la globalización, a la que pretenden ahora «remodelar». Están *a)* obligando a sus empresas a renunciar al beneficio de los bajos salarios e insumos baratos de los países asiáticos, *b)* prohibiendo que vendan o compartan tecnología con esos países, especialmente con China, *c)* entregando subsidios (palabra que habían demonizado tantos años) a las empresas estadounidenses para que desarrollen nueva tecnología, abandonen los países asiáticos y se relocalicen geográficamente en Estados Unidos, Europa o en América Latina (*nearshoring* y *friendshoring*); en fin, que den marcha atrás al proceso de globalización que con tanto afán impulsaron en las décadas anteriores, con el argumento del libre mercado, de la desregulación y de la libre circulación de capitales, de bienes y servicios y de personas. Lo anterior está contenido en el documento denominado *Estrategia de seguridad nacional*, suscrito en octubre de 2022 por el presidente de Estados Unidos, Joe Biden.

La justificación para tal contradictoria estrategia la disimulan en la «defensa de la democracia», de lo que denominan la «influencia maligna» de Rusia y China, ya no en los desgastados argumentos del anticomunismo y el terrorismo. El texto señala que «estas naciones autocráticas intentan socavar la democracia y exportar sus modelos de gobernanza, marcados por la represión y la coerción, a los ciudadanos».

Este recuento que incluye asuntos económicos, diplomáticos y militares nos lleva a la conclusión de que el mundo unipolar que prevaleció en la última década del siglo xx y los inicios del siglo xxi está francamente debilitado, y que en el corto plazo podría estar naciendo un nuevo mundo bipolar o multipolar.

Los cambios que estamos viviendo son ya inevitables, y también lo son el probable surgimiento de nuevos organismos que medien las relaciones internacionales con otros principios y dinámicas diferentes a las que han prevalecido en la ONU, la Organización Mundial de Comercio, el FMI y el Banco Mundial.

AMÉRICA LATINA

Nuestro proyecto futuro no puede consistir en pasar de un nivel de dependencia con los Estados Unidos y Europa a otro con una potencia alternativa. Por el contrario, nos corresponde



ejercer soberanamente nuestras políticas públicas, identificando individual y colectivamente a aquellos países y bloques con los que sea posible alcanzar mejores acuerdos de cooperación mutua en favor de nuestro desarrollo nacional y regional.

Los países latinoamericanos necesitamos construir una agenda propia de desarrollo, llevar adelante un proceso de articulación inteligente en la división internacional del trabajo y de desconexión de las relaciones de dominación y dependencia con países y organizaciones económicas y financieras dominantes, que funcionan con normas que benefician a los países centrales.

A América Latina le corresponde alcanzar su propio desarrollo económico y social en un mediano plazo, apalancado en la integración regional, cuyos resultados se produjeron en los primeros años de funcionamiento de las instancias de integración. Con el Alba, millones de personas pudieron recuperar la visión y mejorar su calidad de vida, a la vez que países centroamericanos y caribeños lograron asegurar el abasto de combustibles en momentos de inestabilidad en el mercado internacional.

Unasur ha sido eficaz en preservar la paz, la democracia y la solidaridad entre las naciones y al interior de ellas y, al igual que la Celac, han definido a la región como una zona de paz, libre de minas antipersonales y promotoras del desarme nuclear. Unasur creó instancias como el Consejo Suramericano de Defensa, el de Prevención de Riesgos, el de Salud; puso en marcha un sistema de compensación de pagos con la perspectiva de contar con una moneda común y diseñó la arquitectura para el funcionamiento del Banco del Sur, entre otros importantes logros. Lamentablemente, el arribo de gobiernos de derecha en el subcontinente provocó una parálisis en Unasur que la historia se está encargando de enderezar.

El renacimiento de Unasur y el fortalecimiento de Alba y Celac son tareas urgentes que corresponde emprender no sólo a los gobiernos progresistas desde las instancias institucionales, sino a sus pueblos, desde la base de las organizaciones políticas y sociales.

Elizabeth Villanueva

Maestrante en Estudios Políticos y Sociales y asistente de investigación en la UNAM, México

EL ASCENSO DEL NEOFASCISMO EN EUROPA

Europa se encuentra en crisis y no sólo por los acontecimientos en Rusia, sino por un problema que arrastra desde su fundación como continente y que alcanza tanto a Europa como a la idea que tenemos de lo europeo, entendido según los patrones que ellos mismos han promovido a partir de una visión colonialista.

En primer lugar, los nacionalismos europeos están aflorando (lo que se puede constatar incluso en los medios de comunicación) después de un largo proceso de gestación que tiene profundas raíces históricas que se remontan a la construcción de los Estados europeos, los cuales surgieron con la intención de homologar los territorios en los que había una gran diversidad de culturas y pueblos que nunca dejaron de luchar por su independencia económica, política y social. Y aunque es cierto que también podemos encontrar nacionalismos libertarios, otros (a los que nos remitimos) lo que hacen es negar la diversidad de pueblos y sus reivindicaciones, buscando la totalización del Estado según parámetros únicos y excluyentes. Lo que buscan, en suma, es la homogeneización de la sociedad y del Estado.

En segundo lugar, habría que considerar la crisis de la Unión Europea, agudizada a partir de la salida del Reino Unido tras el fenómeno conocido como Brexit, así como con la negativa de otros Estados para sumarse a la unión continental. Esto ha implicado un rompimiento con la concepción e identidad europeas, las cuales habían intentado mostrar unidad de objetivos e ideales durante las últimas décadas.

En tercer lugar, hay que mencionar la cuestión de la migración, que es uno de los elementos más potentes de la retórica de las extremas derechas que se oponen a la diversidad, a

pesar de que Europa es un continente multicultural y diverso. Es cierto que la llegada de estas migraciones presenta grandes retos, no sólo para los Estados sino también socialmente, pero estos grupos de extrema derecha canalizan el rechazo e incentivan la xenofobia y el racismo contra los migrantes, a quienes se acusa de «no adecuarse», o lo que es lo mismo, de no mimetizarse con los supuestos valores europeos. La migración, en estas condiciones, se convierte para los grupos de extrema derecha y los partidos políticos que los representan en una justificación para promover la cerrazón sistemática de Europa, dejando atrás su pasado progresista y apelando a la idea de una Europa blanca cada vez más distante de la diversidad.

Todo esto que hemos enunciado culmina en el resurgir de la extrema derecha, las cuales en realidad nunca se fueron, sino que se mantuvieron escondidas en el escenario político hasta aguardar mejores tiempos. Dicho resurgir ha sido cada vez más evidente durante la última década, y muy notorio en la manera en que los partidos políticos de esta corriente política han comenzado a ocupar más lugares en el espacio público, ganando un mayor terreno y apoyo entre las poblaciones de los países en donde participan. Para ejemplificar, podemos observar en porcentajes el aumento de la presencia de las organizaciones de extrema derecha en las cámaras bajas de Europa, entre los años 2019 y 2022. Los números son preocupantes:

Porcentaje de diputados en la Cámara Baja de los partidos de extrema derecha en Europa ¹		
País-partido	2019	2022
Alemania - Alternativa para Alemania (AfD)	13 %	11 %
Austria - Partido Liberal de Austria (FPÖ)	28 %	17 %
Dinamarca - Partido Popular Danés (DF)	21 %	9 %
España - Vox	7 %	15 %
Francia - Frente Nacional (FN) / Agrupación Nacional (RN)	1 %	15 %
Hungría - Jobbik / Fidesz	13 %	59 %
Italia - Liga Norte	20 %	21 %
Polonia - Ley Justicia (PiS)	51 %	51 %
Suecia - Demócratas Suecos (SD)	14 %	18 %

En el caso específico de Hungría, que vale la pena analizar con detenimiento, en sólo tres años el porcentaje de diputados de extrema derecha pasó de 13 % a 59 %, cambio que muestra la manera en que la retórica de la extrema derecha va transformando los espacios políticos sirviéndose de una retórica antinmigrante. Ésta ha adquirido tonos cada vez más racistas que

muestran la clara intención de radicalizar el discurso, más allá de la cautela con la que se actuaba en el pasado reciente. En la tabla anterior, además, se puede observar un claro aumento en el porcentaje que tienen los parlamentarios de derecha y su posición dentro de los parlamentos nacionales de toda Europa, presentando en todos los casos la promoción del odio contra las minorías, así como el rechazo de los migrantes y los movimientos de mujeres, lo que se ha traducido, una vez que estos partidos llegan al gobierno, en la modificación de políticas públicas, la cancelación de derechos adquiridos y la transformación del espacio público. Su objetivo es claro: luchar en contra de movimientos progresistas y de liberación.

También es importante considerar los resultados en elecciones presidenciales, además de las parlamentarias. Hungría es nuevamente un caso radical, pues su candidato de extrema derecha por el partido Fidesz, Viktor Orbán, alcanzó el 54.1 % de los votos. Sin embargo, éste no es un caso aislado, pues en general podemos ver un aumento en la cantidad de votantes por la extrema derecha en países como Polonia, Suecia, Suiza e Italia. El caso de Italia el año pasado se convirtió en uno de los casos con mayor repercusión en los medios internacionales. Tras la celebración de elecciones generales en septiembre de 2022, una coalición de derechas italianas, entre cuyos aliados se encuentra el gran conservador italiano Silvio Berlusconi, se alzó con la victoria con la mayoría en la Cámara de Diputados y en la Senadores, así como la presidencia del Consejo de Ministros de Italia, cargo que ostenta la periodista y conservadora Giorgia Meloni.

También en 2022, el mundo presenció la candidatura de Marine Le Pen, en Francia, representando al ultraconservador Frente Nacional. En este caso, sin embargo, la extrema derecha fue derrotada, pero presentó un significativo aumento en el número de votantes que muestra, con toda claridad, la incapacidad de la izquierda francesa de evitar el ascenso de la retórica conservadora. En las elecciones Emmanuel Macron se alzó con la victoria, pero Le Pen obtuvo un significativo 41.5 % de los votos, lo que equivale a más de 13 millones de personas para una candidata que abiertamente se opone a muchos de los de derechos humanos hoy reconocidos como tales, además de rechazar reivindicaciones como la defensa de la tierra. En 2007, Le Pen había alcanzado apenas el 10 % de los votos, lo que representaba una cantidad mínima para los partidos de extrema derecha, pero esa cifra se cuadruplicó en 15 años.

Es importante que analicemos la cuestión de la extrema derecha más allá de los partidos políticos que la representan, ya que éstos adquieren su fuerza del conjunto de personas que los siguen y comulgan con la ideología que promueven. Ésa es la razón del peligro que encarnan estas agrupaciones, no sólo por la cuestión político-electoral, sino por el resto de las

¹ Véase Anna Anna, «How Much Sway Does the Far-Right Have?», en *Statista*, 26 de septiembre de 2022, y Guadalupe Moreno, «Radiografía de la extrema derecha en Europa», en *Statista*, 12 de abril de 2019

amenazas que implica la extrema derecha. Hay quienes, por ejemplo, denominan estas amenazas como posorganizaciones, es decir, fuera de las organizaciones electorales que, por tanto, pueden convertirse en redes transnacionales de individuos que construyen y alimentan redes de odio que, en Europa, hacen parte de los múltiples actos de violencia contra inmigrantes y movimientos feministas que se presentan cotidianamente. En estos casos no se trata de represión gubernamental —que suele ser más publicitada—, sino de represión y violencia directa entre miembros de la sociedad, lo que es aún más peligroso. Según datos recientes, dos tercios de los italianos tienen visiones negativas de los romaníes, los que comúnmente se consideran como gitanos, un término peyorativo. Por su parte, el 60 % de los húngaros han tenido pensamientos negativos sobre los inmigrantes. Y aunque podríamos pensar que eso sucede gracias a la existencia de organizaciones de extrema derecha en esos países, lo cierto es que la situación es mucho más compleja. Supuestamente, por ejemplo, Gran Bretaña es el país que registra un menor número de actitudes y expresiones intolerantes contra los inmigrantes; según encuestas, este porcentaje alcanza apenas el 29 %. Pero es casi un tercio de su población el que asume estas posiciones conservadoras en un país en donde supuestamente no existen partidos políticos de extrema derecha como en Hungría o Italia. Es por eso que analizar estas redes transnacionales es tan importante, pues los partidos de extrema derecha que las promueven no sólo están representados institucionalmente, sino que son pequeñas agrupaciones que se unen más allá de las fronteras, muchas veces utilizando las redes sociales en un fenómeno global que, como tal, no sólo tiene lugar en Europa, pues afecta en realidad a muchos rincones del mundo.

Las redes sociales les dan a las extremas derechas las condiciones propicias para coordinar esas redes transnacionales, funcionando como plataformas para la promoción de violencias, ataques directos, físicos y cibernéticos. Además, son también el canal para la difusión de teorías de la conspiración, ideas anticientíficas y antidemocráticas que están tan en boga entre las agrupaciones de extrema derecha. Ideas que, en la mayoría de los casos, se encargan de sugerir la existencia de un control internacional y perverso que busca implementar políticas públicas progresistas encaminadas a destruir instituciones tradicionales como la familia, las escuelas o la religión. Para estos discursos, en contraparte, la extrema derecha aparece como guardiana de estos valores, baluarte de la civilización europea y, supuestamente, pilar fundamental que permitirá a Europa mantenerse en pie.

Ahora bien, debemos considerar que si bien es cierto existen agrupaciones políticas que explícitamente se reconocen como de extrema derecha, reconocidas incluso por las socie-

dades y los analistas políticos, no todas las políticas conservadoras provienen de dichas agrupaciones, sino que son promovidas por partidos que se reconocen como de centro o de derecha moderada. Así sucede con las políticas antinmigrantes, antifeministas o antidiversidad. Y lo mismo ocurre en todos los países. Es muy importante reconocer este hecho con el fin de no caer en confusiones, pero sobre todo para asumir que estas posiciones conservadoras (que peligrosamente pueden derivar en posiciones fascistas) están también presentes en las estructuras ideológicas de todas las derechas y en cualquier momento pueden comenzar a promoverlas. En todo caso, para hacer frente a esto es importante no olvidar que también la izquierda en Europa tiene lazos transnacionales con los que sus organizaciones deben ser capaces de afrontar los retos políticos e institucionales que son cada vez mayores.



Rodrigo Cornejo

Maestro en Seguridad Pública y Políticas Públicas

Existe la creencia de que el neofascismo es un fenómeno minoritario. En términos numéricos, se piensa que no es capaz de alcanzar representación mayoritaria, salvo excepciones como la que representó Jair Bolsonaro, exponente latinoamericano del neofascismo que, pese a los resultados electorales recientes, sigue siendo un importante líder político en Brasil. Es cierto que en la actualidad no hay muchos líderes que se asuman abiertamente como hitlerianos o fascistas, pero eso no nos exime de tener claridad sobre aquello que significa el concepto neofascismo y combatirlo, pues de lo contrario puede terminar naturalizado, aceptado, por las derechas y quienes son afines a ellas.

Los márgenes máximos de lo que es aceptable en la discusión pública se definen a partir de quienes dicen las cosas más extremas o las ideas más aventuradas. El neofascismo tiene vigencia en la actualidad, precisamente, porque promueve políticas como la expulsión de migrantes sin ningún derecho, lo que hace ver como aceptables otras ideas que, aunque tal vez menos radicales, tienen también consecuencias funestas, como la propuesta de crear guetos en África. Éste es el caso de Priti Patel —antigua secretaria de desarrollo internacional del Reino Unido— y su equipo, quienes impulsaron una suerte de cordón sanitario que, de pronto, hizo ver como aceptable, en un país africano, la idea de que todos los solicitantes de asilo tenían que estar en campos de concentración. También podemos mencionar al primer ministro inmigrante en la historia del Reino Unido, Rishi Sunak, y una de sus primeras acciones de gobierno, la política de Stop the Boats o de frenar la migración de tajo con la misma política de guetización. Ante esto, partidos políticos como el British National Party buscan tejer —a contrapelo del fascismo— redes de solidaridad inter-



nacional que obstaculicen el avance de estas prácticas e ideas.

El fascismo es un concepto difícil de definir. Ian Kershaw, historiador inglés especializado en la historia del fascismo del siglo xx en Alemania, sostiene que definir el fascismo es tan difícil como tratar de clavar una gelatina a la pared: se desliza por todas partes. Lo que indica con esta analogía, es que es muy complicado saber cuáles son las características más importantes que hacen posible identificar qué cosa es fascista o qué se corresponde o no con el fascismo. Sin embargo, pese a las dificultades, podemos identificar algunas características que se mantienen unidas al fascismo en sus diversas manifestaciones:

1. Inicialmente, el fascismo hitleriano y el de Mussolini se basaban en un fuerte componente nacionalista fundado en una muy peculiar idea de nación que les impedía de inicio cualquier forma de solidaridad internacional, por lo menos hasta que la situación global y los enfrentamientos con otras potencias los obligaron a estrechar lazos entre sí. Esto es lo mismo que sucede en el caso del neofascismo contemporá-

neo, de modo que en realidad parece no haber razón alguna para que Santiago Abascal (conservador radical y vocero de Vox, en España) viniera a México, un país considerado por los extremistas de derecha españoles como racialmente inferior gracias a su origen mestizo, tanto en su cultura como en su composición étnica. Sin embargo, poco a poco han comenzado a tejerse relaciones internacionales de solidaridad entre los movimientos y figuras de la extrema derecha, así que hoy no son extraños los vínculos que existen y se estrechan entre esos modelos europeos y las figuras más extremas del Partido Acción Nacional.

2. En nuestro tiempo, reviste particular importancia tener una idea clara sobre lo que es el neofascismo, sabiendo distinguir qué elementos retoma del fascismo tradicional y en cuáles toma distancia, pues no son lo mismo. El neofascismo, por ejemplo, comparte con el fascismo la concepción de que vivimos en un presente degenerado en todos los aspectos, es decir, ven degeneración en el arte y la cultura, que juzgan no corresponden con los valores nobles; ven perversión, sexualización y mercantilización de los hombres y mujeres en todos los niveles de la vida, y como tal se oponen a cualquier manifestación que no cumpla con sus parámetros de puritanismo moral; discurso que resulta atractivo para muchos, pues apunta a problemas reales que, sin embargo, tienen explicaciones más profundas que las que el neofascismo ofrece. Son narrativas que venden, que apuntan a problemas realmente existentes; por eso es importante en América Latina saber tomar distancia de las respuestas que dan los grupos conservadores, pero al mismo tiempo es fundamental no intentar simplemente excluirlos de la esfera pública, porque eso puede resultar contraproducente en la medida en que el neofascismo cuenta ya con una base social que lo apoya y comparte su sistema de creencias.

También, en este caso, la posición del neofascista tiene raíces históricas profundas, pues basta recordar lo que ocurría en Alemania durante la década de 1930, cuando el régimen nazi realizó la exposición titulada *Entartete Kunst* (que significa arte degenerado) y que sirvió para denunciar a todo el arte moderno. Algo similar pasó con las quemaduras de libros que los nazis promovieron con el fin de desaparecer las obras literarias consideradas por ellos como peligrosas. Ante esto, la izquierda debe mostrar adecuadamente su contraposición a este tipo de creencias, partiendo de la confianza en la gente y en su potencial humano. Porque la izquierda, así como el futuro utópico al que aspira, no ve degeneración por todos los rincones, sino problemas que hay que resolver con una correcta y optimista visión del porvenir.

3. Avanzando en la comprensión del neofascismo, vale la pena regresar a un teórico de la primera mitad del siglo xx, Walter Benjamin, quien afirmaba que el éxito del fascismo radicaba en su apelación al arte o al gesto estético antes que a la política. Afirmación que se constata cuando observamos cómo en las exhibiciones de poder fascistas (y neofascistas) es posible apreciar un elemento estético claramente definido. La indumentaria nazi, por ejemplo, era elegante y atractiva, y no hay que olvidar que entre ellos circulaban los trajes Hugo Boss. Además, en su época echaron mano de novedosos mecanismos de propaganda que aún en nuestros días se utilizan, como el cine. En una película dirigida por Leni Riefenstahl titulada *El triunfo de la voluntad* se usan varios recursos cinematográficos para impresionar al espectador con fines propagandísticos, como era el caso del instrumento conocido como *dolly*, el cual consiste en un pequeño carril de tren por donde transita una cámara que, al desplazarse, permite hacer tomas fijas visualmente impresionantes. Eran los eventos prepa-

ratorios para las Olimpiadas en Berlín del año 1936, y todos estos recursos se ocuparon con el fin de promover un conjunto de ideas afines al fascismo. Es por eso por lo que Benjamin nos advierte de los riesgos que implica la conversión de la política en un espectáculo atractivo.

Esto es lo mismo que ocurre en nuestra época cuando en sus potentes mítines Trump repetía el atractivo eslogan *Make America Great Again*. Es también lo que pasa con las figuras mediáticas que surgen y crecen en las redes sociales, especialmente en Twitter, así como en distintos shows televisivos de donde surgen personajes incapacitados para gobernar. Ante todo esto hay que estar alerta (y una primera advertencia nos la dan los teóricos que como Benjamin vivieron y sufrieron los fascismos de la primera mitad del siglo xx), pues cuando el arte y la estética empiezan a sustituir a la política se corren graves riesgos que debemos saber advertir, respondiendo con el recurso clásico de la izquierda que consiste en politizar el arte, que en una respuesta inversa ayuda a combatir la desmovilización política de estos mecanismos.

4. El fascismo y el neofascismo también comparten una concepción jerárquica de la vida. Para estas definiciones ideológicas no hay que cuestionar el orden de las cosas porque éste está natural o biológicamente determinado, según criterios raciales, evidentemente. Ejemplos de ello los encontramos cuando el discurso fascista, aún en nuestros días, defiende la idea de que los blancos son superiores a los negros o mestizos, o bien en la concepción más reciente que sostiene que si los ricos acumulan mucho capital es porque son personas más inteligentes o superiores al resto. En oposición a esto, es im-

portante promover una visión social o de izquierda, en la que estas diferencias no son fruto de un orden natural sino de un orden social construido, histórico, lo que significa que es humano y, por lo tanto, posible de cambiarlo.

5. Otro elemento que comparten el fascismo y el neofascismo, el moderno y el antiguo, es que promueven la autoexpresión que acompaña al individualismo extremo. Por ejemplo, después de la derrota que los alemanes sufrieron en la Primera Guerra Mundial, quedando destruidas las relaciones económicas, sociales y hasta familiares, con una sociedad sin ningún acuerdo de convivencia vigente, el fascismo promovió un símbolo alrededor del cual muchos comenzaron a organizarse: la autoexpresión individual, que se opuso claramente a una concepción comunitaria de la vida y la sociedad. Aunque tenían una fuerte visión de la familia tradicional, el papel de esta familia era producir individuos «excelentes», listos para la competencia y racialmente puros. Y en esta concepción radica una de las diferencias más importantes entre el nacionalsocialismo y el marxismo o comunismo, pues mientras el primero apela a una idea radical de la identidad individual, el segundo busca comprender al ser humano a partir de las relaciones sociales de producción que lo atraviesan. Es un choque de ideas que aún sigue vigente y tiene consecuencias, de ahí que sea tan importante desconfiar de las expresiones que afirman que el objetivo social de vivir en sociedad es autoexpresarse individualmente y no vivir en comunidad; por ejemplo, cuando se difunde la idea de que lo importante es el individuo y la *propia* identidad, los *propios* intereses, la *propia* nación, el *propio* idioma, las tradiciones *propias*, la *propia* etnia o incluso la propia forma de vestir.



6. Los fascismos también construyen una muy particular forma de entender el pasado. Aquello que entendemos por Renacimiento está basado en la creencia en un pasado grandioso que hay que recuperar, y dicho juego fue también un recurso usado por los miembros del Partido Nacionalista Alemán y por los partidarios del movimiento fascista italiano. Ambos remitían a un pasado glorioso que hay que recuperar y cuidar, rescatándolo de la destrucción en la que había caído en una época anterior. Es el mismo discurso que, más próximo a América Latina, encontramos con la retórica neofascista estadounidense que está sintetizada en el lema *Make America Great Again*. Esta operación de recuperación del pasado glorioso ya comienza a expresarse en el movimiento conservador de México, a través de la defensa del INE, de memes en redes sociales en donde se afirma que se extraña a Enrique Peña Nieto por ser más carismático y físicamente más atractivo que AMLO y se propugna por la alianza coyuntural entre PRI, PAN y PRD. En este último caso, también opera una propaganda de blanqueamiento del pasado, minimizando la corrupción de EPN y la violencia del calderonato.

7. Hay muchas similitudes que hermanan a los neofascismos con sus expresiones antiguas, pero una cosa que los distingue (por lo menos en el momento actual) es la sutileza que las expresiones contemporáneas tienen que utilizar para difundir su discurso. En los Estados Unidos existe un concepto que expresa perfectamente este hecho, conocido como política del silbato de perro o *dog-whistle politics*. Así, como en nuestros días no es aceptable afirmar categóricamente que los negros son inferiores a los blancos (pues estas nociones se creen ya superadas), se utilizan símbolos sutiles para expresar la misma idea jerárquica de inferioridad/superioridad entre grupos o individuos, buscando jus-

tificar o reivindicar, siempre indirectamente, las prácticas racistas y violentas de los fascismos de antaño. Eso sucede, por ejemplo, con las banderas de los extremistas alemanes de nuestro tiempo, quienes deciden no colocar el águila imperial en su escudo (pues sería una referencia inmediata al pasado nazi) y en su lugar colocan las siglas NPD, que remiten al partido moderno al que pertenecen: Partido Nacionaldemócrata de Alemania. Lo mismo sucede, por otro lado, cuando los neofascismos deciden representar en sus letreros y pancartas hechos históricos a los que les adjudican valor simbólico, como es el caso del bombardeo de Dresde para los extremistas alemanes. Para éstos, los nazis y pobladores muertos durante los bombardeos estadounidenses de Dresde durante la Segunda Guerra Mundial deben ser reivindicados del mismo modo que se reivindican otros muertos caídos en otros acontecimientos o de otros bandos, así que para hacerlo recurren a la difusión de imágenes sutiles. Estas causas históricas, que se relacionan directamente con el pasado fascista que tratan de revalorar, buscan promover entre las personas juicios de valor sobre lo que es correcto o incorrecto, pero desde la óptica de los neofascismos. De igual forma, la extrema derecha mexicana ha defendido el orden castizo y católico de la sociedad a través de la «familia natural», que expresa una jerarquía social definida e inamovible, con claras restricciones a la libertad de las mujeres. Este movimiento se ha fundido con el movimiento conservador mexicano más amplio, pero se ha vigorizado por separado. Esto ha sucedido a través de las conferencias del CPAC, la cúpula conservadora basada en Estados Unidos que recientemente se internacionalizó y que abraza a figuras defensoras de la familia natural como Eduardo Verástegui, que tiene acercamientos con el hijo de Jair Bolsonaro y le invitó a dar conferencias en México en 2022.

8. Si bien comparten adversarios comunes con los fascismos tradicionales, los neofascismos europeos de nuestros días también han construido enemigos propios. Uno de los movimientos precursores de esta nueva ola fascista, por ejemplo, son los Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente (Pegida, por sus siglas en alemán), surgidos en 2014, en Alemania, y quienes se oponen especialmente a la migración musulmana en sus territorios. En muchas de sus protestas pueden verse consignas que, más allá de sus posiciones xenófobas, hacen referencia a problemas reales, como, por ejemplo: «fuerzas de trabajo no, educación en vez de inmigración». Consigna que, pese a todo, expresa una reacción (si bien fascista) a las políticas neoliberales impulsadas durante la gestión de Angela Merkel, cuando se recibieron muchos migrantes que venían huyendo de sus lugares de origen por causas legítimas, como la invasión y la guerra, con el fin de usarlos como mercancías o *commodity* humano; fenómeno muy similar al ocurrido durante la época del milagro económico alemán, en las décadas de los 50 y 60, cuando para reconstruir el país después de la guerra se decidió recibir, como mano de obra, a un importante número de migrantes turcos, quienes terminaron afincándose permanentemente en territorio alemán. Ese fue un experimento multicultural (*Multikulti* según el término acuñado por la propia Merkel) que claramente fracasó, pues no fue posible asegurar la convivencia pacífica de distintas culturas al interior de un Estado democrático. Una diferencia notoria que acentúa el carácter racial de estas protestas es que la reciente crisis de refugiados ucranianos no suscitó dichas protestas, a pesar de que ellos no comparten la religión (son ortodoxos, no protestantes) pero sí comparten «la raza blanca». Y es importante destacar, en relación con el punto anterior, que muchas veces:

9. Los neofascismos disfrazan su discurso, por eso hay que saber advertir sus matices y sutilezas. Cuando estas agrupaciones se pronuncian contra la migración, lo que en realidad hacen es oponerse a los migrantes islámicos o negros. Ése es el elemento profundo, un nuevo caso de *dog-whistle politics*, pues los suyos son silbatos, expresiones que nadie más puede escuchar o ver, sólo ellos. En algunas manifestaciones, por ejemplo, se ha observado cómo miembros de Pegida ondean banderas con el rostro de Claus von Stauffenberg, miembro de la resistencia alemana durante la II Guerra Mundial y conspirador en un intento de asesinato de Adolfo Hitler. Con este extraño recurso, este grupo neofascista trata de transmitir la idea de que están resistiendo una dictadura, la de los migrantes y las políticas de la inclusión. Es una auténtica paradoja en la que nada parece tener sentido, pero muestra lo ideológicamente trastornadas que están estas agrupaciones al pretender indicar que son ellas, las agrupaciones fascistas, quienes resisten a una imaginaria dictadura también de supuesto corte fascista o autoritario. De cualquier forma, este tipo de situaciones vale mucho la pena analizarlas, pues nos permiten darnos cuenta cómo no todos los movimientos de nueva derecha son abiertamente neofascistas.

10. En Alemania se han hecho esfuerzos para contener la proliferación de ideas y movimientos de corte neofascista. Históricamente, tal vez es el Estado alemán el único que ha intentado emprender cambios estructurales para contener la consolidación de estos grupos; algo que no se pudo hacer en Ucrania. Los alemanes cuentan con un Tribunal Constitucional Federal que se dedica a estudiar las violaciones a la Constitución. En ese sentido, la Constitución alemana establece la prohibición de partidos políticos que amenacen el orden básico democrático, es decir, que sean de corte neofascista o que suscriban al fascismo, a quien se concibe como el causante de la destrucción del país durante los años cuarenta del siglo xx. Es algo que en su momento intentaron imitar en Austria y en general en la Unión Europea, buscando establecer una especie de cordón sanitario que mantuviera a raya a los fascismos. Sin embargo, los alemanes no han sido capaces de ilegalizar a Alternativa por Alemania (AfD), el partido heredero

de las ultraderechas alemanas que ha sabido eludir las disposiciones constitucionales desde 2009, cuando se abrió un caso que finalmente no prosperó, y que ha ido adquiriendo cada vez mayor relevancia política sobre todo a nivel local.

11. Lo que en nuestros días ocurre en Ucrania, en donde muchos extremistas reivindican la bandera del ultranacionalista ucraniano Stepán Bandera, nos muestra que el neofascismo en Europa cobra cada vez mayor relevancia mundial. De modo que guerra de agresión o no, hay una clara confrontación entre los ultranacionalismos ucranianos, por un lado, y los rusos, por el otro; conflicto que como siempre deja a los pueblos como el sector que más sufre de las consecuencias de las guerras a las que las extremas derechas siempre nos orillan. El soldado es quien sufre, y aunque en su trinchera tenga una bandera de ultraderecha, cuando muere el único que asume las consecuencias son él, su familia y su comunidad.

Por eso es importante no dejarse seducir por los neofascismos ni por el particular discurso nacionalista que enarbolan, pues es un riesgo del que no estamos exentos en México a pesar del gobierno de la Cuarta Transformación y de la puesta en marcha de su proyecto progresista con convicciones abiertamente de izquierda. No hay que olvidar, por ejemplo, lo que ocurrió cuando el actual gobierno abrió las puertas a las caravanas de



migración centroamericana, las reacciones negativas que surgieron entre ciertos sectores de la sociedad mexicana (a veces incluso entre personajes de izquierda), lo que muestra con toda claridad el potencial reaccionario y conservador que existe y que puede servir como fermento para los neofascismos, los cuales implican el riesgo de hacernos creer que la derecha y su proyecto son aceptables. No podemos caer en estas confusiones.

El neofascismo no es un problema únicamente europeo, tampoco se reduce a una cuestión de color de piel o blanquitud. Es una cuestión latente en todos los países del mundo, incluida América Latina, y de ese modo debe ser tratado en nuestro país para evitar la consolidación de una derecha dura que hoy está representada en el Partido Acción Nacional. La amenaza actual no es pequeña y debe ser tomada en serio.

Fabián Cardozo

Periodista. Presidente de la Asociación de la Prensa Uruguaya y de la Federación de Periodistas de América Latina y el Caribe

BRASIL EN EL ESCENARIO REGIONAL

Las elecciones presidenciales en Brasil dieron oportunidad de tejer relaciones e intercambios con periodistas de la Federación Nacional de Jornalistas de Brasil, los cuales nutren las reflexiones que los comunicadores y los dirigentes sindicales de la Federación de Periodistas de América Latina y el Caribe tenemos en torno a este importante momento del presente latinoamericano.

Después del triunfo electoral de la izquierda en Brasil, en octubre de 2022, ha surgido en muchos la esperanza; aquella que, como indicaba un eslogan del propio Lula da Silva, frecuentemente es capaz de vencer el miedo. Pero también hay que ser pesimistas, pues el miedo a que la derecha implemente alguna jugada para sacudir el escenario político favorable a los movimientos progresistas no desaparece. Con las elecciones, más allá del triunfo de Lula, el conservadurismo también salió victorioso; por ejemplo, el Partido Liberal que impulsó a Jair Bolsonaro obtuvo la mayoría en la cámara de diputados, con 99 escaños. Además, en el senado también salieron fortalecidos, pues consiguieron 27 de 81 bancas, 14 más de las que ya tenían. Y esto va más allá.

Eduardo Pazuello, el exministro de Salud de Bolsonaro, el principal negacionista de la pandemia, el que promovió el uso de cloroquina, fue el candidato más votado en Río de Janeiro. La desinformación y la maniobra mediática cumplió ahí un resultado negativo para la democracia y positivo para las fuerzas de la derecha conservadora. Por su parte, Ricardo Salles, exministro de Medio Ambiente que en 2020 promovió la deforestación de la Amazonía aprovechando que la pandemia mantenía distraída a la gente, también fue electo en representación del Partido Liberal. Damares Alves, exministra de la Mujer y vozera de la iglesia evangélica que ha dicho públicamente que de

niña se encontró con Jesucristo y le dio la misión de luchar contra la ideología de género, es hoy senadora por el Distrito Federal de Brasil.

En este contexto, ¿qué puede pasar si Lula busca avanzar con iniciativas de género, diversidad sexual y aborto si son estos perfiles quienes ocupan el Congreso? ¿Qué agenda puede traer el progresismo con bancadas absolutamente reaccionarias? Su obligación tendría que ser disputarle la agenda a los medios de comunicación, al movimiento del *centrão*, a la bancada evangélica y a la de los productores agropecuarios. La gran discusión y la gran preocupación es la agenda que podrá tener el nuevo gobierno del Partido del Trabajo (PT) y cómo, desde los movimientos sociales,

se puede empujar hacia la izquierda para que el corrimiento, posiblemente necesario, que tendrá que hacer Lula hacia el centro de la agenda no se corra más de la cuenta hacia la derecha. Ya se dieron las primeras señales de esto: tras el triunfo electoral, Lula se apresuró a salir a explicar el carácter cristiano de la agenda política del nuevo gobierno del país, obligado por las acusaciones surgidas desde el bolsonarismo sobre el presunto agnosticismo de Lula en un país donde la iglesia ha tenido y tiene un papel fundamental. Una imagen como ésta en países radicalmente laicos como Uruguay o México sería inimaginable: un político de izquierda obligado a declarar que cree en Dios para no perder un porcentaje enorme del electorado.

Hoy todos en América Latina confiamos en el proyecto político de Lula da Silva en esta nueva era presidencial, pero entendemos que la suya será una disputa voto a voto. El desafío mayor de la elección, y desde luego también del nuevo gobierno progresista de Brasil, estará en su capacidad de establecer su agenda. Será necesario ser flexibles y saberse mover, correrse, la pregunta es hasta cuándo. Ése es el principal desafío que tienen Lula y el PT, pues con su victoria se abre una nueva etapa de disputa permanente con el conservadurismo y con los principales sectores de la derecha brasileña que tendrán mayoría en el Congreso y, desde luego, también un nada despreciable apoyo del sector empresarial y de los grandes medios de comunicación.



Guadalupe Correa-Cabrera

Doctora en Ciencias Políticas y profesora en la Escuela Schar de Política y Gobierno, de la Universidad de George Mason

Las elecciones en Brasil y el nuevo gobierno en ese país son temas cruciales, de modo que su análisis debe desarrollarse en términos globales, considerando también lo que ocurre hoy en Estados Unidos o en América Latina.

Tras su victoria en las elecciones de 2018 y su llegada a la presidencia de Brasil en 2019, Jair Bolsonaro nos recuerda lo que sucedió en Estados Unidos, en 2016, con la victoria electoral y el inicio de la presidencia de Donald Trump. Para muchos, era difícil entender aquellos resultados y el escenario político que generaron, pero eso indicaba nuestra incapacidad de percibir y leer los indicadores que, manifestados tiempo atrás, predecían aquel resultado. Lo mismo podría decirse en el caso de Brasil.

En Estados Unidos, el gobierno de Barack Obama, si bien no promovió la igualdad ni buscó la paz en el mundo, tenía una agenda esencialmente distinta a la trumpista en algunas áreas básicas. Dicha agenda estaría caracterizada por el eslogan de campaña *Make América Great Again*, el cual contenía un concepto racista, antinmigrante y conservador, que segmenta y además deja de lado a una parte muy importante de la población estadounidense (los inmigrantes indocumentados y las minorías). Pero si ese es su discurso, ¿cómo explicar la llegada de Donald Trump a la presidencia? ¿Qué lecciones nos da para comprender otros procesos, especialmente en América Latina?

Hay que entender que el resultado electoral en Brasil en 2018 ocurre después de un periodo muy ríspido y complicado en la política de aquel país, de mano de un líder político que causaba interés y entusiasmo y en una época en la que la corrupción era tramposamente apoyada por ciertos grupos de interés a nivel internacional, buscando desmoronar el proyecto de Luis Ignacio Lula da Silva que había dado pasos im-

portantes desde su llegada al poder en 2003. Aún hoy, no son pocos los grupos conservadores a nivel internacional que siguen utilizando a su favor ese discurso. Por su parte, en Estados Unidos, durante la administración de Barack Obama, comenzaron a percibirse cambios positivos relacionados con el reconocimiento de los derechos de las minorías, así como avances en los derechos de los afroamericanos y las mujeres. También se dio un impulso importante al tema ambiental. Sin embargo, nada de esto fue suficiente para impedir el avance de las grandes corporaciones transnacionales.

En todo este proceso existen elementos relevantes que nos deben invitar a reflexionar sobre las razones que permiten el avance de las derechas. En la mayor parte de nuestro continente observamos el mismo proceso, que incluye el ascenso de la ultraderecha y su presencia en cada vez un número mayor de espacios, lo mismo en Estados Unidos que en América Latina. Hagamos, entonces, un ejercicio analítico poco ortodoxo, por lo menos dentro de la izquierda.

¿Cómo fue posible que avanzara una agenda como la que se sintetiza en el lema *Make America Great Again* (o movimiento MAGA)? Es difícil entender que esto ocurra, pero hay que intentar explicarlo, pues fue uno de los factores más importantes para la victoria electoral que llevó a la presidencia a Donald Trump. En su momento, desde el Partido Republicano se hablaba también de la intervención rusa y del papel manipulador de las redes sociales, pero nada de eso fue tan importante como la promesa de grandeza de aquel eslogan. Existe un segmento poblacional en el interior de la sociedad estadounidense que sufrió en carne propia las consecuencias de las políticas capitalistas, las cuales impidieron que un segmento importante de la población blanca mantuviera el «sueño americano». Esta situación fue aprovechada de forma inteligente por políti-

cos que optaron por acusar a migrantes y minorías como si éstos fueran los culpables de esa penosa situación, encubriendo así la realidad estructural de un proyecto económico que benefició siempre a las élites. Este proceso significó la construcción de un falso enemigo político.

En Brasil sucedió algo parecido. La corrupción, el escándalo de *Lava Jato* y la campaña de manipulación mediática impulsada con el fin de encarcelar a Lula da Silva y desestimar su proyecto, fueron parte importante del posicionamiento de la derecha y su discurso, buscando invisibilizar todo lo ganado durante años de desarrollo de un proyecto social que buscó garantizar la existencia de un Estado fuerte en beneficio de la sociedad en su conjunto. Parte de las élites de los Estados Unidos interesadas en América Latina, así como algunos opinólogos en los medios de comunicación hegemónicos, recuerdan sobre todo el escándalo de *Lava Jato* en los años del gobierno progresista de Brasil. Ello muestra la forma en que ciertos grupos buscaron por todos los medios imponer una perspectiva sesgada. Si consideramos esto, no son casuales los resultados obtenidos durante la elección pasada.

Antes de las elecciones presidenciales de octubre de 2022, las encuestas indicaban una amplia ventaja para Lula da Silva, mucho más amplia de lo que fueron efectivamente los resultados electorales. Algunos atribuyen este hecho, precisamente, al conjunto de noticias falsas que la derecha impulsó con fuerza durante las campañas, pero hay en juego otros factores que debemos considerar. Incluso, hay que recordar que días antes de la segunda vuelta electoral el candidato presidencial por el Partido Democrático Laborista, Ciro Gomes, y la candidata del Movimiento Democrático Brasileiro, Simone Tebet, declinaron a favor de Lula da Silva, y aún pese a su apoyo los resultados fueron mucho más ce-



rrados de lo que se esperaba. ¿Cómo leer estos hechos? ¿Por qué Lula, quien había gobernado exitosamente hacía apenas unos años, ya no generó la misma expectativa que se esperaba para estas últimas elecciones? ¿Por qué el 43.2 % de la sociedad brasileña todavía quiere a Jair Bolsonaro como presidente? Aunque brindar una respuesta a estas preguntas es un asunto complejo, parecería ser que uno de los factores explicativos es el debilitamiento del apoyo a parte de la agenda progresista, principalmente en asuntos como la igualdad de género y la cuestión ambientalista (que en muchos casos causan más bien temor o malestar entre la población), pero también la ausencia del enfoque en la lucha de clases. Hay que recordar, por ejemplo, que a principios de este siglo el enfoque en la lucha de clases fue lo que catapultó a Lula y lo consolidó como un líder popular entre los brasileños. Lo anterior se consideró como una forma de reivindicar las necesidades y exigencias económicas de las grandes mayorías, más allá de los derechos sociales y políticos. Hoy

la exigencia de igualdad económica está prácticamente borrada del proyecto de la izquierda brasileña, así que no es casual que incluso desde la izquierda haya quienes critican el actual progresismo, pues consideran que ha traicionado la lucha de los trabajadores y el compromiso con las mayorías empobrecidas. Eso explica, en parte, la falta de apoyo de algunos sectores populares y su aproximación hacia el discurso de la derecha.

El fantasma de la corrupción y las acusaciones de una supuesta protección por parte de una élite internacional, así como el miedo a la intervención de corporaciones extranjeras que imponen—según se dice— las agendas de género y ambientalista, han sido elementos importantes para infundir miedo entre los sectores nacionalistas que, en consecuencia, ofrecen su apoyo a proyectos políticos como el de Jair Bolsonaro. La clase media y alta, que gozan de muchos recursos y están históricamente vinculadas a los militares, conforman así el conservadurismo brasileño que da su apoyo a un proyecto nacionalista de derecha, en oposición a lo que llaman un proyecto globalista. Dentro de estos grupos, crece rápidamente el sentir de que existe una agenda internacional que deben rechazar a toda costa; sentir que es apoyado por un sector de las grandes corporaciones que ven en esta situación una oportunidad para hacer suyos territorios como los de la Amazonía. Por su parte, el desdibujamiento del carácter de izquierda de los gobiernos progresistas, como podría ser el caso del nuevo gobierno de Lula, también debilita el apoyo popular que en otro momento estuvo garantizado. Y aunque no significa que estos sectores de la izquierda se vuelquen en favor de Bolsonaro, sí debilitan el proyecto de cambio que cada vez corre mayor riesgo de olvidar la importancia de luchar por las necesidades materiales de la población, no sólo por sus exigencias sociales o culturales.

Los periodos presidenciales de Lula da Silva, entre 2003 y 2011, fueron exitosos; también lo fue la presidencia de Barack Obama, en los Estados Unidos. Sin embargo, la lección que nos deja el pasado reciente es que si la izquierda se ve vinculada a grandes escándalos de corrupción y ofrece resultados mediocres en materia económica, por ejemplo, abona el camino para el advenimiento de líderes conservadores como Jair Bolsonaro o Donald Trump. Esto puede pasar en Colombia, Chile, México o Argentina, así que es necesario avanzar, con pasos sólidos y acelerados, con el fin de tratar de evitarlo. Hay que advertir, en su justo momento, la aparición de liderazgos políticos que busquen apro-

vechar de forma oportunista las luchas culturales para promover un discurso sin valores ni principios. Pero también es importante asegurar, desde luego, la aparición de una izquierda que, si bien impulsa una marea rosa, no pierda de vista la necesidad de luchar por alcanzar el bienestar de la población y particularmente el bienestar de las clases trabajadoras. La lucha es doble: evitar liderazgos políticos ultraconservadores al mismo tiempo que se consolida una agenda o un proyecto nacional auténticamente de izquierda, no sólo centrado en las causas culturales del progresismo contemporáneo, sino también ocupado en garantizar la igualdad económica y la atención de las clases empobrecidas.



Alina Duarte

Internacionalista, periodista y coordinadora de formación internacional del INFP

MÉXICO Y LA SOLIDARIDAD ENTRE LOS PUEBLOS

Aún con tempestades en el horizonte, soplan nuevos vientos de esperanza en América Latina y el Caribe. La llegada del presidente Andrés Manuel López Obrador al gobierno de México, en 2018; la de Gustavo Petro, en Colombia; la de Xiomara Castro, en Honduras, en 2022; y la de Lula da Silva, en Brasil, en 2023, han ido marcando una nueva agenda progresista en una región que luego de ser obligada por dos siglos a someterse a los designios de la Doctrina Monroe, hoy nuevamente levanta las banderas de la soberanía y la autodeterminación de los pueblos. Una batalla que no es fácil de librar.

No es la primera vez que estas banderas ondean. Ya lo había hecho José Martí al proponer una batalla conjunta de los pueblos por la emancipación de Nuestra América; también lo había soñado Simón Bolívar, al buscar la anhelada Patria Grande; y ya lo había hecho un primer ciclo de gobiernos progresistas a principios del siglo XXI, que no desistieron en su lucha por seguir este camino, muchas veces obstaculizado por campañas mediáticas letales, por sistemas jurídicos al servicio de las oligarquías y por un intervencionismo férreo por parte del gobierno de los Estados Unidos.

Hoy vuelve a brillar la luz después de la noche neoliberal que parecía no acabar tras el supuesto fin del primer ciclo de gobiernos progresistas en la región. A través de campañas mediáticas desmedidas, del uso faccioso del poder judicial (*lawfare*), de traiciones, falta de formación, movilización y rearticulación de la militancia, así como de errores propios, los gobiernos de Evo Morales, en Bolivia; Rafael Correa, en Ecuador; Fernando Lugo, en Paraguay; Manuel Zelaya, en Honduras; Lula da Silva y Dilma Rousseff, en Brasil; Néstor y Cristina Fernández de Kirchner, en Argentina, tuvieron derro-

tas, retrocesos o golpes devastadores que permitieron el avance de las fuerzas reaccionarias. Es por eso que sin negar sus especificidades, es necesario reflexionar sobre el rumbo que tomaron varios de estos procesos en un intento de obtener de ello lecciones políticas. En un mero ejercicio especulativo, por ejemplo, valdría la pena preguntarse qué habría ocurrido si, en algunos de estos casos, se hubieran fortalecido las alianzas con movimientos sociales, sectores populares o el movimiento feminista; o bien, si los procesos no hubieran abandonado las calles, si hubieran fortalecido los procesos de formación política y tomado con seriedad el relevo generacional; si se hubiese fortalecido el poder popular como un mecanismo para impedir que las oligarquías mantuvieran un rol preponderante en la toma de decisiones nacionales o si no se hubiese burocratizado el movimiento una vez siendo gobierno.

Pero más allá de especulaciones, resulta fundamental analizar hechos concretos: el golpe de Estado a Evo Morales, en Bolivia; la aparición de Lenin Moreno, quien dio un revés a la llamada Revolución Ciudadana, en Ecuador; los golpes blandos en contra de Fernando Lugo, en Paraguay, y Dilma Rousseff, en Brasil; así como el encarcelamiento de Lula da Silva durante 580 días y la persecución jurídica de Cristina Fernández, sin olvidar el atentado en su contra efectuado en septiembre de 2022, después de años en que las fuerzas conservadoras sembraron sistemáticamente odio en su contra.

MÉXICO CONTRA LA DOCTRINA MONROE

Al mismo tiempo que en América Latina los gobiernos progresistas enfrentaban estas dificultades, en México se emprendía la lucha por incorporarse a esta oleada continental de gobiernos populares. Hacerlo no fue fácil, y aunque pudiera pensarse que nuestro país se incorporó tardíamente a este proceso, esto ocurrió por los constantes obstáculos que se interpusieron en el camino. Contra el actual presidente de México, Andrés Manuel López Obrador, se orquestó un flagrante fraude electoral en 2006, mientras en 2012 la compra masiva de votos, legitimada por los grandes medios corporativos, impidió nuevamente su triunfo.

Sin embargo, en 2018 la historia sería distinta, y el obradorismo se constituyó como un frente amplio que dio cabida a diversos sectores de la izquierda, pero también del centro político e incluso de la derecha, lo que hizo posible la victoria electoral el primero de julio con una votación abrumadora de 30 millones de mexicanos y mexicanas, equivalente al 53.19 % del total de la votación. Y aunque esta victoria podría interpretarse como una más de las alcanzadas durante dos décadas de gobiernos de izquierda en América Latina y el Caribe, lo cierto es que ha traído consigo acciones y posicionamientos que han permitido el fortalecimiento de las alianzas continentales. La política exterior nos da un ejemplo de ello.



En cuatro años de gestión, el gobierno del presidente López Obrador ha dado un giro radical a la política exterior de México, pasando de encabezar esfuerzos golpistas como el que significó el Grupo de Lima, creado en el seno de la Organización de Estados Americanos (OEA) con el fin de agredir al gobierno de Venezuela, a ser sede de los diálogos entre el gobierno bolivariano de Nicolás Maduro y la oposición venezolana. Del mismo modo, el actual gobierno de México dejó atrás su papel de aliado incondicional de la ultraderecha colombiana, representada por el expresidente Álvaro Uribe (jugado por varios crímenes, incluido narcotráfico), y hoy respalda al gobierno de Gustavo Petro en su intento de establecer rondas de diálogo con el Ejército de Liberación Nacional.

Los principios de la política exterior mexicana están establecidos en el artículo 89 constitucional, fracción X. Durante décadas han sido los mismos, pero en los hechos fueron olvidados por los sexenios neoliberales, generando distintos episodios de sumisión que colocaron a la nación en una situación vergonzosa. En contraste, el presidente López Obrador ha retomado aquellos principios, habla de ellos en mítines, eventos gubernamentales y en sus conferencias diarias, *Las Mañaneras*, en las que repite con insistencia la esencia de nuestra política exterior con el fin de ponerla en el debate público: «la autodeterminación de los pueblos; la no intervención; la solución pacífica de controversias; la proscripción de la amenaza o el uso de la fuerza en las relaciones internacionales; la igualdad jurídica de los Estados; la cooperación internacional para el desarrollo; el respeto, la protección y promoción de los derechos humanos y la lucha por la paz y la seguridad internacionales».

Así, respaldado en el marco constitucional vigente, el actual gobierno ha buscado materializar en hechos concretos los principios, buscando apoyar en la solución pacífica de controversias internacionales, promoviendo el respeto a la soberanía de los pueblos o reivindicando la necesidad de la cooperación entre naciones; por ejemplo, cuando México ostentó la presidencia *pro tempore* de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac). Durante esta gestión (2020-2022), el actual gobierno mexicano buscó recuperar e impulsar este organismo multilateral, creado en 2011 por los gobiernos de Hugo Chávez y Lula da Silva, como un espacio de discusión y cooperación fuera del tutelaje de Estados Unidos, quien a su vez impulsaba la Alianza del Pacífico, la Cumbre de las Américas y la OEA. Además, México intentó no sólo fortalecer el organismo, sino que insistió en la generación de acuerdos y proyectos comunes, como la creación de la Agencia Latinoamericana y Caribeña del Espacio, y apoyó proyectos como el Plan de Autosuficiencia Sanitaria presentado por la Cepal y la ONU con el fin de disminuir la dependencia de medicinas en la región. Del mismo modo, condenó el bloqueo a Cuba y las medidas coercitivas unilaterales

ejercidas en contra del país caribeño, y alzó la voz para condenar el injerencismo estadounidense y llaman a transformar, renovar y reformar a la OEA.

Tampoco hay que olvidar que durante su presidencia *pro tempore*, México envió un potente mensaje simbólico en la cumbre de la Celac realizada en la Ciudad de México; en septiembre de 2021: los gobiernos de Venezuela, Nicaragua y Cuba fueron invitados a participar en dicha reunión, aun sin el beneplácito de Estados Unidos, hecho que no había ocurrido en la Cumbre de las Américas realizada en Los Ángeles, California, en junio de ese mismo año, razón por la cual Andrés Manuel López Obrador se negó a participar por considerar incorrecto que no todos los países del continente fueran convocados. Su posición desembocó en la notoria ausencia de distintos mandatarios de izquierda, y mostró que cuando se busca recuperar soberanía y autodeterminación Estados Unidos es un obstáculo al que algunos buscan rendirle pleitesía, mientras otros intentan quitarlo del camino para alcanzar su segunda independencia.

LOS RETOS DE LA RELACIÓN MÉXICO-ESTADOS UNIDOS

En los primeros meses de su administración, el gobierno de Andrés Manuel López Obrador no sólo tenía la tarea de reconstruir un Estado desmantelado, acabar con la desigualdad y la injusticia, detener los feminicidios y buscar solución para los múltiples agravios cometidos por las anteriores administraciones; también tenía el reto de reivindicar la Doctrina Estrada como esencia de la política exterior mexicana, y hacerlo justo en los días en que en los Estados Unidos gobernaba uno de los más reconocidos líderes de la ultraderecha internacional, el magnate Donald Trump.

En julio del 2020, en su primer viaje al exterior, el presidente López Obrador decidió ir a Washington en el marco de la firma del tratado entre México, Estados Unidos y Canadá (T-MEC), el acuerdo que sustituyó el Tratado de Libre Comercio con América del Norte (TLCAN). Recibido por miles de mexicanos y mexicanas en el exterior, desde la Casa Blanca el mandatario mexicano fijó una postura de cordialidad y respeto entre naciones, rememorando el entendimiento de Benito Juárez con Abraham Lincoln y el de Lázaro Cárdenas con Franklin Delano Roosevelt: «Algunos pensaban que nuestras diferencias ideológicas habrían de llevarnos de manera inevitable al enfrentamiento. Afortunadamente, ese mal augurio no se cumplió y considero que hacia el futuro no habrá motivo ni necesidad de romper nuestras buenas relaciones políticas ni la amistad entre nuestros gobiernos».

La relación bilateral se miraba con reserva en las declaraciones del presidente López Obrador, pues Estados Unidos y

su política imperialista daban razones para dudar de la posibilidad de instaurar relaciones de igualdad entre ambos países; no sólo por el vínculo histórico marcado por invasiones, despojos territoriales e injerencismo, sino por el pasado reciente en que se quiso convertir a México en el «tercer país seguro» y por el discurso promovido por la administración Trump, quien insistía en que México pagara el muro fronterizo y presionaba insistentemente para la detención del flujo migratorio a través de una retórica racista y xenófoba, en la que se afirmaba que de México «están enviando gente con montones de problemas. Están trayendo drogas, trayendo crimen y violadores». Discurso que aún hoy repiten republicanos y demócratas, insistiendo en los «peligros» de la migración sin ahondar en el rol que juega el gobierno de los Estados Unidos en ese proceso: imponen medidas económicas unilaterales en contra de otros países, despojan territorios a través de sus transnacionales o financian inestabilidad política y golpes de Estado. Todo eso aviva el problema migratorio.

En su discurso histórico del 24 de julio de 2021, en el marco del 238 aniversario del natalicio de Simón Bolívar, López Obrador emitió con más claridad su postura y la de su administración:

Ya es momento de una nueva convivencia entre todos los países de América, porque el modelo impuesto hace más de dos siglos está agotado, no tiene futuro ni salida, ya no beneficia a nadie. Hay que hacer a un lado la disyuntiva de integrarnos a Estados Unidos o de oponernos en forma defensiva. Es tiempo de expresar y explorar otra opción: la de dialogar con los gobernantes estadounidenses y convencerlos y persuadirlos de que una nueva relación entre los países de América es posible.

Obviamente, no es poca cosa tener de vecino a una nación como

Estados Unidos. Nuestra cercanía nos obliga a buscar acuerdos y sería un grave error ponerse con Sansón a las patadas, pero al mismo tiempo tenemos poderosas razones para hacer valer nuestra soberanía y demostrar con argumentos, sin baladronadas, que no somos un protectorado, una colonia o su patio trasero.

Esto es un mensaje contundente, aunque poner límites a Estados Unidos no es necesariamente sencillo. Por eso, aun cuando desde México se ha insistido en hacer alianzas para lograr un contrapeso económico y no militar frente a China, Estados Unidos, con su hegemonía en decadencia, ha optado por continuar con su política imperialista.

En la búsqueda de una nueva relación con el vecino del norte, la administración obradorista ha emprendido medidas que vistas en su conjunto, a más de 4 años de gestión, son cruciales. Por ejemplo, en diciembre de 2020 decidió limitar la presencia de agentes extranjeros en el país, obligando a los agentes de cualquier nacionalidad a compartir información recopilada en el país con las autoridades mexicanas, mientras a los funcionarios locales se les instó a reportar a las autoridades federales en caso de ser contactados. Así, aunque no se menciona explícitamente al gobierno estadounidense, este cambio en nuestro marco legal fue un claro mensaje para el gobierno de ese país, sobre todo si consideramos la fuerte presencia que en sexenios anteriores tuvieron aquí agentes de la CIA y la DEA.

En este mismo sentido, hay que considerar las múltiples declaraciones del presidente de México ante las sucesivas intervenciones estadounidenses en los asuntos internos de México. En marzo de 2023, por ejemplo, el Departamento de Estado se sumó a la campaña orquestada por grupos opositores, quienes buscaban hacer creer que el Instituto Nacional

Electoral se encontraba en riesgo. A pregunta expresa sobre las movilizaciones opositoras, el vocero del Departamento de Estado, Ned Price, sostuvo que su gobierno apoyaba «las instituciones electorales independientes que fortalecen los procesos democráticos y el estado de derecho». La respuesta de López Obrador no se hizo esperar, asegurando que en México había más democracia que en Estados Unidos, pues ahí «gobiernan las oligarquías». Con sus palabras, las autoridades estadounidenses recularon y Ned Price declaró que México es un socio con una democracia vibrante.

En ese mismo mes, el mandatario mexicano cuestionó el informe sobre violaciones a los derechos humanos emitido por el Departamento de Estado en torno a México, afirmando que los Estados Unidos «se creen el gobierno del mundo» y sugiriendo que es una facción al interior del Departamento de Estado (al que llamó «departamentito»), y no la administración de Joe Biden en pleno, el que busca intervenir en nuestros asuntos. «Es su naturaleza —afirmó—, no quieren abandonar la doctrina Monroe. Se creen el gobierno del mundo y nada más ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. No es para enojarse, así son, no tenemos diferencias con el pueblo estadounidense».

Indiquemos un caso más. Luego de que los congresistas Lindsey Graham y John Neely Kennedy, del Partido Republicano, presentaran una iniciativa para que el ejército de Estados Unidos tuviera facultades para combatir al narcotráfico en México, López Obrador reviró el 9 de marzo de 2023: «esta iniciativa de los republicanos, además de irresponsable, es una ofensa al pueblo de México, una falta de respeto a nuestra independencia, a nuestra soberanía». El uso del narcotráfico como factor de intervención no es una idea nueva, pues en otros tiempos los Estados Unidos han usado la idea de la seguridad nacional de su país para justificar sus prácticas in-

tervencionistas. Por eso AMLO sostuvo: «si no cambian su actitud [los congresistas republicanos] y piensan que van a utilizar a México para sus propósitos propagandísticos, electoreros, politiqueros, nosotros vamos a llamar a que no se vote por ese partido por intervencionista, inhumano, hipócrita y corrupto».

Hay quienes afirman que estos episodios no representan cambio en la correlación de fuerzas frente al imperialismo; para otros, sin embargo, constituyen una pequeña grieta que con las alianzas regionales correctas y la politización antimperialista del pueblo mexicano (tanto de quienes viven en México, como en Estados Unidos), puede significar la oportunidad de explorar y aprovechar las nuevas condiciones históricas.

RESPALDO A LA REVOLUCIÓN CUBANA

Las acciones que ha asumido el actual gobierno contrastan con aquel «comes y te vas» que Vicente Fox dijera a Fidel Castro, buscando su salida de México para no incomodar al presidente George Bush en su visita a México, en 2002. También contrasta con el gobierno de Enrique Peña Nieto, quien encabezó el asedio a Venezuela liderando el Grupo de Lima. Y contrasta con la postura sumisa del gobierno de Felipe Calderón frente al gobierno estadounidense de Barack Obama, tal como mostraron en su momento los cables filtrados por *Wikileaks*.

Entre las posturas que la administración obradorista ha tomado con respecto a América Latina y el Caribe, destaca el respaldo irrestricto al gobierno de Cuba, postura no sólo firme sino constante. Así, en aquel histórico mensaje de julio de 2021, López Obrador explicó el avance del imperialismo estadounidense a través de la aplicación de la Doctrina Monroe y destacó en ello el papel de la isla:

La expansión territorial y bélica de Estados Unidos se consagra cuando cae Cuba, el último bastión de España en América, en 1898, con el sospechoso hundimiento del acorazado *Maine* en La Habana, que da lugar a la enmienda Platt y a la ocupación de Guantánamo; es decir, para entonces Estados Unidos había terminado de definir su espacio físico-vital en toda América.

Desde aquel tiempo, Washington nunca ha dejado de realizar operaciones abiertas o encubiertas contra los países independientes situados al sur del Río Bravo. La influencia de la política exterior de Estados Unidos es predominante en América. Sólo existe un caso especial, el de Cuba, el país que durante más de medio siglo ha hecho valer su independencia enfrentando políticamente a los Estados Unidos.

Podemos estar de acuerdo o no con la Revolución Cubana y con su gobierno, pero el haber resistido 62 años



sin sometimiento es toda una hazaña [...]. En consecuencia, creo que por su lucha en defensa de la soberanía de su país, el pueblo de Cuba merece el premio de la dignidad y esa isla debe ser considerada como la nueva Numancia por su ejemplo de resistencia, y pienso que por esa misma razón debería ser declarada patrimonio de la humanidad.

Estas declaraciones fueron muy importantes, pero la relación y la solidaridad México-Cuba está lejos de quedarse en ellas. En lo que va de la administración, ha habido decenas de pronunciamientos contra el bloqueo económico-financiero que sostiene Estados Unidos en perjuicio de la isla; asimismo, durante la pandemia de la covid-19 se contrataron cientos de médicos cubanos, y durante el incendio de la Base de Supertanqueros de la zona industrial de Matanzas, en Cuba, en agosto de 2022, el gobierno mexicano envió decenas de elementos militares, técnicos, especialistas y aviones para colaborar y contenerlo. Además, según información de la Embajada de México en Cuba, cerca de mil estudiantes cubanos están, en este primer trimestre de 2023, estudiando en México con ayuda de una beca proporcionada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt). Finalmente, el gobierno de México se comprometió a apoyar a por lo menos 5 mil productores agrícolas a través del programa Sembrando Vida, compromiso en desarrollo de acuerdo con la Agencia Mexicana de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Amexcid).

Las relaciones entre México y Cuba están en su mejor momento de las últimas décadas, motivo por el cual el presiden-

te López Obrador entregó la máxima distinción del Gobierno de México, la Orden Mexicana del Águila Azteca, al presidente Miguel Díaz-Canel en Campeche, el 11 de febrero de 2023. En ese evento protocolario, el presidente mexicano sostuvo «que por su lucha en defensa de la soberanía de su país, el pueblo de Cuba, representado aquí por su presidente, merece el premio de la dignidad», mientras Díaz-Canel sostuvo: «la recibo con humildad e infinito agradecimiento, porque soy consciente de que el auténtico merecedor de tan significativo reconocimiento es el noble y heroico pueblo de Cuba».

AL RESCATE DE EVO MORALES

Pero el gobierno obradorista no sólo se ha limitado a la cooperación y colaboración gubernamental. El 12 de noviembre, pasadas las once de la mañana, comenzaron a fluir en todos los noticieros y redes sociales las imágenes de Evo Morales bajando de un avión de las fuerzas armadas de México. Al ver las noticias, muchos pensaron que la decisión de Andrés Manuel López Obrador de dar asilo a Evo Morales tras el golpe de Estado en Bolivia, habría estado libre de complicaciones. «Estamos muy agradecidos, porque el presidente de México y el pueblo mexicano me salvaron la vida», aseguró Morales al tocar suelo mexicano.

Al día siguiente, durante *La Mañanera*, se dio a conocer el periplo diplomático que el avión mexicano y su tripulación habían sufrido, pero fue hasta que López Obrador lo hizo público en su libro *A mitad del camino* cuando se dimensionó la gravedad y los riesgos que se presentaron en la operación de rescate: golpes a soldados, un misil a la aeronave de las fuerzas armadas mexicanas, obstáculos en aeropuertos y el bloqueo del espacio aéreo por parte de diversos países. Esos fueron los riesgos que la administración mexicana asumió al enviar un avión para rescatar al entonces presidente Morales, víctima de un golpe de Estado, lo que provocó que el gobierno golpista de Jeanine Añez declarara persona *non grata* a la embajadora de México en Bolivia, María Teresa Mercado, y que las fuerzas policiales violaran el espacio aéreo de la Embajada de México en La Paz y no respetaran el salvoconducto de quienes ahí se asilaban, hechos que contravienen lo estipulado por los tratados internacionales.

La precisión de esta operación del gobierno de México, así como las presiones internacionales, permitieron que exministros, el vicepresidente Álvaro García Linera y Evo Morales siguieran con vida. Las implicaciones de su posible asesinato jamás las conoceremos, pues eso sólo habría ocurrido si los golpistas, encabezados por Jeanine Añez y Fernando Camacho hubieran logrado capturarlo. Lo que sí se sabe es que estando Evo y su gabinete a salvo, el denominado proceso de cambio, aún con una dictadura encima, logró volver al gobierno en tan sólo un año, consolidando a Morales como líder político, ideo-



lógico y moral en el continente, quien ya fuera del gobierno invierte esfuerzos para consolidar la Runasur, una organización que busca la construcción de una América plurinacional.

EL CASO PERÚ

Evo Morales no es el único presidente latinoamericano que ha sido respaldado por AMLO, lamentablemente y por fortuna, de manera simultánea. Lo mismo ocurrió con el entonces presidente de Perú, Pedro Castillo, previo y durante el golpe de Estado en su contra.

Maestro, campesino y líder sindical, Pedro Castillo asumió la presidencia de Perú el 28 de julio de 2021, tras cientos de trabas puestas por la derecha fujimorista. Los intentos de denostarlo, estigmatizarlo y sacarlo de la Presidencia fueron la constante durante el año y cuatro meses que duró su gestión. Ante una derecha recalcitrante que lo atacaba día y noche, sumado a su clara falta de experiencia en la administración del Estado, Castillo terminó por ceder en múltiples ocasiones a las presiones de las oligarquías peruanas, cambiando su gabinete varias veces, cada vez más situado ideológicamente a la derecha.

Las agresiones en su contra eran evidentes, pero evidente también fue el apoyo de la administración obradorista que no dudó en posicionarse ante el golpe de Estado que medios y derecha internacional calificaron de autogolpe. Acusado de incapacidad moral, Pedro Castillo fue destituido por el Congreso peruano, al cual él mismo había intentado disolver conforme a la Constitución; sin embargo, la persecución ya estaba en proceso, y aunque el mandatario intentó llegar a la Embajada de México en Lima, grupos reaccionarios lo impidieron, detenién-

dolo y encarcelándolo. Sólo su familia pudo escapar de la persecución, y México le dio asilo político.

Hasta el momento, cuatro meses después, el golpe de Estado ha costado la vida de más de 60 personas en diversas regiones del país, pero el movimiento popular peruano tiene una conciencia internacionalista que se refleja en los múltiples mensajes de agradecimiento al gobierno mexicano; también, en el constante llamado a la denominada comunidad internacional exigiéndole ejercer presión sobre la dictadura de Dina Boluarte, quien al ser evidenciada como antidemocrática y represora, decidió expulsar al embajador de México en Lima, Pablo Conesa Monroy, y calificar de injerencista al gobierno de México. En contraste, a finales de marzo de 2023 recibió a grupos neofascistas, representantes del bolsonarismo, el fujimorismo y de Vox, así como a liderazgos del Opus Dei en un claro cobijo de la ultraderecha global.

Este nuevo golpe de Estado agitó a la derecha mexicana, especialmente a los grupos más radicalizados. La diputada panista América Rangel, uno de los nuevos rostros de la ultraderecha mexicana, expresaba en redes sociales el 21 de diciembre de 2022: «Meter a la cárcel al presidente y expulsar a los embajadores de países zurdos... Los peruanos están viviendo mi sueño». Esto pone en evidencia que la derecha tiene claro que si las fuerzas reaccionarias avanzan en alguna parte del continente, benefician con ello a sus pares; es por eso que la izquierda debe emprender y fortalecer organizaciones, movimientos, alianzas, redes y medios de comunicación internacionalistas que permitan retroalimentar la lucha ideológica, política y cultural con el objetivo de vencer a quienes propagan odio, miedo, racismo y muerte. Las alianzas entre fuerzas progresistas y revolucionarias, lejos de sectarismos e infantilismos, son y serán clave para derrotar a la derecha en México, en Nuestra América y el mundo.

LA RESPUESTA DE LA DERECHA INTERNACIONAL

Ante el evidente liderazgo de México en el continente, la derecha internacional ha radicalizado su discurso llamando a «detener la propagación del socialismo», tal como lo hizo Donald Trump a través de un mensaje transmitido durante la Conferencia Conservadora de Acción Política (CPAC, por sus siglas en inglés), celebrada a finales de 2022 en Santa Fe, Ciudad de México.

Convocando a los liderazgos más recalcitrantes de la ultraderecha regional, CPAC buscó aglutinar a miembros de partidos de ultraderecha a escala global, como el chileno José Antonio Kast; el estadounidense y brazo ideológico de Donald Trump, Steve Bannon; al hijo de Jair Bolsonaro, el brasileño Eduardo Bolsonaro; así como al líder de Vox en España, Santiago Abascal, y al argentino que se posiciona ideológicamente muy cercano a Trump y Bolsonaro, Javier Milei.

Lo mismo ocurriría en octubre de 2022, en un encuentro organizado por la Fundación Internacional para la libertad, del escritor de derecha Mario Vargas Llosa. En esta reunión, que tuvo lugar en Madrid, España, se dieron cita para hablar de democracia algunos políticos claramente antidemocráticos: el expresidente español José María Aznar, los expresidentes mexicanos Ernesto Zedillo y Felipe Calderón, así como el exjuez brasileño Sergio Moro, quien haciendo uso de pruebas fabricadas, metió en prisión a Lula da Silva. En este encuentro, estos personajes buscaron alertar de los presuntos peligros que acechan a la democracia, hablando en contra de los populismos, los autoritarismos y otros términos no sólo lejanos a la realidad, sino en clara sintonía con la andanada mediática que busca imponer narrativas en perjuicio de cualquier gobierno o movimiento de izquierda.

A estas alianzas en contra del gobierno de México se suman también medios y organismos internacionales, quienes abonan a la campaña de descrédito. En este intento, sin embargo, lejos de identificar errores, contradicciones u omisiones cometidos durante la administración obradorista, lo que hacen es buscar sembrar la idea falaz de que existe una dictadura en México. Para ello se han sumado a las campañas promovidas por el Instituto Nacional Electoral, una institución que, aunque fue creada para contribuir a la democracia, se ha dedicado siempre a actuar en perjuicio de ella. Es el caso del Consejo Europeo y el Departamento de Estado de los Estados Unidos, quienes con declaraciones se han sumado recientemente a la supuesta defensa del INE y en contra de la reforma electoral promovida por el actual gobierno mexicano, la cual, más allá de lo que afirman las derechas conservadoras, no plantea ni la eliminación ni la sustitución del organismo, menos aún vulnera la democracia mexicana.

Estas campañas en defensa de una institución que en los hechos no se vulnera, promovida especialmente por el hoy consejero presidente de ese instituto, Lorenzo Córdova, ha logrado llenar de contenidos a una derecha electoral que en México ha sido incapaz de crear, sostener o proponer un proyecto y menos un liderazgo; lo que hasta el momento contrasta con el resto del continente, donde ante el retroceso de las luchas progresistas el sentido común de las mayorías se fue llenando con referentes políticos claramente racistas, misóginos y homofóbicos, como Jair Bolsonaro y Donald Trump.

En México, la derecha electoral recibió un nocaut en 2018, y de él aún no se logran recuperar. Eso permitió que Morena avanzara políticamente en el territorio y también en términos legislativos, pero la tímida rearticulación de las fuerzas reaccionarias que hoy vemos, capaz de llenar titulares pero también tomar el Zócalo de la Ciudad de México, debe llevar a preguntarnos si es suficiente con ganar elecciones. Las narrativas sobre el supuesto riesgo a la democracia pueden ser fácilmente

te desechadas, pero dos décadas de experiencias progresistas en la región nos debe llamar a asumir que a la derecha, en México y el mundo, no se le puede ceder ni un solo pedazo de calle.

LOS RETOS DE LA 4T Y NUESTRA AMÉRICA

La esperanza brindada por gobiernos progresistas será insuficiente sin un proceso de autocrítica y balance sobre el estado que guarda el planeta que habitamos. Cambio climático, acaparamiento del agua y crisis hídrica, expresiones neofascistas que incluso acceden al gobierno con respaldo popular, migración forzada, desigualdad económica y la devastación del mundo que acarrea el modelo capitalista, son sólo algunos de los hechos concretos que debemos debatir entre compañeros y compañeras, entre la clase trabajadora y los pueblos originarios.

La Cuarta Transformación ha marcado su reto: ser un proceso revolucionario que impacte en múltiples generaciones. Para lograrlo necesitamos entendernos como una lucha sin fronteras que a lo largo de la historia se ha materializado en distintos momentos en la vida de nuestros pueblos. Y así, con perspectiva histórica, debemos preguntarnos: ¿por qué si las tres transformaciones previas de nuestro país no dependieron de un solo hombre o mujer, ni se realizaron de la noche a la mañana, la Cuarta Transformación tendría que ser así? Ante ello, es importante recuperar esta cita del discurso del presidente López Obrador, pronunciada en el acto por el natalicio de Simón Bolívar:

La lucha por la integridad de los pueblos de Nuestra América sigue siendo un bello ideal. No ha sido fácil volver realidad ese hermoso propósito. Sus obstáculos principales han sido el movimiento conservador de las naciones

de América, las rupturas en las filas del movimiento liberal y el predominio de Estados Unidos en el continente. No olvidemos que casi al mismo tiempo que nuestros países se fueron independizando de España y de otras naciones europeas, fue emergiendo en este continente la nueva metrópoli de dominación hegemónica.

La consigna de América para los americanos terminó de desintegrar a los pueblos de nuestro continente y destruir lo edificado por Bolívar. A lo largo de casi todo el siglo XIX se padecieron constantes ocupaciones, desembarcos, anexiones; y a nosotros nos costó la pérdida de la mitad de nuestro territorio con el gran zarpazo de 1848.

En tiempos de guerra, invasiones, neocolonización y capitalismo la soberanía cobra múltiples y valiosos sentidos. Hoy no sólo se entiende como la defensa de las fronteras, sino también como la posibilidad de garantizar que una nación sea dueña de sus propios recursos, impidiendo que otro país decida el futuro de las nuevas generaciones; por ejemplo, nacionalizando el litio y evitando ceder nuevas concesiones a empresas extranjeras. Soberanía es también una cuestión tecnológica, en tanto permite evitar que cualquier oligarca controle nuestra información, nuestras comunicaciones y nuestro sentido común. Soberanía es, además, que nuestros pueblos recuperen sus territorios robados, no sólo por Estados Unidos, sino por transnacionales que acaparan agua, aire y tierra. La soberanía tiene rostro de mujer, de aquellas a quienes la guerra, el capital y el patriarcado les ha arrebatado su cuerpo, su territorio. Soberanía es poder destinar presupuesto para crear un modelo educativo y de desarrollo que evite que los profesionales migren, garantizando que nuestras y nuestros científicos desarrollen tecnología propia en industrias nacionales; una educación con perspec-

tiva de clase, género y etnia, generadora de conocimientos, tecnologías y de un nuevo modelo de vida sustentable.

Es por ello que vale la pena insistir en que la soberanía es más fuerte cuando se piensa en conjunto, cuando en lugar de estigmatizar a quienes migran, sean de la nacionalidad que sean, se les otorga una beca o un programa social (como sucede hoy en México con los programas Jóvenes Construyendo el Futuro o Sembrando Vida). Es más fuerte cuando se revive la Celac, Unasur o Alba, dejando de lado los deseos imperialistas de organismos como la Cumbre de las Américas o la OEA. La soberanía es indestructible cuando el proyecto común es la casa que todos debemos cuidar, de modo que la soberanía y autodeterminación de los pueblos sólo será posible cuando logremos un proyecto que vea a la Amazonía como los pulmones de todas y todos; cuando veamos en las asambleas y consultas populares la máxima herramienta de decisión de los pueblos para decidir su futuro, capaces de manifestar libremente qué quieren para su territorio, sin decisiones paternalistas, colonialistas y extractivistas.

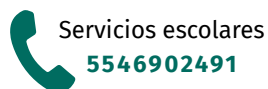
Ante los retos de hoy necesitamos jóvenes conscientes del mundo que habitan, pero también gobiernos capaces de entablar diálogo con los pueblos. Mujeres y hombres con disciplina militante y esperanza, sin resignación. Nos necesitamos todos los días más a la izquierda, acompañando las luchas populares por educación, salud, vivienda, igualdad, vida. Nos necesitamos internacionalistas, antimperialistas, feministas y antifascistas. Nos necesitamos organizados, formados y movilizad@s.

Sin solidaridad y esfuerzos colectivos la Patria Grande soñada por Bolívar, la Nuestra América anhelada por José Martí, será imposible de construir. Frente a esto, con esperanza, debemos decir que un horizonte de emancipación es posible.

AGENDA FORMATIVA

CONOCE TODA LA OFERTA EDUCATIVA Y CULTURAL DEL INSTITUTO NACIONAL DE FORMACIÓN POLÍTICA

- Biblioteca pública
- Cine club
- Círculos y círculos de estudio
- Cursos de formación política básica
- Conferencias magistrales
- Diplomado Nuestramérica
- Formación a candidatos y candidatas
- Formación para mexicanos y mexicanas en el exterior
- Jornadas de formación política
- Programa de Buen Gobierno
- Programa de capacitación a legisladores y legisladoras
- Programa de Formación Municipal
- Programa Integral de Género
- Rincón cultural
- Talleres



www.infpmorena.mx



Busca
nuestro
canal

<https://t.me/infpmorenaoficial>

     @infpmorena



Busca
nuestro
canal

[https://chat.whatsapp.com/
CV3xfBTNvdiBukQgUGuOd](https://chat.whatsapp.com/CV3xfBTNvdiBukQgUGuOd)

